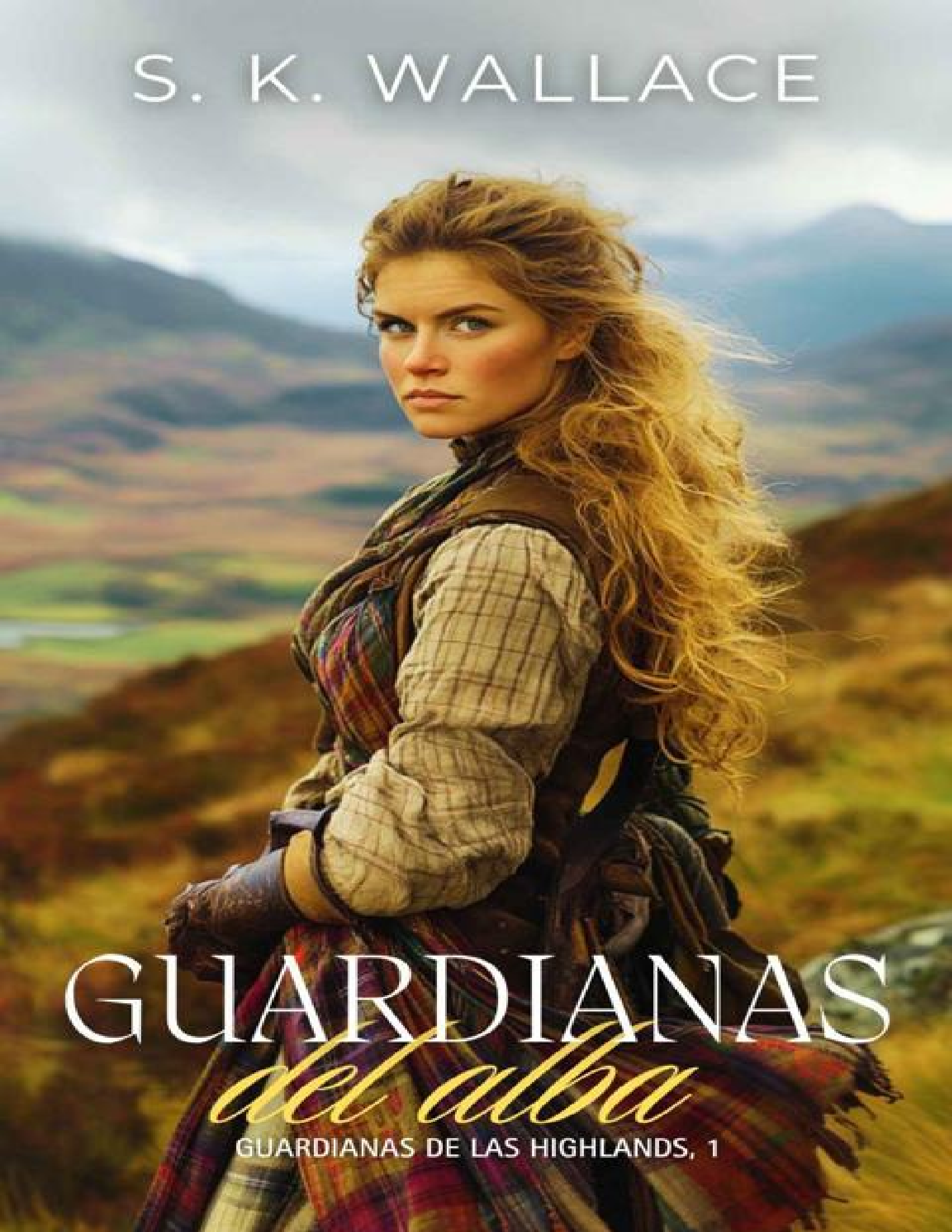
S. K. WALLACE



GUARDIANAS *del alba*

GUARDIANAS DE LAS HIGHLANDS, 1

Índice

Guardianas del alba
Sinopsis
Prólogo
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
Epílogo

Guardianas del alba

Guerreras de las Highlands, 1

S. K. WALLACE

Guardianas del alba

Guerreras de las Highlands, 1

En las majestuosas y salvajes Highlands escocesas, donde la guerra ha dejado cicatrices profundas y la traición acecha en cada sombra, dos líderes de mundos opuestos deberán unir fuerzas para luchar por la libertad… y descubrir el poder del amor.

Kara, líder indomable de las *Guardianas del Alba*, es una mujer marcada por un oscuro secreto familiar. Con una habilidad letal y una voluntad inquebrantable, ha dedicado su vida a proteger a su hermandad y a las tierras que ama. Sin embargo, su mundo se tambalea cuando su grupo se cruza con Tavish MacDonald, un feroz líder de clan que desconfía profundamente de ella.

Tavish, un guerrero endurecido por la batalla, no puede permitirse debilidades, y Kara representa una amenaza tanto para su liderazgo como para las murallas que ha construido alrededor de su corazón. Pero cuando un enemigo común emerge en forma de un traidor y una guerra inminente, se ven obligados a forjar una alianza tan explosiva como peligrosa.

Mientras luchan codo a codo por la supervivencia de su gente, la atracción entre ellos crece con la misma intensidad que los desafíos que enfrentan. En medio de emboscadas, secretos revelados y sacrificios desgarradores, Kara y Tavish descubrirán que el amor es la batalla más difícil de todas… pero también la más valiosa.

Guardianas del Alba es una novela épica cargada de acción, romance y traiciones, que te sumergirá en un mundo de guerreros, pasiones prohibidas y alianzas inesperadas. Ideal para quienes buscan una historia llena de intensidad emocional, descripciones vívidas y personajes que permanecerán en tu corazón mucho después de leer la última página.

¿Te atreves a adentrarte en las Highlands y descubrir el destino de Kara y Tavish?

Prólogo

La noche había envuelto las Tierras Altas en un manto de silencio inquietante, roto únicamente por el crujido de las ramas bajo las botas de las guerreras. Kara avanzaba al frente de su grupo, sus ojos grises examinando cada sombra que se alargaba entre los árboles. El bosque olía a humedad y tierra fresca, y el aire parecía cargar con la tensión previa a una tormenta. Aunque no llovía, el cielo encapotado cubría la luna, otorgándoles la oscuridad que necesitaban.

—Mantened la formación —susurró sin girarse.

A su espalda, las "Guardianas del Alba" se movían como un solo cuerpo. Cada una conocía su lugar, cada una sabía que el más mínimo error podía ser fatal. Apretaron los puños sobre las empuñaduras de sus espadas, mientras los susurros de hojas agitadas por el viento parecían burlarse de su valentía. Kara sabía que no era el momento de titubear.

Desde una pequeña colina, se detuvo y se arrodilló. Ante ellas, en un claro del bosque, los soldados ingleses habían montado un campamento improvisado. Las antorchas iluminaban las tiendas de lona, y el relinchar de los caballos se mezclaba con las risas y los murmullos de los hombres, demasiado confiados en la seguridad de su posición. Kara entornó los ojos, memorizando cada detalle.

—Tres guardias en la entrada principal —murmuró, señalando con un movimiento leve de la cabeza—. La mayoría están en las tiendas centrales. Mairi, tú y Ailis os encargáis del flanco derecho. El resto, conmigo.

Mairi, una mujer de cabello rojizo recogido en un moño bajo, asintió con una media sonrisa. No había miedo en sus ojos, solo la certeza de que cumpliría su papel.

—Silencio y precisión. No queremos que ninguno escape —añadió Kara antes de levantarse con la agilidad de un felino.

La señal fue un leve movimiento de su mano. Las Guardianas se deslizaron entre los árboles, tan silenciosas como sombras. Kara sintió el peso de su espada en la cadera, un arma forjada especialmente para ella, más ligera que las habituales, pero igual de mortal. No era la primera vez que lideraba un ataque, pero cada batalla cargaba sobre sus hombros el deber de proteger a las suyas.

Se aproximaron al campamento sin ser detectadas. Las llamas de las antorchas proyectaban figuras inquietantes sobre el suelo, y el murmullo de los soldados parecía más fuerte a medida que se acercaban. Kara señaló con dos dedos hacia los guardias de la entrada. Dos de sus compañeras asintieron y se adelantaron. El siseo de las espadas cortando el aire fue apenas un susurro, y los cuerpos de los hombres cayeron sin un sonido.

Kara avanzó con el resto hacia el corazón del campamento. La tensión en su pecho se mezclaba con una adrenalina que no la abandonaba nunca en esos momentos. Cuando llegó a la primera

tienda, levantó la lona con cuidado y, al entrar, encontró a dos soldados dormidos. Un golpe seco con el pomo de su espada bastó para dejarlos fuera de combate.

Un grito al otro lado rompió el silencio, y el campamento despertó de golpe. Los soldados ingleses salieron de sus tiendas desenvainando espadas, pero las Guardianas ya estaban sobre ellos. La lucha estalló con fuerza, y el sonido del acero chocando contra el acero llenó el aire.

—¡No dejéis que escapen! —gritó Kara, blandiendo su espada con precisión.

Una y otra vez, su arma encontró el camino entre las defensas enemigas. Era rápida, calculadora, y cada golpe suyo tenía la firmeza de alguien que sabía que la supervivencia de su grupo dependía de su destreza.

Cuando la batalla terminó, el campamento estaba en ruinas. Los cuerpos de los soldados ingleses yacían esparcidos, y las Guardianas, aunque agotadas, se mantenían firmes. Kara se apartó un mechón de cabello pegado a su frente por el sudor y levantó la mirada hacia la tienda principal. Algo en su interior le decía que debía entrar.

En el interior, sobre una mesa de madera desgastada, encontró un puñado de documentos. Entre ellos, un mapa marcado con rutas y objetivos. Kara lo estudió bajo la tenue luz de una lámpara de aceite, y su rostro se ensombreció al reconocer el nombre de su aldea en la lista de próximos ataques.

El papel tembló ligeramente entre sus dedos, pero Kara no permitió que la duda se apoderara de ella. Salió de la tienda y levantó la voz para llamar la atención de las Guardianas.

—Tenemos que regresar. Ahora.

La urgencia en su tono no admitía preguntas. Las mujeres recogieron sus armas y se pusieron en marcha, dejando atrás el campamento devastado. El viaje de vuelta fue rápido y silencioso, cada paso cargado de preocupación.

Cuando Kara y su grupo emergieron del bosque, el horizonte les devolvió una imagen que ella nunca olvidaría: columnas de humo negro ascendían hacia el cielo desde la dirección de su aldea. Su corazón se encogió, pero no detuvo su carrera. Las Guardianas la siguieron, y mientras se acercaban, el aire se llenó del olor acre del fuego y el eco de gritos lejanos.

Kara sabía que llegar tarde podía significar perderlo todo. El amanecer se alzaba en el horizonte, pintando las montañas de un rojo inquietante, como si la tierra misma llorara la sangre derramada. Y mientras corría hacia el desastre, una única palabra resonaba en su mente: venganza.

Capítulo 1: Las cenizas del hogar

El aire olía a muerte. Kara sintió cómo su corazón latía con fuerza mientras sus botas atravesaban el barro ennegrecido por el incendio. La aldea, que antes era un lugar lleno de risas y vida, ahora era una sombra de lo que había sido. Casas reducidas a escombros, maderas aún humeantes y el sonido distante del crujir de los restos bajo el peso del viento componían un escenario desolador.

Se detuvo junto a lo que quedaba del pozo central. Sus manos, aún firmes a pesar del temblor interno, se aferraron a la empuñadura de su espada. Alrededor, las Guardianas que habían sobrevivido al ataque se movían con una mezcla de incredulidad y rabia. Algunas buscaban restos útiles entre los escombros, mientras otras intentaban contener las lágrimas. Kara no les permitió rendirse al dolor; no todavía.

—Mairi —llamó, sin volverse. Su voz, seca como el aire que las rodeaba, cortó el silencio.

La pelirroja acudió de inmediato, su rostro tiznado por el humo pero con la misma mirada decidida de siempre.

—¿Qué quieres que hagamos? —preguntó, aunque el leve temblor en su tono revelaba que ya intuía la respuesta.

Kara apartó la vista del pozo y recorrió con la mirada las ruinas de su hogar. Cada rincón traía un recuerdo, cada escombro una historia. Pero no era momento para aferrarse al pasado.

—Busca a las demás. Las que puedan luchar, que se preparen. Las que no, que reúnan provisiones. Aquí no podemos quedarnos.

—¿Y el clan MacLeod? —Mairi dudó, como si temiera pronunciar la pregunta en voz alta.

Kara apretó los labios. El clan al que pertenecían había demostrado ser tan inútil como lejano. Si habían sobrevivido hasta ahora era gracias a las Guardianas, no a los hombres que ostentaban el poder.

—Olvida a los nuestros —respondió al fin, con un tono que no admitía réplica—. No vendrán.

Mairi asintió, aunque la duda seguía pintada en su rostro. Kara no se detuvo a consolarla. La urgencia de tomar una decisión pesaba demasiado como para permitirse distracciones.

Caminó hacia el límite de la aldea, donde las llamas habían dejado de arder, pero el suelo seguía cubierto de cenizas. Varias mujeres se reunieron a su alrededor, sus rostros una mezcla de furia contenida y miedo. Entre ellas, Ailis, una guerrera de cabello oscuro y mirada severa, fue la primera en hablar.

—¿Qué haremos ahora, Kara? —preguntó, alzando la voz para que todas escucharan.

Kara se tomó un momento antes de responder. Observó los rostros de las mujeres que la rodeaban, su familia más que su clan. Sabía que esperaban liderazgo, fuerza. Pero también sabía que cualquier decisión que tomara podría costarles la vida.

—Buscaremos ayuda en el clan MacDonald.

El silencio que siguió a sus palabras fue tan denso como el humo que aún flotaba en el aire. Varias Guardianas intercambiaron miradas, y Kara vio cómo la incredulidad se apoderaba de algunas de ellas.

—¿Los MacDonald? —Ailis dio un paso al frente, su voz cargada de escepticismo—. ¿No fueron ellos los que rechazaron nuestra última petición? ¿Los que dijeron que nuestras guerras no eran asunto suyo?

—Sí —respondió Kara, manteniéndose firme—. Pero esta vez no iremos a pedir limosnas. Iremos a negociar.

—¿Negociar? ¿Qué tenemos que ofrecer? —preguntó otra mujer, con una mezcla de rabia y desesperación.

Kara dejó que sus palabras calaran antes de responder. Sabía que cada una de las presentes había perdido algo esa noche: un hogar, una familia, quizás incluso la esperanza. Pero también sabía que todas eran luchadoras. Era su deber recordarles lo que aún tenían.

—Nos tenemos a nosotras mismas —dijo, con la voz más firme de lo que esperaba—. Somos guerreras, y ellos necesitan guerreros. Lucharemos para ellos si hace falta, pero no nos quedaremos aquí esperando a morir.

El murmullo que siguió a su declaración fue breve, pero suficiente para saber que había plantado una semilla de aceptación. Aunque algunas Guardianas seguían mostrando reticencia, ninguna se atrevió a contradecirla.

—Ailis, Mairi —llamó, mirando a ambas con intensidad—. Encargaos de que todas estén listas al amanecer. No llevaremos más que lo imprescindible. Y que no haya ruido. Si los ingleses regresan, no quiero que nos encuentren aquí.

Ambas asintieron y comenzaron a organizar al grupo. Kara observó cómo las Guardianas se dispersaban entre los escombros, algunas recogiendo armas, otras ayudando a las más débiles. El peso de su decisión seguía clavado en su pecho, pero no había espacio para el arrepentimiento.

Caminó hacia lo que quedaba de su casa. El techo se había derrumbado, y las paredes estaban carbonizadas, pero el rincón donde guardaba sus cosas personales seguía intacto. Entre los restos encontró una pequeña caja de madera. La abrió y, dentro, halló un amuleto que su madre le había dado antes de morir. Lo sostuvo entre los dedos, notando la suavidad del metal contra su piel ennegrecida por el humo. Por un momento, permitió que la tristeza la envolviera.

—No te detengas ahora —murmuró para sí misma, cerrando la caja y guardándola en su

cinturón.

El cielo comenzaba a clarear cuando las Guardianas estuvieron listas para partir. Eran un grupo reducido, apenas una veintena, pero cada una llevaba consigo la fuerza de alguien que no tenía nada más que perder. Con las primeras luces del día, dejaron atrás la aldea que una vez llamaron hogar, avanzando en silencio hacia las tierras del clan MacDonald.

El camino no sería fácil. Kara sabía que enfrentarse al laird Tavish MacDonald sería un desafío por sí solo. Él no era conocido por su hospitalidad ni por su confianza en los extraños, y menos en mujeres guerreras. Pero también sabía que no tenía otra opción. Si había algo que había aprendido esa noche, entre las llamas y las cenizas, era que la supervivencia no era un regalo. Era una lucha.

Y Kara MacLeod estaba dispuesta a darla.

Capítulo 2: El señor de las Highlands

El castillo de los MacDonald se alzaba sobre una colina escarpada, como un guardián pétreo que observaba las vastas Tierras Altas. Construido en piedra gris, su estructura era sólida, casi desafiante frente al tiempo y las inclemencias. Desde sus torres se divisaban los valles y bosques que formaban parte del territorio del clan, una extensión vasta y rica que Tavish MacDonald protegía con la misma fiereza con la que un lobo cuida su guarida.

En el patio central, los hombres entrenaban bajo la supervisión de Fergus, el primo de Tavish y su más cercano aliado. Los sonidos de las espadas chocando, los gritos de mando y las carcajadas ocasionales de los guerreros formaban un coro rudo y masculino que resonaba entre las paredes del castillo. Tavish los observaba desde lo alto de las murallas, con los brazos cruzados sobre el pecho y una expresión imperturbable.

—Necesitan mejorar su defensa —comentó, más para sí mismo que para Fergus, que lo había alcanzado con paso tranquilo.

—Tienen fuerza, pero les falta cabeza —respondió el otro, apoyándose en la muralla a su lado—. Como casi todos los hombres jóvenes. Prefieren la gloria al sentido común.

Tavish dejó escapar un leve gruñido, más un gesto de aceptación que de crítica. Había liderado a esos hombres en más de una batalla y sabía que su lealtad era incuestionable. Pero eso no significaba que fueran perfectos.

—La fuerza bruta no nos servirá contra los ingleses —dijo finalmente, girándose para descender por las escaleras de piedra hacia el interior del castillo—. Si no aprenden a pensar, acabarán muertos.

Fergus lo siguió con una sonrisa ladeada. Era más relajado que Tavish, menos propenso a la severidad y más dado a las bromas, pero conocía bien a su primo y respetaba su manera de liderar. Ambos habían aprendido de la manera más dura que las tierras no se mantenían solo con palabras, y menos con gestos amables.

El interior del castillo reflejaba la esencia del clan MacDonald. Los grandes salones estaban decorados con tapices que contaban historias de victorias pasadas, y las paredes mostraban armas colgadas como testigos silenciosos de la fuerza de generaciones. Una enorme chimenea dominaba el salón principal, donde varias criadas se afanaban en limpiar y preparar la estancia para el consejo que tendría lugar más tarde.

Tavish se dirigió a la mesa central, donde un mapa cubría casi toda la superficie. Sobre él descansaban varias piedras y figurillas de madera que representaban las posiciones estratégicas de su clan y las de los ingleses. Se inclinó sobre el pergamino, repasando con los ojos las rutas y los puntos débiles que había identificado en los últimos meses.

—¿Vas a pasarte todo el día mirando ese mapa? —preguntó Fergus, dejándose caer en una de las

sillas con un gesto de burla—. Hasta los ingleses saben que no se puede ganar una guerra solo con estrategia.

—Si supieran algo de estrategia, no estarían perdiendo tanto terreno en las Tierras Altas —replicó Tavish sin apartar la vista del mapa.

Fergus rió, pero no insistió. Sabía que Tavish no era hombre de muchas palabras, y menos cuando estaba concentrado. Sin embargo, esa seriedad constante era también parte de lo que lo hacía un líder respetado. A pesar de su juventud, Tavish había demostrado ser más astuto y eficiente que muchos lairds de mayor edad.

Una criada se acercó con pasos rápidos y cuidadosos. Era una mujer mayor, con el cabello recogido en un moño apretado y un delantal inmaculado sobre el vestido de lana.

—Mi señor, la comida estará lista en breve. ¿Desea que se sirva en el salón principal o en sus aposentos? —preguntó con voz tranquila, aunque sus ojos buscaban cualquier signo de aprobación o disgusto en el rostro de Tavish.

—En el salón principal. Y que se aseguren de que no falte nada. Hoy vienen hombres del clan Fraser para discutir la frontera sur —respondió Tavish, sin levantar la vista del mapa.

La mujer asintió rápidamente y se retiró, dejando que el murmullo de la actividad del castillo llenara el espacio. Fergus lo miró con una mezcla de curiosidad y diversión.

—¿Vas a intentar convencer a los Fraser de que te cedan esas tierras? —preguntó, apoyando los pies sobre la mesa con un gesto despreocupado.

—Voy a intentar que entiendan que no tienen otra opción —respondió Tavish con un tono seco que hizo reír a Fergus.

***

Más tarde, mientras el consejo comenzaba a reunirse en el salón principal, Tavish se tomó un momento para observar el lugar desde un rincón. Los hombres de los Fraser habían llegado, y su líder, un hombre de mediana edad con el porte orgulloso típico de los lairds, discutía con uno de los consejeros de Tavish. Había algo en la manera en que gesticulaba que hacía evidente su incomodidad, aunque intentaba ocultarlo tras un aire de superioridad.

Tavish se acercó con paso firme, y el salón pareció bajar de volumen al notar su presencia. No era un hombre que alzara la voz con frecuencia, pero su sola figura era suficiente para imponer respeto. Alto y de hombros anchos, con el cabello negro ligeramente despeinado cayéndole sobre la frente y los ojos verdes observando con calma calculadora, Tavish era la imagen misma de un líder que no aceptaba tonterías.

—Laird Fraser —dijo con un leve movimiento de cabeza como saludo—. Bienvenido a mi hogar. Espero que el viaje no haya sido demasiado arduo.

—Mi señor MacDonald, su hospitalidad es... adecuada —respondió el otro, con una sonrisa que no llegaba a los ojos.

Tavish no se molestó en devolver la sonrisa. Sabía que la diplomacia no era su fuerte, pero tampoco lo necesitaba. Su clan había prosperado porque su palabra era ley y porque siempre cumplía sus promesas, tanto para bien como para mal.

—Pasemos al asunto que nos ocupa. No tengo intención de perder el tiempo en formalidades innecesarias —dijo, señalando la mesa donde el mapa seguía desplegado.

Los consejeros de ambos clanes se sentaron a su alrededor, y la discusión comenzó. Tavish mantuvo la calma mientras los hombres hablaban, observando cada gesto y cada mirada como si fueran piezas de un tablero que solo él comprendía. Sabía que los Fraser estaban en una posición débil y que necesitaban su apoyo más de lo que querían admitir. Y también sabía cómo usar eso a su favor.

Sin embargo, mientras las negociaciones avanzaban, una inquietud latente comenzó a instalarse en su mente. Aunque no lo había mencionado a nadie, los rumores de ataques ingleses cada vez más cercanos a sus tierras lo preocupaban más de lo que estaba dispuesto a admitir. Si los ingleses lograban atravesar las fronteras que había reforzado con tanto esfuerzo, su posición como líder no solo estaría en peligro, sino también la seguridad de todo su clan.

Cuando la reunión terminó, Tavish se quedó solo en el salón, mirando el mapa como si este pudiera ofrecerle una solución que aún no había considerado. Fergus entró poco después, con una jarra de cerveza en la mano y su habitual sonrisa despreocupada.

—Pareces un hombre cargado de preocupaciones, primo. ¿Qué te pasa? ¿No te ha gustado cómo se ha comportado el laird Fraser?

—Los Fraser no me preocupan. Son un problema pequeño —respondió Tavish, sin apartar la vista del mapa—. Lo que me preocupa es lo que está más allá de esas fronteras.

Fergus dejó la jarra sobre la mesa y se cruzó de brazos, observándolo con atención.

—¿Temes a los ingleses?

Tavish no respondió de inmediato. Finalmente, levantó la mirada y fijó sus ojos verdes en los de Fergus.

—No temo a los ingleses. Pero sé que no son los únicos enemigos que debemos vigilar.

El silencio que siguió a sus palabras fue más elocuente que cualquier explicación. Fergus asintió lentamente y tomó un sorbo de su cerveza antes de hablar.

—Si hay algo que he aprendido contigo, Tavish, es que siempre tienes un plan. Así que dime, ¿cuál es esta vez?

Tavish dejó escapar un leve suspiro y se apartó del mapa.

—Primero, asegurar nuestras tierras. Luego, preocuparme por lo que venga después.

Era una respuesta pragmática, como todo lo que Tavish hacía. Pero en el fondo, sabía que el verdadero desafío estaba por llegar. Y aunque no lo sabía aún, ese desafío llevaría el nombre de Kara MacLeod.

Capítulo 3: El encuentro

El castillo de los MacDonald se alzaba imponente sobre la colina, una fortaleza hecha de piedra gris que parecía desafiar al tiempo y a cualquier enemigo que osara acercarse. Kara lo contempló desde la distancia mientras las Guardianas del Alba aguardaban en silencio a sus espaldas. Habían caminado durante días, agotadas y con el peso de la pérdida grabado en sus rostros. Ahora, de pie ante aquella estructura, sentían el peso de otra batalla, una que no se libraría con espadas sino con palabras.

Kara ajustó la capa sobre sus hombros, una prenda sencilla pero que le protegía del frío que parecía más intenso en aquellas alturas. Las puertas del castillo, de madera reforzada con hierro, permanecían cerradas, aunque dos guardias las vigilaban desde lo alto de las murallas. Los hombres la miraron con recelo, sus siluetas inmóviles como sombras esculpidas en piedra.

—Esto no será fácil —murmuró Mairi, quien se había mantenido a su lado desde que emprendieron el viaje.

—Nada lo es últimamente —respondió Kara, avanzando sin vacilar hacia las puertas. Su voz, firme aunque no alzada, parecía contener una fuerza que iba más allá de las palabras.

Cuando estuvieron a unos pasos, uno de los guardias alzó la mano en señal de advertencia.

—¿Quién se atreve a acercarse al castillo de los MacDonald sin invitación? —gritó desde lo alto, su tono cargado de desconfianza.

Kara alzó la mirada hacia él. Sus ojos grises, que reflejaban la dureza de una líder acostumbrada a las adversidades, se encontraron con los del hombre. No había espacio para titubeos en su semblante.

—Soy Kara MacLeod, líder de las Guardianas del Alba. Vengo a hablar con Tavish MacDonald.

Los guardias intercambiaron una mirada antes de volver la vista hacia ella. Uno de ellos desapareció tras las almenas, probablemente para informar de la llegada. Kara no desvió la mirada del que permanecía en su puesto, como si con ello reafirmara que no estaba allí para rogar. Su paciencia, sin embargo, comenzaba a desvanecerse cuando las puertas finalmente se abrieron con un crujido lento y grave.

Un hombre corpulento, vestido con el tartán rojo y negro del clan MacDonald, salió al encuentro. Aunque su porte era severo, su expresión mostraba una curiosidad controlada. Sus ojos se detuvieron un instante en Kara antes de recorrer con rapidez a las mujeres que la acompañaban.

—Mi señor no recibe visitas sin aviso previo —anunció con voz grave, aunque había algo menos desafiante en su tono que en el de los guardias.

—Entonces será mejor que le digas que esto no es una visita, sino un asunto urgente —replicó

Kara, manteniéndose firme.

El hombre arqueó una ceja, visiblemente sorprendido por la contundencia de su respuesta. Sin embargo, no replicó. Se giró y les hizo un gesto para que lo siguieran.

—Esperad aquí —ordenó a las Guardianas antes de seguir al hombre hacia el interior del castillo.

Los salones de piedra, iluminados por antorchas y el fuego de chimeneas dispersas, irradiaban una mezcla de poder y sobriedad. Kara no tuvo tiempo de admirar los detalles. Cada paso que daba la acercaba al encuentro con un hombre cuya reputación le era más familiar de lo que habría deseado.

En el salón principal, Tavish MacDonald aguardaba. De pie junto a una mesa de madera robusta, estudiaba un mapa con la concentración de alguien acostumbrado a medir cada movimiento antes de actuar. Al escuchar los pasos, levantó la vista. Sus ojos verdes, fríos como el invierno, se posaron en Kara con una intensidad que habría intimidado a cualquiera menos a ella.

—¿Y tú quién eres? —preguntó sin rodeos, dejando el mapa a un lado.

Kara avanzó un par de pasos, manteniendo la espalda recta y la barbilla alzada. No iba a permitir que la mirada del laird la hiciera retroceder ni un centímetro.

—Kara MacLeod, líder de las Guardianas del Alba. He venido a hablar contigo, Tavish MacDonald.

El uso directo de su nombre pareció desconcertarlo por un instante, pero lo disimuló bien. Tavish cruzó los brazos sobre el pecho, sus labios curvados en una mueca que oscilaba entre la burla y la desconfianza.

—¿Las Guardianas del Alba? —repitió, como si estuviera saboreando el nombre—. Había oído hablar de un grupo de mujeres que jugaban a ser guerreras. No esperaba que aparecieran en mi castillo.

Kara sintió cómo la ira hervía bajo la superficie, pero no permitió que se reflejara en su rostro. Había esperado ese tipo de comentario y estaba preparada para enfrentarlo.

—Si quieres llamarlo jugar, ven con nosotras al campo de batalla. Pero dudo que te interese ver cómo las mujeres que subestimas luchan mejor que muchos de tus hombres.

Tavish arqueó una ceja, evidentemente sorprendido por la réplica. Fergus, que observaba la escena desde un rincón, soltó una risa baja, como si disfrutara del intercambio.

—Eres valiente, lo reconozco —dijo Tavish finalmente, dando un paso hacia ella—. Pero la valentía no es suficiente para convencerme de que te ayude. ¿Qué quieres de mí?

—Una alianza —respondió Kara sin rodeos—. Los ingleses están arrasando nuestras tierras. Mi aldea ha sido destruida, y si no nos unimos, seguirán avanzando. Sabes tan bien como yo que tu

clan no será inmune.

Tavish la miró en silencio, sus ojos estudiándola como si quisiera desentrañar algo más allá de sus palabras.

—¿Y qué puedes ofrecerme a cambio? —preguntó finalmente.

—Lucharemos para ti. Las Guardianas del Alba estarán a tus órdenes. Pero no pedimos caridad. Queremos un trato justo, no una humillación.

Tavish se giró, alejándose un par de pasos mientras reflexionaba. Fergus, desde su posición, intervino con un tono más ligero.

—Primo, admito que tiene un punto. No estaría mal tener a un grupo de mujeres feroces luchando para nosotros. Sería una novedad interesante.

—No necesito novedades, Fergus. Necesito hombres de confianza, no outsiders que puedan traicionarnos cuando les convenga —replicó Tavish sin mirarle.

—Mis mujeres no traicionan —dijo Kara con voz firme—. Pero si prefieres enfrentarte solo a los ingleses, tal vez esa sea la verdadera traición a tu clan.

El silencio que siguió fue tenso. Tavish giró lentamente hacia ella, su expresión impasible, pero con una chispa de algo que podría ser respeto en sus ojos.

—Hablas bien, Kara MacLeod. Pero hablar no es lo mismo que demostrar. No tomaré decisiones precipitadas. Por ahora, no tengo motivos para confiar en ti.

Kara apretó los puños, conteniendo la frustración. Había esperado resistencia, pero la frialdad de Tavish era aún más impenetrable de lo que había imaginado.

—Entonces dame una oportunidad para demostrarlo —dijo finalmente—. Deja que nuestras espadas hablen por nosotras.

Tavish no respondió de inmediato. Sus ojos verdes volvieron a fijarse en ella, evaluándola como si fuera una pieza más en el tablero que tenía sobre la mesa. Finalmente, asintió, aunque su gesto no prometía nada definitivo.

—Hablaré con mi consejo. Mientras tanto, tú y tus mujeres podéis permanecer aquí. Pero no te hagas ilusiones, Kara. Esto no significa que confíe en ti.

Kara no respondió. En su interior, sabía que aquel era solo el primer paso de una lucha mucho más grande. Pero al menos estaba dentro del castillo. Y no tenía intención de rendirse.

Capítulo 4: Condiciones de hierro

El salón principal del castillo de los MacDonald, con sus paredes de piedra oscura y tapices que narraban gestas de antiguos guerreros, era un espacio imponente incluso en el silencio. Las brasas chisporroteaban en la chimenea central, proyectando un calor que no aliviaba la frialdad de las miradas que cruzaban la sala. Kara permanecía de pie, con la cabeza alta, frente a la mesa donde Tavish y su consejo discutían como si ella no estuviera presente.

No se había molestado en cambiarse de ropa desde su llegada. Su túnica de lana oscura, ceñida a la cintura por un cinturón de cuero, y sus botas cubiertas de polvo hablaban de su camino hasta allí, y ella prefería que así fuera. No estaba allí para parecer complaciente ni para ganarse simpatías. Había luchado por cada paso que la había llevado a aquel castillo, y no pensaba ceder ante las murmuraciones de unos hombres que, aunque poderosos, no conocían la desesperación de perderlo todo.

—Es una locura. Aceptar a estas mujeres en nuestras filas es un riesgo que no podemos permitirnos. —La voz grave de uno de los consejeros resonó en la estancia.

Tavish, sentado en el extremo de la mesa, escuchaba en silencio. Apoyaba los codos sobre la madera y entrelazaba los dedos, dejando que las discusiones siguieran su curso. Sus ojos verdes, analíticos y sin rastro de emoción, se mantenían fijos en Kara, que devolvía la mirada sin pestañear.

—Un riesgo innecesario, si me permitís decirlo, mi señor —añadió otro consejero, un hombre más joven cuyo nerviosismo era evidente—. Ya tenemos suficientes problemas con los ingleses. ¿Por qué añadir más incertidumbre?

—Porque no tienen otra opción —interrumpió Kara, avanzando un paso hacia la mesa.

La interrupción hizo que varias cabezas se giraran hacia ella. Los murmullos se detuvieron, pero la tensión no disminuyó. Kara dejó que el silencio se alargara antes de hablar de nuevo. Había aprendido que las palabras, bien utilizadas, eran tan efectivas como las espadas.

—Los ingleses no se detendrán hasta controlar cada rincón de las Tierras Altas. —Su voz era clara, sin temblor, como si el peso de su verdad pudiera llenar cada rincón de la sala—. Vuestras tierras no serán una excepción. Lo que ofrezco es algo que pocos aquí podrían igualar: un grupo de guerreras entrenadas, dispuestas a luchar por vuestra causa. No somos una carga, somos un recurso.

Uno de los hombres, un veterano con cicatrices en el rostro, dejó escapar una risa seca.

—¿Un recurso? ¿Crees que un puñado de mujeres puede marcar la diferencia en esta guerra? Es una cuestión de fuerza, de números.

—Es una cuestión de estrategia, de adaptabilidad, de saber usar lo que se tiene —replicó Kara,

clavando la mirada en él—. Si fuera solo una cuestión de números, los ingleses ya habrían ganado.

Tavish levantó una mano, deteniendo cualquier respuesta antes de que comenzara. El gesto, aunque simple, tenía un peso que nadie en la sala se atrevió a desafiar. Se inclinó hacia delante, observando a Kara con una mezcla de interés y cautela.

—Hablas bien, Kara MacLeod. Pero aquí no se trata solo de palabras. Si vamos a aceptar esta alianza, habrá condiciones.

—Las escucharé —respondió Kara, aunque la rigidez en sus hombros delataba su desconfianza.

Tavish se levantó, rodeando la mesa con pasos lentos. Cada movimiento suyo parecía medido, como si supiera que la atmósfera de la sala dependía de su postura, de la fuerza silenciosa que emanaba.

—Si tus mujeres luchan bajo mi estandarte, estarán bajo mi mando. Seguirán mis órdenes, sin cuestionarlas. Y si alguna de ellas pone en peligro a mis hombres, la responsabilidad será tuya. —Hizo una pausa, asegurándose de que sus palabras calaran antes de continuar—. En el campo de batalla, no habrá excepciones ni privilegios. Si aceptas estas condiciones, entonces tenemos un trato.

El silencio que siguió fue absoluto. Kara no apartó la mirada de Tavish, aunque sentía el peso de las expectativas de las Guardianas que aguardaban fuera del salón. Aquello era lo que había temido: ceder control, incluso temporalmente, a alguien que no conocía ni confiaba.

—¿Y si no acepto? —preguntó, aunque ya intuía la respuesta.

Tavish esbozó una media sonrisa, carente de calidez.

—Entonces te sugiero que vuelvas a donde has venido y busques tu suerte en otro lugar. Pero dudo que encuentres mejor oferta que esta.

Kara respiró hondo, evaluando sus opciones. No había muchas, y ambas sabían que la oferta de Tavish era su única esperanza. Aun así, no estaba dispuesta a dejar que aquel hombre la subestimara.

—Aceptaré tus condiciones —dijo finalmente—, pero quiero dejar algo claro. Mi grupo no estará aquí para llenar tus filas ni para servir de escudo humano. Somos aliadas, no esclavas.

Tavish la observó en silencio, como si estuviera decidiendo si su respuesta merecía una réplica. Finalmente, asintió, aunque su expresión seguía siendo inescrutable.

—Espero que recuerdes tus propias palabras cuando llegue el momento de demostrarlo —respondió antes de girarse hacia los consejeros—. Reunid a los hombres. Tenemos que prepararnos.

Kara no se movió, incluso cuando los consejeros comenzaron a abandonar la sala, intercambiando miradas cargadas de desconfianza hacia ella. Cuando la puerta se cerró, dejando a Tavish y a Kara solos, él se volvió hacia ella con una expresión más relajada, aunque no menos seria.

—No confío en ti, Kara. No todavía. Pero veremos si eres tan buena como dices ser.

—Hazlo. Y verás que no estás preparado para lo que puedo hacer —replicó, girándose hacia la puerta sin esperar una despedida.

El eco de sus pasos resonó en el pasillo mientras salía del salón. Afuera, las Guardianas aguardaban, algunas sentadas en bancos de madera, otras de pie cerca de las paredes. Cuando vieron a Kara, se levantaron de inmediato, esperando su veredicto.

—Nos quedamos —dijo ella, con la voz firme aunque el cansancio comenzaba a hacer mella en su cuerpo—. Bajo sus condiciones, pero nos quedamos.

Ailis, que siempre había sido la más franca, dio un paso adelante.

—¿Y qué condiciones son esas?

—Seguiremos sus órdenes en el campo de batalla —respondió Kara, dirigiendo la mirada a cada una de las mujeres—. Pero no olvidéis esto: estamos aquí para sobrevivir, no para rendirnos. Lo que hacemos ahora es por nosotras, no por ellos.

Las Guardianas asintieron, aunque algunas aún mostraban dudas en sus rostros. Kara no les pidió que compartieran su confianza. Sabía que solo el tiempo demostraría si habían tomado la decisión correcta.

Mientras el día avanzaba, el castillo comenzó a llenarse de actividad. Los hombres de Tavish preparaban armas, ajustaban armaduras y discutían estrategias en voz baja. Las Guardianas, por su parte, se instalaron en un ala menos concurrida del castillo, un espacio pequeño pero suficiente para lo que necesitaban. Kara, sin embargo, no podía descansar. Las palabras de Tavish seguían resonando en su mente.

Desde una de las ventanas de la torre, observó el patio, donde Tavish supervisaba el entrenamiento de sus hombres. Sus movimientos eran precisos, casi metódicos, como si cada gesto suyo estuviera diseñado para imponer respeto. Kara sabía que trabajar bajo su mando no sería fácil, pero también sabía que no había otra opción.

Mientras lo observaba, una idea comenzó a formarse en su mente. Quizá, si jugaba bien sus cartas, aquel hombre que tanto desconfiaba de ella terminaría siendo su mayor aliado.

Capítulo 5: El primer desafío

El patio de armas del castillo MacDonald era un espacio diseñado para el rigor. Las paredes de piedra oscura lo rodeaban, imponentes, y el suelo, cubierto de grava compacta, parecía ideal para soportar el peso de incontables pasos, caídas y embates de espadas. La brisa que corría entre las almenas traía consigo el olor metálico del acero y el eco del sonido de las espadas chocando, como un tambor de guerra constante.

Kara observaba desde un lado del patio cómo los hombres de Tavish entrenaban. Eran fuertes, bien organizados y, sobre todo, disciplinados. Sin embargo, mientras los contemplaba practicar sus movimientos, notaba una falta de creatividad en sus ataques. Eran precisos, sí, pero previsibles. En el campo de batalla, aquello podría costarles caro.

—¿Tienes algo que decir o solo estás disfrutando del espectáculo? —la voz de Tavish la sobresaltó.

Kara giró la cabeza hacia él. Tavish había salido del castillo momentos antes y ahora se encontraba junto a ella, con los brazos cruzados y una expresión de ligera burla en el rostro. Su cabello negro estaba despeinado, como si no hubiera tenido tiempo de atender su aspecto antes de salir, pero aquello no hacía más que acentuar su presencia.

—Solo me pregunto si siempre entrenan de la misma manera o si hoy han decidido impresionar a alguien —respondió Kara, sin molestarse en disimular su tono crítico.

Tavish arqueó una ceja, divertido.

—Mis hombres no necesitan impresionar a nadie, y menos a un grupo de mujeres que apenas conocen el campo de batalla.

Aquellas palabras fueron suficientes para que Kara diera un paso adelante, acercándose lo justo para que su altura —considerablemente menor que la de él— no se convirtiera en una desventaja. Sus ojos grises lo miraron fijamente, desafiantes.

—¿Apenas conocemos el campo de batalla? —preguntó, pronunciando cada palabra con cuidado —. Si piensas eso, tal vez deberías enfrentarte a una de nosotras para comprobarlo.

El comentario pareció captar la atención de algunos guerreros cercanos, que detuvieron sus prácticas para observar. Tavish también notó el cambio en el ambiente y, lejos de incomodarse, sonrió con una mezcla de curiosidad y desafío.

—¿Quieres que cruce espadas contigo, Kara MacLeod? —preguntó, dejando caer los brazos a los lados, como si aquella idea le resultara casi absurda.

—Eso es exactamente lo que estoy diciendo. —Kara desenvainó su espada con un movimiento fluido y retrocedió un paso, adoptando una postura defensiva—. O tal vez prefieras que lo haga

con alguno de tus hombres. Prometo no hacer demasiados cortes.

Un murmullo recorrió a los guerreros que observaban. La idea de que alguien desafiara a Tavish, y mucho menos una mujer, era lo suficientemente inusual como para captar toda su atención. Tavish, sin embargo, no parecía molesto. Por el contrario, sus ojos verdes brillaban con una intensidad peligrosa.

—Muy bien, Kara. Si quieres demostrar tu punto, adelante. Pero no esperes que me contenga. — Desenvainó su espada con un movimiento elegante, que hizo que el acero brillara bajo la luz del día.

Ambos se colocaron en el centro del patio, rodeados ahora por un círculo improvisado de guerreros y Guardianas. El silencio que se formó era casi tangible, como si el aire mismo hubiera decidido contener la respiración.

—Cuando quieras —dijo Tavish, alzando ligeramente la espada en un gesto que invitaba al ataque.

Kara no necesitó más invitación. Avanzó con rapidez, lanzando un ataque directo que Tavish bloqueó sin dificultad. El sonido del choque de las espadas resonó en el patio, seguido de una serie de movimientos rápidos en los que ambos parecían medir las capacidades del otro. Kara era ágil, moviéndose con una fluidez que desconcertaba a Tavish. Sus ataques no seguían un patrón claro, lo que lo obligaba a estar constantemente alerta.

—Eres rápida —admitió él, bloqueando otro ataque y contraatacando con un golpe que Kara esquivó por centímetros—. Pero ser rápida no siempre es suficiente.

—¿Y ser fuerte sí? —replicó ella, girando sobre sí misma para desviar su espada y lanzando una estocada que casi rozó el costado de Tavish.

Los guerreros que observaban soltaron una exclamación ahogada, pero Tavish no perdió la compostura. Retrocedió un paso, evaluando sus movimientos con más atención.

—Eres mejor de lo que pensé —dijo, sin apartar la vista de ella—. Pero no lo suficiente.

Con un movimiento calculado, lanzó un ataque que obligó a Kara a retroceder. Su fuerza era innegable, y cada golpe que lanzaba parecía estar diseñado para romper sus defensas. Sin embargo, Kara no era fácil de intimidar. Mantuvo su postura, buscando el momento adecuado para encontrar una apertura.

Finalmente, lo vio. En un giro rápido, bloqueó uno de sus ataques y utilizó el impulso para desviar su espada hacia un lado. Antes de que Tavish pudiera reaccionar, colocó la punta de su arma contra su pecho.

El silencio que siguió fue aún más denso que antes. Los guerreros miraban con incredulidad, y las Guardianas no pudieron evitar esbozar pequeñas sonrisas de orgullo. Tavish, por su parte, no se movió. Su expresión era inescrutable, aunque había algo en sus ojos que parecía brillar con

aprobación.

—¿Rendición? —preguntó Kara, sin apartar la espada.

Tavish sonrió levemente antes de apartar la punta de su arma con un gesto rápido y dar un paso atrás.

—Nada mal, Kara MacLeod. Pero no confundas un entrenamiento con una victoria real.

—Oh, tranquilo. No lo haré. —Kara enfundó su espada y lo miró directamente—. Pero creo que ahora sabes que no somos tan fáciles de ignorar como pensabas.

Tavish no respondió de inmediato. En lugar de eso, se giró hacia los hombres que observaban.

—Volved al trabajo. Esto no es un espectáculo. —Su voz, aunque calmada, no admitía discusión.

Los guerreros obedecieron de inmediato, pero Kara pudo sentir las miradas furtivas que aún se dirigían hacia ella mientras se retiraban. Sin duda, aquel encuentro no se olvidaría fácilmente.

Tavish volvió a acercarse a ella, esta vez con los brazos cruzados.

—Tienes talento, lo admito. Pero la próxima vez que decidas desafiarme delante de mis hombres, asegúrate de que sea por algo que valga la pena.

Kara levantó una ceja, con una sonrisa que no llegó a ser burla, pero que tampoco ocultaba su satisfacción.

—Creí que valía la pena demostrarte que estás subestimándonos.

—Eso lo veremos en el campo de batalla. Hasta entonces, sigue entrenando. —Tavish se giró, dando por terminada la conversación.

Kara lo observó marcharse, notando la rigidez de sus hombros y la manera en que apretaba los puños. Había logrado algo, aunque no sabía exactamente qué. Quizá había sembrado una semilla de respeto. O quizá solo había avivado un fuego que más adelante se convertiría en algo más difícil de controlar.

Por ahora, era suficiente.

Capítulo 6: La sombra de la traición

El aire en el ala asignada a las Guardianas era frío y tenso, como si las mismas piedras del castillo de los MacDonald se hubieran contagiado del peso de las sospechas que empezaban a germinar en la mente de Kara. Las habitaciones, aunque austeras, habían sido preparadas con cuidado por las criadas, quienes habían dejado lechos sencillos pero limpios y una chimenea que aún chisporroteaba débilmente. Sin embargo, la calidez del fuego no lograba disipar la inquietud que se había instalado en el ambiente.

Kara repasaba por tercera vez el trozo de pergamino que tenía en las manos. Era un mensaje que habían interceptado durante una de sus últimas incursiones contra los ingleses, aparentemente inofensivo, pero algo en él no encajaba. Cada palabra parecía cuidadosamente escogida, demasiado precisa para ser una mera casualidad. Lo más preocupante era que el contenido original del mensaje, que ellas mismas habían alterado para despistar al enemigo, había llegado tal cual al campamento inglés.

—¿Es posible que se trate de una filtración accidental? —preguntó Mairi, quien estaba sentada en un banco cercano, con los brazos cruzados y el ceño fruncido.

—No lo creo —respondió Kara, alzando la vista hacia su compañera—. Las únicas que conocían los cambios en el mensaje éramos nosotras. Eso significa que alguien dentro del grupo lo filtró.

Mairi chasqueó la lengua, visiblemente incómoda. Las Guardianas del Alba habían luchado juntas durante años, enfrentándose a enemigos que a menudo las subestimaban, precisamente porque nadie esperaba que un grupo de mujeres pudiera ser tan letal. La idea de que una de ellas pudiera traicionar al grupo era algo que ninguna quería aceptar.

—¿Qué propones que hagamos? —preguntó Ailis, que hasta entonces había permanecido en silencio, recostada contra la pared con una daga en la mano. Sus ojos oscuros estaban fijos en Kara, y su tono no dejaba lugar a dudas: quería respuestas.

Kara se tomó un momento antes de responder. Sabía que cualquier decisión que tomara podía romper la frágil confianza que mantenía unido al grupo. Pero quedarse de brazos cruzados no era una opción.

—No podemos acusar a nadie sin pruebas —dijo finalmente, guardando el pergamino en un bolsillo de su cinturón—. Pero tampoco podemos ignorar esto. Quiero que todas estéis atentas a cualquier comportamiento sospechoso. Si alguien está trabajando con los ingleses, lo descubriremos.

Las palabras de Kara no lograron calmar el ambiente. Si acaso, parecieron avivar el nerviosismo de algunas Guardianas, que intercambiaron miradas furtivas antes de volver a centrarse en sus tareas. A pesar de ello, Kara mantuvo su expresión serena. Como líder, sabía que no podía permitirse mostrar dudas, aunque por dentro sentía cómo la desconfianza comenzaba a roer sus

pensamientos.

***

Más tarde, mientras el castillo se sumía en el bullicio habitual de los preparativos para la próxima campaña, Kara decidió buscar respuestas fuera del grupo. Sabía que Tavish tenía acceso a información que podría serle útil, aunque no estaba segura de cuánto estaría dispuesto a compartir con ella. Con ese pensamiento, se dirigió al salón de mapas, donde había visto al líder de los MacDonald pasar la mayor parte de su tiempo.

Cuando llegó, encontró a Tavish inclinado sobre la mesa central, estudiando un mapa con la misma concentración que un general antes de la batalla. Las antorchas iluminaban el espacio con una luz cálida, y el olor a pergamino y cera derretida llenaba el aire. Tavish levantó la vista cuando oyó sus pasos, sus ojos verdes evaluándola con la misma intensidad de siempre.

—¿Necesitas algo, Kara? —preguntó, sin molestarse en disimular el tono impaciente de su voz.

—Información —respondió ella, acercándose a la mesa sin esperar una invitación—. Tenemos razones para creer que hay un traidor en mi grupo, y quiero saber si has oído algo que pueda confirmar mis sospechas.

Tavish dejó escapar un suspiro y se enderezó, cruzando los brazos sobre el pecho.

—¿Un traidor? —repitió, con una ceja arqueada—. Interesante. Y dime, ¿qué te hace pensar eso?

Kara sacó el pergamino de su cinturón y lo extendió sobre la mesa. Tavish lo examinó en silencio, sus dedos recorriendo las líneas de texto con una precisión casi meticulosa. Finalmente, alzó la vista hacia ella.

—Esto no parece un mensaje cualquiera. Si los ingleses lo recibieron tal como dices, entonces alguien de dentro está trabajando para ellos.

—Eso ya lo sé. Lo que necesito es saber si tienes alguna idea de quién podría ser. —Kara lo miró fijamente, esperando ver algún signo de complicidad o desinterés en su expresión. Pero Tavish, como siempre, era un muro infranqueable.

—Mis hombres no tienen motivos para filtrar información a los ingleses, si es lo que insinúas —respondió él, con un tono que rozaba la irritación—. Si hay un traidor, está en tu grupo.

—¿Crees que no lo sé? —replicó Kara, su paciencia empezando a agotarse—. Pero si ese traidor está aquí, es posible que también haya contactado con alguien de tu clan. Necesitamos cooperar en esto, Tavish, o ambos saldremos perdiendo.

Tavish la miró en silencio durante un largo instante, como si estuviera evaluando la sinceridad de sus palabras. Finalmente, asintió.

—Haré algunas averiguaciones. Pero no te garantizo nada.

—Con eso basta, por ahora —dijo Kara, recogiendo el pergamino y guardándolo de nuevo en su cinturón.

Cuando salió del salón, sentía que había avanzado un pequeño paso, aunque la incertidumbre seguía pesando en su mente. Tavish no era alguien en quien confiara plenamente, pero al menos parecía entender que la amenaza del traidor era real y que, si no la contenían a tiempo, podía poner en peligro a ambos clanes.

***

Esa noche, mientras las Guardianas cenaban en silencio en su sala asignada, Kara no dejaba de observar a cada una de ellas. Sus gestos, sus miradas, incluso la forma en que comían, todo le parecía ahora digno de sospecha. Sin embargo, no vio nada que delatara a ninguna en particular. Si había un traidor entre ellas, era alguien hábil para ocultarlo.

Cuando la comida terminó, Kara se dirigió a su habitación, donde encendió una vela y se sentó junto a una pequeña mesa de madera. Extendió el pergamino frente a ella y lo estudió una vez más, como si las palabras pudieran revelarle algo que no había visto antes. Pero el mensaje seguía siendo el mismo: un texto simple, directo, pero que ahora llevaba consigo un peso que no podía ignorar.

—¿Quién eres? —susurró para sí misma, dejando que sus pensamientos vagaran por un momento.

La respuesta no llegó, pero una cosa estaba clara: hasta que encontrara al traidor, no habría paz para ella ni para las Guardianas.

Capítulo 7: El rugido del acero

El crepúsculo teñía las Tierras Altas con un gris acerado que anunciaba la llegada de una noche helada. El destacamento inglés se había asentado en un pequeño claro cerca del bosque, confiado en que la profundidad de los árboles y la distancia a las aldeas les ofrecían una protección natural. Pero Tavish MacDonald sabía que la confianza podía ser el mayor enemigo en el campo de batalla.

Desde su posición elevada, Tavish observaba el campamento enemigo con la mirada fija y los labios apretados. A su alrededor, sus guerreros aguardaban instrucciones, dispuestos a entrar en combate en cualquier momento. Las antorchas que iluminaban las tiendas inglesas marcaban los puntos clave del ataque, y Tavish analizaba cada detalle con la precisión de un maestro estratega.

—Son menos de lo que esperaba, pero no por ello debemos confiarnos —comentó, girándose hacia sus hombres. Su voz era baja, pero cargada de autoridad—. Atacaremos rápido y sin piedad. No deben tener tiempo de reorganizarse.

Kara, que permanecía junto a él, clavó los ojos en el campamento con el mismo nivel de atención. Su postura, tensa pero segura, reflejaba una mezcla de expectación y concentración. Aunque no había sido incluida en los planes iniciales, había insistido en participar en la incursión. Sabía que aquella era una oportunidad para demostrar que las Guardianas no eran un recurso prescindible.

—¿Cuál es nuestro papel? —preguntó, interrumpiendo el silencio.

Tavish se volvió hacia ella con una expresión que oscilaba entre la irritación y el respeto contenido.

—El tuyo es no estorbar —respondió con un tono que pretendía ser cortante.

Kara no retrocedió ante sus palabras. De hecho, se acercó un paso, manteniendo la barbilla alzada.

—Mis mujeres y yo no hemos venido hasta aquí para quedarnos al margen mientras vos jugáis a ser héroes. Puedo liderar un flanco. Si quieres que seamos útiles, empieza a tratarnos como aliados, no como un adorno.

Un murmullo recorrió a algunos de los hombres que observaban la escena, pero Tavish alzó una mano, ordenando silencio. Sus ojos verdes estudiaron a Kara durante unos segundos que parecieron eternos.

—Muy bien —cedió al fin, aunque su tono seguía cargado de escepticismo—. Llevad a vuestras mujeres al flanco derecho. Proteged esa posición y aseguraos de que nadie escape hacia el bosque. ¿Podrás manejarlo?

—Por supuesto. —Kara inclinó la cabeza ligeramente, pero no como un gesto de sumisión, sino de aceptación del desafío.

Sin perder tiempo, Kara se giró y regresó junto a las Guardianas, que aguardaban cerca del límite del bosque. Al explicarles su papel, las mujeres asintieron con firmeza, preparándose para la acción. Habían luchado juntas durante años, y cada una sabía que el éxito de la misión dependía de su habilidad para trabajar como un solo cuerpo.

***

El ataque comenzó con una precisión aterradora. Tavish y sus hombres descendieron hacia el campamento como un torrente imparable, aprovechando la cobertura de la oscuridad y el factor sorpresa. Los ingleses, que hasta entonces se habían sentido seguros, apenas tuvieron tiempo de reaccionar cuando el primero de los guerreros atravesó sus defensas.

Kara, por su parte, lideró a las Guardianas hacia el flanco derecho, moviéndose con rapidez y sigilo entre los árboles. Cuando llegaron a su posición, se dividieron en parejas para cubrir cada posible punto de escape. Kara observaba el desarrollo de la batalla desde su lugar, esperando el momento exacto para entrar en acción.

No tuvo que esperar mucho. Un grupo de soldados ingleses, al darse cuenta de que estaban siendo superados, intentó huir hacia el bosque. Kara levantó la mano, señalando a las Guardianas que avanzaran. Con un grito que resonó como un trueno entre los árboles, se lanzó hacia el enemigo, blandiendo su espada con la misma gracia letal que había perfeccionado en años de combate.

El primer inglés que intentó atacarla cayó al suelo antes de que pudiera completar su movimiento. Kara giró sobre sí misma, esquivando otro golpe y devolviendo el ataque con una fuerza que hizo retroceder a su oponente. A su alrededor, las Guardianas luchaban con una coordinación que parecía casi coreografiada, sus movimientos rápidos y certeros como un vendaval.

—¡No dejéis que se escapen! —gritó, asegurándose de que su voz llegara a todas las Guardianas.

La batalla era caótica, pero Kara mantenía la cabeza fría, anticipándose a los movimientos de sus enemigos. En un momento dado, se encontró cara a cara con un soldado que parecía más experimentado que el resto. Sus ojos reflejaban una mezcla de furia y desesperación mientras avanzaba hacia ella con un grito de guerra. Kara se preparó, midiendo cada uno de sus pasos.

El intercambio fue rápido y feroz. Cada golpe de espada era bloqueado o desviado con una precisión que hacía que ambos combatientes parecieran bailar en lugar de luchar. Finalmente, Kara vio su oportunidad. Con un movimiento rápido, golpeó la empuñadura del arma del soldado, desarmándolo. Antes de que pudiera recuperarse, lo derribó con un giro de su espada, dejándolo inconsciente.

Cuando la última resistencia inglesa fue neutralizada, Kara levantó la vista para buscar a Tavish.

Lo encontró en el centro del campamento, rodeado por los cuerpos de los enemigos caídos. Su postura seguía siendo la de un guerrero en alerta, con la espada aún alzada y los ojos recorriendo el área en busca de posibles amenazas.

Tavish giró la cabeza al verla acercarse, y por un momento, sus miradas se cruzaron. Había algo diferente en sus ojos verdes. No era el desprecio inicial ni la indiferencia de quien juzga sin conocer. Era algo más complejo, un atisbo de respeto que parecía casi forzado.

—Nada mal, MacLeod —dijo, con un tono que intentaba sonar casual pero que no ocultaba del todo su admiración—. Tus mujeres han hecho bien su trabajo.

—Lo sé —respondió Kara, limpiando la hoja de su espada antes de enfundarla—. Espero que esto te haga reconsiderar tu idea de que somos un adorno.

Tavish dejó escapar una leve risa, aunque su rostro no perdió la seriedad.

—No cantes victoria aún. Esto ha sido solo una escaramuza. La verdadera batalla está por venir.

—Entonces es mejor que te acostumbres a vernos luchar. Estaremos aquí cuando nos necesites. —Kara inclinó la cabeza ligeramente antes de darse la vuelta y regresar junto a las Guardianas.

A medida que el silencio volvía al campamento y las antorchas se extinguían, Kara no podía evitar sentir que algo había cambiado. Había dado un paso más hacia lo que quería lograr: demostrar que las Guardianas eran imprescindibles, incluso para un hombre como Tavish MacDonald.

Capítulo 8: Fuego bajo la superficie

La atmósfera en el castillo MacDonald había cambiado desde la batalla. Las miradas furtivas y los murmullos entre los guerreros revelaban lo que nadie se atrevía a decir en voz alta: las Guardianas habían demostrado su valía, y Kara MacLeod se había ganado un lugar entre ellos, aunque fuera a regañadientes. A pesar de esto, la tensión entre ella y Tavish se sentía como un nudo que ninguno parecía dispuesto a desatar.

En el gran salón, las llamas de la chimenea proyectaban sombras irregulares sobre las paredes de piedra, y el aroma de la comida recién servida llenaba el aire. Los guerreros se reunían alrededor de las largas mesas, compartiendo historias y risas tras el combate. Kara y las Guardianas habían sido invitadas a unirse a ellos, pero la diferencia entre los dos grupos seguía siendo evidente. Las mujeres se sentaron juntas, conversando en voz baja, mientras los hombres evitaban mirarlas directamente.

Desde su asiento en la cabecera de la mesa principal, Tavish observaba la escena con una expresión inescrutable. Su atención parecía dividirse entre la comida frente a él y la figura de Kara, que conversaba con Ailis mientras mantenía la espalda recta y la barbilla alzada. Había algo en su porte que le irritaba tanto como le intrigaba, una mezcla de fuerza y seguridad que lo desafiaba sin necesidad de palabras.

—Pareces distraído, primo. —La voz de Fergus rompió sus pensamientos. El hombre, siempre relajado, bebía de su jarra de cerveza con una sonrisa divertida.

—Estoy pensando en lo que viene —respondió Tavish, desviando la mirada hacia el fuego.

Fergus arqueó una ceja, claramente poco convencido.

—¿Eso es todo? Porque desde aquí parece que estás pensando en alguien más.

—No seas ridículo —replicó Tavish, con un tono más seco de lo habitual.

Fergus soltó una carcajada baja, pero no insistió. Conocía demasiado bien a su primo para saber cuándo era mejor no empujarlo demasiado.

***

Más tarde, cuando el salón empezó a vaciarse, Kara decidió que era hora de retirarse. Había soportado suficientes miradas esquivas y comentarios indirectos por una noche. Al levantarse, notó que Tavish también se ponía en pie, lo que le hizo apretar los labios. No tenía intención de enfrentarse a otra de sus miradas desafiantes, pero tampoco iba a evitarlo.

—¿Puedo hablar contigo? —La voz de Tavish, firme pero calmada, la alcanzó antes de que pudiera salir del salón.

Kara se giró hacia él, sorprendida por el tono casi cortés de su petición. Tavish rara vez se molestaba en suavizar sus palabras.

—¿Sobre qué? —preguntó, cruzando los brazos frente al pecho.

Tavish se acercó, deteniéndose a una distancia que mantenía una barrera invisible entre ambos.

—Sobre lo que pasó en la batalla. —Sus ojos verdes la estudiaron con una intensidad que hizo que Kara sintiera un leve nudo en el estómago, aunque no dejó que se reflejara en su rostro.

—¿Qué pasa con la batalla? —insistió ella, alzando una ceja.

—Lo hiciste bien. Tú y tus mujeres. —Tavish parecía medir cada palabra, como si no estuviera acostumbrado a dar reconocimientos, y mucho menos a alguien como ella.

Kara parpadeó, sorprendida por el elogio. Durante un instante, consideró agradecerle, pero algo en su interior la detuvo. No era el tipo de hombre al que se le daba satisfacción con facilidad.

—Lo sé —respondió, con una pequeña sonrisa que no llegó a ser burla, pero que tampoco ocultaba su orgullo.

Tavish resopló, entre divertido y frustrado.

—¿Siempre tienes que ser así? —preguntó, cruzando los brazos.

—¿Así cómo? —Kara inclinó ligeramente la cabeza, como si estuviera desafiándolo a explicarse.

—Tan... desafiante. —La palabra salió con un leve tono de exasperación, aunque sus ojos no abandonaron los de ella.

—¿Y tú siempre tienes que ser tan terco? —replicó Kara, sin apartar la mirada.

El silencio que siguió entre ambos no fue incómodo, pero sí cargado de algo que ninguno parecía dispuesto a nombrar. Las llamas de la chimenea crepitaban suavemente, llenando el espacio con un calor que parecía extenderse más allá de la estancia. Kara sintió su respiración acelerarse ligeramente, aunque no supo si era por el cansancio o por la intensidad con la que Tavish la miraba.

Finalmente, fue él quien rompió el contacto visual, desviando la mirada hacia las mesas vacías.

—Eres buena en lo que haces, pero eso no significa que confíe en ti del todo —dijo, con un tono más neutral.

—No espero que lo hagas. Pero tampoco creas que yo confío en ti. —Kara dejó caer sus palabras con suavidad, aunque el mensaje era claro.

Tavish volvió a mirarla, y esta vez hubo un atisbo de algo más en sus ojos. No era solo el desafío

habitual, sino algo más profundo, algo que ambos estaban empezando a reconocer pero no querían admitir.

—Descansa. Mañana nos esperan muchas decisiones. —Su tono fue casi un susurro antes de girarse y salir del salón.

Kara lo observó marcharse, sintiendo una mezcla de frustración y algo que no podía definir con exactitud. Sacudió la cabeza y salió hacia su habitación, decidida a dejar atrás aquel extraño momento.

***

En su cuarto, iluminado por la tenue luz de una vela, Kara se sentó en el borde de la cama, dejando que el silencio la envolviera. Por primera vez en mucho tiempo, su mente no estaba ocupada únicamente por estrategias y supervivencia. Tavish MacDonald, con su carácter indomable y su mirada penetrante, parecía haberse colado en sus pensamientos, algo que la irritaba más de lo que estaba dispuesta a admitir.

—Estúpido hombre —murmuró para sí misma, aunque no pudo evitar que una pequeña sonrisa curvara sus labios.

Al otro lado del castillo, Tavish estaba sentado junto al fuego en su estudio privado, con una copa de whisky en la mano. Miraba las llamas como si estas pudieran ofrecerle respuestas a las preguntas que rondaban su mente. Kara MacLeod era todo lo que él no buscaba en un aliado: impredecible, desafiante y, sobre todo, alguien que no aceptaba un no como respuesta. Y sin embargo, había algo en ella que lo intrigaba, algo que lo hacía sentir fuera de control, un terreno en el que no estaba acostumbrado a moverse.

Dejó escapar un suspiro, apoyándose en el respaldo de la silla.

—Tonto de mí —murmuró, antes de dar un trago largo.

Las llamas seguían crepitando, pero ninguna de las respuestas que buscaba llegó esa noche.

Capítulo 9: Las sombras del pasado

El aire frío de las Tierras Altas se colaba entre las grietas de piedra del castillo, impregnando las estancias con una sensación de perpetuo invierno. Kara paseaba por los estrechos pasillos, envuelta en una capa que apenas conseguía mitigar el frío. Sus pensamientos estaban lejos de la fortaleza, del bullicio del patio de armas o de las estrategias de combate. Había algo que pesaba más que las responsabilidades que cargaba como líder: su pasado.

Desde la batalla, las Guardianas habían conseguido un respiro. Aunque las tensiones con los guerreros de Tavish seguían latentes, el éxito en el combate había dado un pequeño paso hacia la aceptación. Pero esa aparente calma era un velo delgado que no podía distraerla de la amenaza que se cernía no solo sobre ellas, sino también sobre ella misma.

Llegó hasta una sala solitaria, un lugar donde apenas entraba nadie, y se sentó en un banco de madera junto a una de las pequeñas ventanas. Desde allí podía divisar los muros del castillo y, más allá, las montañas que siempre habían sido su refugio y su carga. Mientras miraba la inmensidad de las Highlands, su mente comenzó a retroceder hacia los recuerdos que había intentado enterrar durante tanto tiempo.

***

—Tu padre era un traidor. —La voz de su tío resonaba en su cabeza, tan clara como si estuviera frente a ella.

Era una frase que Kara había escuchado innumerables veces desde niña. Después de la muerte de su padre, su clan no tardó en acusarlo de haber colaborado con los ingleses, señalando su nombre como sinónimo de deshonra. Fue ejecutado frente a todos, en un acto que debía servir de lección para cualquier otro que considerara aliarse con el enemigo. Kara, apenas una niña, había presenciado todo desde un rincón oscuro, donde su madre la había escondido para protegerla de la furia del clan.

Había sido una noche fría y amarga, donde el fuego de las antorchas apenas lograba romper la oscuridad. Kara no recordaba el rostro de su padre con claridad, pero nunca olvidaría el sonido de su voz rogándole a su madre que cuidara de ella. Desde aquel momento, el peso de su apellido se convirtió en una carga que tuvo que llevar sola. Su madre no tardó en sucumbir al dolor, y Kara aprendió que la única forma de sobrevivir era construyendo una fortaleza dentro de sí misma.

***

—Ah, aquí estabas. —La voz de Ailis la sacó de sus pensamientos.

Kara levantó la vista y vio a su amiga y compañera de batalla apoyada contra el marco de la puerta. Su expresión era amable, pero había una preocupación en sus ojos que delataba que no estaba allí por casualidad.

—No es propio de ti desaparecer sin decir nada —dijo Ailis, acercándose y sentándose junto a ella.

—Necesitaba un momento de tranquilidad. —Kara intentó sonreír, pero el gesto no llegó a sus ojos.

Ailis la observó en silencio durante unos segundos antes de hablar.

—¿Es por lo que pasó en la batalla? —preguntó, aunque parecía saber que la respuesta era otra.

Kara negó con la cabeza. No era la batalla, ni siquiera las tensiones con Tavish, lo que ocupaba su mente en ese momento.

—Es... complicado. —Su voz era apenas un susurro.

Ailis frunció el ceño, pero no insistió. Sabía que Kara no era de las que compartían sus pensamientos con facilidad. Sin embargo, algo en su postura le hizo comprender que aquella vez era diferente.

—¿Quieres hablar de ello? —ofreció, con un tono suave que no solía usar.

Kara dudó. Durante años había mantenido aquel secreto enterrado, convencida de que compartirlo solo traería más dolor y desconfianza. Pero Ailis era más que una compañera; era alguien en quien podía confiar.

—Mi padre... —empezó, con la voz temblando ligeramente—. Mi padre trabajó con los ingleses antes de que lo ejecutaran.

Ailis no reaccionó de inmediato, pero Kara vio cómo su expresión cambiaba, pasando de la sorpresa a la comprensión.

—¿Trabajó con ellos? —preguntó finalmente, manteniendo la calma.

—No sé todos los detalles —admitió Kara, sintiendo cómo las palabras se acumulaban en su garganta—. Siempre dijeron que los ayudaba a trazar mapas de nuestras tierras, a identificar rutas y puntos débiles. Lo acusaron de traidor, y mi clan... mi clan lo condenó a muerte.

Ailis se inclinó ligeramente hacia ella, colocando una mano sobre su hombro.

—¿Crees que lo hizo? —preguntó, con un tono que no era de juicio, sino de curiosidad.

Kara negó con la cabeza.

—No lo sé. Era mi padre, pero también era un hombre. Quizá tomó decisiones que creyó correctas en su momento. O quizá lo acusaron injustamente. Nunca lo sabré, y eso me persigue.

Ailis guardó silencio, dejando que sus palabras llenaran la estancia. Kara respiró hondo,

sintiendo que un peso invisible se aligeraba ligeramente al compartirlo.

—Kara, tu padre no te define. Ni lo que hizo ni lo que no hizo. Lo que importa es quién eres tú, lo que haces por nosotras, por las Guardianas, por estas tierras.

Kara levantó la mirada y encontró en los ojos de Ailis una sinceridad que casi le resultaba difícil aceptar. Aun así, asintió, aunque sabía que aquel fantasma no desaparecería tan fácilmente.

***

Más tarde, cuando el día comenzaba a desvanecerse, Kara decidió salir al patio para despejarse. La actividad habitual del castillo seguía su curso, con los guerreros entrenando y las criadas moviéndose con agilidad entre las tareas diarias. Mientras paseaba, sus pensamientos seguían girando en torno a su padre y a las decisiones que debía tomar para proteger a las Guardianas.

Fue entonces cuando se encontró con Tavish. Él estaba en el centro del patio, observando a sus hombres con los brazos cruzados y la expresión concentrada. Al verla, arqueó una ceja, pero no se movió de su posición.

—MacLeod —la saludó, con un tono que no era ni frío ni cálido.

—MacDonald —respondió ella, deteniéndose a unos pasos de distancia.

Ambos se miraron en silencio, como si intentaran leer los pensamientos del otro. Finalmente, Tavish habló.

—Pareces preocupada.

Kara lo miró con sorpresa. No esperaba que alguien como él se diera cuenta, y mucho menos que lo mencionara.

—Solo cansada. —No era del todo mentira, pero tampoco era toda la verdad.

Tavish asintió, aunque su expresión sugería que no estaba convencido. Después de un momento, añadió:

—Cansancio o no, necesitas estar al cien por cien. No podemos permitirnos distracciones.

Kara frunció el ceño, sintiendo cómo la irritación crecía dentro de ella.

—No necesito que me recuerdes cuáles son mis responsabilidades, Tavish. Sé perfectamente lo que está en juego.

Él se inclinó ligeramente hacia ella, como si quisiera asegurarse de que nadie más escuchara sus palabras.

—Lo sé. Pero también sé lo que significa cargar con algo más que el peso de la guerra.

Por un momento, Kara lo miró con desconcierto. Había algo en su tono, en su mirada, que sugería que hablaba desde la experiencia. Pero antes de que pudiera responder, Tavish se enderezó y regresó su atención a los guerreros.

Kara permaneció allí unos instantes, sintiendo que aquella breve conversación había tocado algo más profundo de lo que estaba dispuesta a admitir. Luego, sin decir nada más, se giró y se alejó, con la mente más revuelta que nunca.

Capítulo 10: Las grietas de la confianza

La mañana en el castillo MacDonald se había levantado con un aire tenso que no tenía nada que ver con el frío que se colaba entre las piedras de las murallas. El entrenamiento en el patio avanzaba como de costumbre, pero las Guardianas del Alba se mantenían apartadas, reunidas bajo la sombra de una de las torres laterales. Sus gestos, normalmente fluidos y seguros, mostraban hoy una rigidez que delataba algo más profundo que el agotamiento del combate.

Kara observaba a su grupo desde un extremo del patio. Las espadas descansaban a un lado, y el murmullo de sus voces se alzaba apenas por encima del sonido de las botas de los guerreros macdonaldianos al practicar. Había algo extraño en la forma en que sus compañeras se miraban, como si entre ellas se hubiera levantado un muro invisible.

—¿Cuánto tiempo más vas a dejar que esto continúe? —preguntó Mairi, acercándose a Kara con los brazos cruzados.

Kara giró ligeramente la cabeza hacia ella, pero no respondió de inmediato. Sabía a qué se refería, pero no quería precipitarse.

—Hasta que alguien diga lo que tiene que decir —respondió finalmente, sin apartar los ojos de las Guardianas.

Mairi resopló, pero no insistió. Sabía que Kara prefería abordar los problemas cuando se veía obligada a ello, no antes. Sin embargo, lo que estaba ocurriendo en su grupo no era algo que pudiera ignorarse por mucho tiempo.

Finalmente, Kara dio un paso hacia ellas. Las Guardianas alzaron la vista en su dirección, sus conversaciones apagándose al instante. Había algo en la presencia de su líder que siempre imponía, incluso en los momentos más tensos.

—¿Alguien quiere contarme qué está pasando? —preguntó, cruzando los brazos y dejando que su mirada recorriera a cada una de ellas.

El silencio fue su única respuesta al principio. Ailis, normalmente la más habladora, evitó el contacto visual. Mairi se apoyó contra la pared cercana, como si prefiriera observar desde una distancia prudente. Fue entonces cuando una de las más jóvenes, Branna, rompió el silencio.

—Creemos que alguien está ocultando algo. —Su voz era baja, pero lo suficientemente firme como para cortar el aire.

Kara no apartó la mirada de ella, aunque por dentro sintió cómo una punzada de inquietud comenzaba a crecer en su pecho.

—¿A qué te refieres exactamente? —preguntó, manteniendo su tono neutral.

Branna tragó saliva antes de responder.

—No todas estamos seguras de que el traidor venga de fuera. Podría estar... entre nosotras.

La confesión cayó como una piedra en el centro de un estanque, creando ondas de tensión que se extendieron entre las Guardianas. Algunas murmuraron entre sí, mientras que otras miraban a Branna con incredulidad. Kara levantó una mano, ordenando silencio.

—¿Y qué te hace pensar eso? —inquirió, sin desviar su atención de la joven.

Branna dudó, pero finalmente se encogió de hombros.

—No lo sé. Solo... hay cosas que no encajan. El mensaje que interceptamos, las rutas que conocían los ingleses... Alguien debió decirles algo. ¿Cómo podrían saber tanto si no fuera así?

—Eso no significa que fuera una de nosotras —intervino Ailis, su tono afilado—. Hay muchas maneras de que la información se filtre. ¿Vas a empezar a acusar sin pruebas?

—No estoy acusando a nadie —replicó Branna, aunque sus palabras carecían de convicción.

Kara levantó la mano de nuevo, exigiendo calma.

—Nadie va a acusar a nadie sin pruebas —dijo, con un tono firme que dejó claro que no estaba dispuesta a tolerar discusiones innecesarias—. Pero Branna tiene razón en algo: necesitamos respuestas, y las necesitamos pronto. Hasta entonces, quiero que todas recordéis lo que somos. Este grupo siempre ha funcionado porque confiamos las unas en las otras. Si empezamos a dudar de eso, los ingleses ya habrán ganado.

Las Guardianas asintieron, aunque la tensión no desapareció del todo. Kara sabía que sus palabras eran solo un parche temporal. Las sospechas ya habían echado raíces, y desenterrarlas no sería fácil.

***

Más tarde, mientras el sol descendía en el horizonte, Kara se encontraba en la sala común que les habían asignado. El crepitar del fuego llenaba el espacio con un calor agradable, pero no era suficiente para calmar su mente. Estaba sentada junto a una mesa, repasando mentalmente cada detalle de las últimas semanas, buscando algún indicio que hubiera pasado por alto.

Fue entonces cuando Ailis entró en la habitación, cerrando la puerta tras de sí. Su expresión era seria, pero había un atisbo de preocupación en sus ojos.

—Esto no puede continuar así —dijo, sin preámbulos.

Kara alzó la vista hacia ella, dejando caer las manos sobre la mesa.

—Lo sé. Pero no puedo forzar a nadie a confesar algo que no sabemos con certeza.

Ailis se acercó, apoyándose contra la mesa frente a ella.

—Kara, si no hacemos algo pronto, esto podría destruirnos desde dentro. ¿Qué vamos a hacer?

Kara se pasó una mano por el cabello, dejando escapar un suspiro.

—Voy a hablar con Tavish. Quizá él tenga alguna idea de por dónde empezar. Pero hasta entonces, necesito que mantengas la calma en el grupo. Si dejamos que esto nos divida, no sobreviviremos.

Ailis asintió, aunque la preocupación seguía marcada en su rostro.

—Confío en ti, Kara. Pero esto no puede alargarse mucho más.

***

Horas después, Kara se dirigió al despacho de Tavish, un espacio austero pero funcional donde sabía que podría encontrarlo. Cuando llamó a la puerta, escuchó su voz al otro lado, invitándola a pasar.

Tavish estaba sentado detrás de su mesa, con varios pergaminos desplegados frente a él. Al verla entrar, alzó la vista, sus ojos verdes reflejando una mezcla de curiosidad y cansancio.

—¿Qué te trae por aquí, MacLeod? —preguntó, apoyándose en el respaldo de su silla.

—Necesito tu ayuda —dijo Kara, cerrando la puerta tras de sí.

Tavish arqueó una ceja, claramente sorprendido por su confesión.

—Eso no es algo que suelas admitir. ¿De qué se trata?

Kara avanzó hasta la mesa, deteniéndose al otro lado.

—Las sospechas sobre un traidor están empezando a dividir a mi grupo. Si no hacemos algo pronto, podría haber consecuencias irreparables.

Tavish asintió lentamente, dejando caer las manos sobre la mesa.

—¿Tienes alguna idea de quién podría ser?

—No. Y eso es lo que lo hace peor. —Kara lo miró directamente, con una intensidad que no dejó lugar a dudas sobre lo mucho que estaba en juego—. Necesito que me ayudes a investigar. Tus hombres tienen acceso a información que las Guardianas no pueden conseguir. Si hay algo que puedas hacer, cualquier cosa, necesito saberlo.

Tavish la observó en silencio durante un largo instante, como si estuviera evaluando la sinceridad de sus palabras. Finalmente, asintió.

—Lo haré. Pero, Kara, si resulta que la traidora está entre tus mujeres, ¿estarás dispuesta a hacer lo que sea necesario?

Kara apretó los puños, sintiendo el peso de sus palabras.

—Si eso significa proteger a las demás, sí.

Tavish no respondió de inmediato, pero en su mirada había algo que no había estado allí antes: respeto.

—Muy bien. Entonces empecemos.

Capítulo 11: Bajo el filo de la emboscada

El silencio del bosque era casi absoluto, roto solo por el crujido leve de las ramas bajo las botas de las Guardianas del Alba. Kara lideraba la marcha, con los sentidos en alerta, mientras la bruma espesa envolvía los troncos altos como un velo de advertencia. No le gustaba lo que sentía. Había algo en el aire, una tensión que parecía más que el simple nerviosismo previo a una misión.

El informe había llegado la noche anterior: un grupo inglés acampaba cerca de un claro al otro lado del bosque. Según los exploradores, llevaban consigo documentos importantes, quizás incluso un mapa que revelaba futuras estrategias contra los clanes. Recuperarlos era crucial, pero el riesgo era evidente. Kara había asumido la misión sin dudarlo. Sabía que las Guardianas eran las únicas capaces de moverse con suficiente sigilo y eficacia para evitar un enfrentamiento directo.

—¿Crees que es una trampa? —preguntó Mairi, que caminaba justo detrás de ella.

Kara se detuvo un momento, evaluando las palabras de su compañera. Había considerado esa posibilidad, pero la necesidad de información pesaba más que sus sospechas.

—Si lo es, nos adaptaremos. —Su tono era bajo pero firme, suficiente para transmitir confianza sin levantar demasiado la voz.

Ailis, que se mantenía en la retaguardia, murmuró algo que Kara no alcanzó a escuchar, pero no preguntó. Sabía que cada una estaba lidiando con sus propios temores, y no era el momento de intentar calmarlas. La misión requería concentración.

Cuando llegaron a un claro cercano al campamento enemigo, Kara alzó la mano, indicando que se detuvieran. Desde su posición, apenas podían vislumbrar las sombras de las tiendas inglesas entre los árboles. Dos centinelas estaban apostados en la entrada, pero no parecían especialmente atentos. Kara evaluó rápidamente la situación y señaló a Branna y a otra Guardiana para que flanquearan a los guardias. La clave era la rapidez: un movimiento limpio y preciso antes de que el enemigo tuviera tiempo de reaccionar.

—Vamos —murmuró, iniciando el avance.

***

Todo ocurrió demasiado rápido.

Las Guardianas se habían acercado al campamento con el sigilo de un depredador al acecho, pero antes de que pudieran alcanzar a los centinelas, una flecha silbó desde las sombras, impactando en un árbol a pocos pasos de Kara. El sonido de un cuerno de batalla rasgó el aire, y los soldados ingleses salieron de sus tiendas como si hubieran estado esperando el ataque.

—¡Es una emboscada! —gritó Mairi, desenvainando su espada.

Kara maldijo en silencio mientras sacaba su propia arma. Habían caído en una trampa, y ahora no había más opción que luchar. Los ingleses eran más numerosos de lo que esperaban, pero las Guardianas no eran fáciles de intimidar. Cada una de ellas se lanzó al combate con la habilidad que las caracterizaba, esquivando, bloqueando y devolviendo los ataques con una precisión letal.

Kara se encontró rodeada por tres soldados, cada uno más alto y corpulento que ella. Pero su tamaño no le importaba; si algo había aprendido a lo largo de los años, era que la velocidad y la estrategia siempre podían superar la fuerza bruta. Bloqueó un golpe con su espada, girando sobre sí misma para esquivar otro y devolviendo el ataque con un movimiento que dejó fuera de combate a su primer oponente.

—¡Cuidado a tu izquierda! —gritó Ailis, lanzando un cuchillo que impactó en el hombro de un soldado que se acercaba a Kara.

—Gracias —respondió Kara, sin apartar la vista de su siguiente adversario.

El caos del combate era ensordecedor, pero algo en el borde de su visión llamó su atención. Una figura oscura emergía entre los árboles, avanzando hacia ella con una precisión que no pertenecía a los ingleses. Era Tavish, montado en su caballo y seguido por un grupo de guerreros macdonaldianos.

—¿Qué demonios haces aquí? —gritó Kara mientras él desmontaba de un salto y se unía a la refriega.

—¡Salvándote la vida, por lo que parece! —respondió Tavish, con una sonrisa irónica incluso mientras bloqueaba un ataque con su espada.

A pesar de su irritación, Kara no podía negar que su llegada había equilibrado las probabilidades. Los guerreros de Tavish, aunque no tan ágiles como las Guardianas, luchaban con una fuerza arrolladora que obligó a los ingleses a retroceder. Pero la batalla estaba lejos de terminar.

***

Un soldado inglés, más hábil que los demás, logró colarse entre las filas y lanzó un ataque directo hacia Kara. Ella giró para enfrentarlo, pero antes de que pudiera moverse, Tavish se interpuso, bloqueando el golpe con su cuerpo. La hoja del enemigo se hundió en su costado, arrancándole un gemido de dolor antes de que, con un movimiento rápido, Tavish eliminara al agresor.

—¡Tavish! —gritó Kara, corriendo hacia él mientras el hombre tambaleaba.

—No es nada... —intentó decir, pero su voz se apagó mientras caía de rodillas.

Kara se arrodilló a su lado, sujetándolo antes de que cayera del todo al suelo. La sangre manaba de la herida, empapando su camisa y tiñendo de rojo el suelo bajo ellos.

—¡Ailis, cúbrenos! —ordenó, su voz cargada de urgencia.

Ailis y las demás formaron un círculo alrededor de ellos, bloqueando cualquier intento de los ingleses por acercarse. Mientras tanto, Kara presionaba la herida de Tavish con ambas manos, intentando detener la hemorragia.

—¿Qué demonios hacías aquí? —le espetó, aunque su tono era más de preocupación que de enfado.

Tavish esbozó una sonrisa débil, aunque el dolor se reflejaba claramente en su rostro.

—Prometí ayudarte, ¿no?

Kara apretó los labios, luchando contra la mezcla de emociones que la invadía. No podía permitirse pensar en lo que significaba aquel gesto, no ahora. La batalla aún no había terminado.

***

Cuando finalmente los ingleses se retiraron, Kara y sus compañeras lograron llevar a Tavish de vuelta al campamento. La herida no era mortal, pero necesitaba atención inmediata. Mientras los curanderos trabajaban, Kara se quedó junto a él, observándolo con una mezcla de frustración y algo que no quería nombrar.

Cuando Tavish abrió los ojos, su mirada se encontró con la de ella.

—¿Estás bien? —preguntó, su voz ronca pero cargada de un tono sincero que desarmó a Kara.

Ella asintió, apartando la vista.

—Te lo devolveré cuando menos lo esperes —dijo, intentando recuperar su tono habitual.

Tavish sonrió, aunque su rostro estaba pálido.

—Me lo apuntaré.

Capítulo 12: La tregua de las heridas

El castillo MacDonald despertaba en penumbras aquella mañana, con el viento arrastrando un murmullo gélido entre las piedras. El bullicio del patio principal había quedado apagado desde el regreso de la misión. Aunque la emboscada se había saldado con éxito, el precio había sido alto. Tavish MacDonald, el líder indomable, yacía en una de las habitaciones del ala este, luchando contra la fiebre que le había dejado la herida sufrida en la batalla.

Kara permanecía junto a él, sentada en un taburete de madera al lado del lecho. Habían pasado dos días desde que los curanderos habían cosido la herida, aplicando ungüentos para evitar infecciones, pero la fiebre no remitía. Tavish era fuerte, pero Kara sabía que incluso los guerreros más resistentes podían caer ante un mal como aquel.

El cuarto estaba iluminado por un único candelabro, cuya luz vacilante proyectaba sombras irregulares sobre las paredes. Los pocos muebles que adornaban la estancia eran sencillos pero funcionales, propios de un líder que prefería la eficiencia al lujo. Sobre la cama, Tavish respiraba con dificultad, su pecho subiendo y bajando con un esfuerzo que hacía que cada segundo pareciera eterno.

Kara humedeció un paño en el agua fresca que había traído y lo colocó con cuidado sobre la frente de Tavish. Su piel estaba ardiendo, y ella no pudo evitar apretar los labios en un gesto de preocupación. Había visto a muchos hombres caer en combate, pero el dolor de verlo así era distinto, aunque no quería reconocerlo.

—¿Sigues ahí, MacLeod? —La voz rasposa de Tavish rompió el silencio, haciendo que Kara alzara la vista.

Sus ojos verdes estaban entreabiertos, velados por la fiebre, pero su tono conservaba un matiz irónico que parecía negarse a desaparecer, incluso en su estado.

—Alguien tiene que asegurarse de que no hagas tonterías mientras estás inconsciente —respondió Kara, intentando suavizar la tensión con una leve sonrisa.

Tavish dejó escapar un sonido que podría haber sido una risa, pero que terminó en un gemido de dolor. Kara se inclinó hacia él, ayudándolo a incorporarse un poco para que pudiera beber de la copa de agua que tenía preparada.

—Bebe despacio —le indicó, acercando el borde a sus labios.

Tavish obedeció, aunque sus movimientos eran lentos y torpes. Cuando terminó, Kara lo ayudó a recostarse de nuevo, cuidando de no presionar demasiado el vendaje que cubría su costado.

—No tienes que hacer esto —murmuró él, cerrando los ojos.

—Lo sé. Pero lo haré de todos modos. —Kara volvió a mojar el paño, sin apartar la vista de él.

***

La tarde transcurrió con lentitud, y Kara no abandonó la habitación ni un instante. Las Guardianas se encargaron de sus propias tareas, sabiendo que su líder necesitaba aquel momento. El castillo seguía con su vida habitual, pero la estancia de Tavish era un pequeño refugio de silencio y cuidados.

Al caer la noche, la fiebre empezó a ceder. Tavish abrió los ojos de nuevo, más despierto que antes, y se encontró con la figura de Kara, que había encendido una vela más para iluminar la estancia. Estaba sentada en el taburete, con la cabeza apoyada en una mano, como si llevara demasiado tiempo despierta.

—Vas a cansarte antes que yo —dijo él, su voz algo más firme.

Kara levantó la cabeza, sorprendida de verlo tan consciente.

—Eso no es difícil, teniendo en cuenta que estás postrado en una cama —replicó, arqueando una ceja.

Tavish esbozó una sonrisa, aunque el gesto pareció costarle.

—No sabía que también eras sanadora. ¿Hay algo que no puedas hacer, MacLeod?

Kara lo miró durante un instante antes de responder, dejando escapar un leve suspiro.

—He aprendido a hacer lo que necesito para sobrevivir. Y, a veces, eso incluye cuidar de un hombre testarudo que no sabe cuándo parar.

Tavish rió, aunque el movimiento le arrancó una mueca de dolor.

—Deberías dejar de hablar tanto. Tu herida no se curará si sigues esforzándote en ser ingenioso —añadió ella, levantándose para revisar el vendaje.

Mientras lo hacía, Tavish la observó en silencio. Había algo en su expresión que lo desconcertaba, una mezcla de fuerza y vulnerabilidad que no esperaba de alguien como ella. Por un momento, pensó en decir algo más, pero se contuvo. Había una barrera invisible entre ellos, y no estaba seguro de querer romperla todavía.

***

Más tarde, cuando la luna ya estaba alta, Kara volvió a su asiento junto al lecho. La estancia estaba en calma, con solo el sonido de la respiración de Tavish llenando el espacio. Durante un rato, pensó que él se había quedado dormido, pero entonces escuchó su voz, suave y casi apagada.

—¿Por qué lo haces? —preguntó.

Kara alzó la vista, encontrándose con sus ojos fijos en ella.

—¿Hacer qué?

—Cuidar de mí. Podrías haber dejado que alguien más lo hiciera.

Ella se quedó en silencio por un momento, como si estuviera buscando las palabras adecuadas.

—Porque sé lo que es estar sola. Y porque, aunque no lo admitas, tú también lo sabes.

Tavish la miró durante un largo instante, como si sus palabras hubieran tocado algo profundo dentro de él. Finalmente, dejó escapar un suspiro, cerrando los ojos.

—Eres más fuerte de lo que dejas ver, MacLeod.

—Y tú eres más humano de lo que pretendes, MacDonald. —El tono de Kara era suave, pero sus palabras llevaban una verdad que ambos entendían.

La habitación quedó en silencio de nuevo, pero esta vez, la atmósfera había cambiado. Había algo nuevo entre ellos, algo que no necesitaba palabras para ser entendido.

***

Cuando la mañana llegó, la fiebre había desaparecido por completo. Tavish estaba más despierto, y aunque aún no podía moverse con libertad, su humor parecía haber mejorado.

—No te acostumbres a esto —le advirtió Kara mientras cambiaba el agua del jarrón junto a la cama.

—¿A qué? —preguntó él, con una sonrisa.

—A que te cuide. Esto es un favor excepcional. No quiero que empieces a pensar que voy a estar aquí cada vez que te metas en problemas.

Tavish rió, esta vez sin dolor.

—Lo tendré en cuenta. Pero, por ahora, gracias.

Kara asintió, sin decir nada más. Sabía que aquel agradecimiento iba más allá de las palabras. Era un paso pequeño, pero importante, en el complicado camino que compartían.

Capítulo 13: La sombra de los rumores

El sonido del martillo golpeando el metal resonaba con fuerza en el patio del castillo MacDonald. Los herreros trabajaban sin descanso mientras los guerreros afilaban sus espadas y ajustaban sus armaduras, preparándose para cualquier conflicto que pudiera surgir. Sin embargo, Tavish no prestaba atención a ese bullicio habitual. Estaba en su despacho, rodeado de mapas y documentos, pero sus pensamientos estaban lejos de las estrategias y las alianzas.

La conversación que había escuchado aquella mañana lo había dejado inquieto. Dos de sus hombres, pensando que él no estaba cerca, habían mencionado algo que no podía ignorar. El nombre de Kara había surgido, acompañado de palabras como "traición" y "deshonra". Pero lo que realmente lo había enfurecido era la mención de su padre.

—Dicen que su padre trabajaba con los ingleses. ¿Cómo sabemos que no es igual? —había dicho uno de ellos, con un tono cargado de desconfianza.

Tavish no se había detenido a confrontarlos en ese momento. No porque no quisiera, sino porque necesitaba entender primero qué era lo que estaba ocurriendo. Kara había demostrado ser una guerrera excepcional, pero aquella información plantó una semilla de duda que no podía ignorar. ¿Y si había algo más en ella que no alcanzaba a ver?

***

La puerta del despacho se abrió de golpe, y Fergus entró con la confianza de quien no teme molestar.

—Pareces más enfadado de lo habitual —comentó, dejando caer un fajo de pergaminos sobre la mesa.

Tavish alzó la vista, frunciendo el ceño.

—¿Qué quieres?

Fergus se dejó caer en una silla frente a él, cruzando los brazos con aire despreocupado.

—Vas a tener que aprender a esconder mejor lo que piensas si quieres que la gente crea que estás bien. —Hizo una pausa, observándolo con atención—. ¿Tiene algo que ver con MacLeod?

Tavish no respondió de inmediato. En lugar de eso, se levantó y se acercó a la ventana, desde donde podía ver a las Guardianas entrenando en un rincón del patio. Kara estaba entre ellas, dando instrucciones con una energía que parecía inagotable.

—¿Qué sabes de su padre? —preguntó finalmente, sin girarse.

Fergus frunció el ceño, sorprendido por la pregunta.

—No mucho, solo rumores. Se decía que colaboró con los ingleses, pero nunca supe si era verdad o solo habladurías. ¿Por qué lo preguntas ahora?

Tavish se giró hacia él, su expresión dura como la piedra.

—Algunos de nuestros hombres están diciendo que podría ser como él. Que no podemos confiar en ella.

Fergus soltó un bufido, sacudiendo la cabeza.

—¿Y tú les crees? Porque, si lo haces, creo que has perdido la cabeza.

—No es cuestión de creer o no —respondió Tavish, con el tono cargado de frustración—. Es cuestión de no cometer errores. Si hay algo en su pasado que pueda ponernos en peligro, necesito saberlo.

Fergus se inclinó hacia adelante, apoyando los codos en las rodillas.

—Escucha, Tavish. Kara no es su padre. Lo que sé de ella es que ha luchado toda su vida para proteger estas tierras. Si quieres dudar de alguien, duda de los ingleses, no de una mujer que ya te ha salvado el cuello.

Tavish no respondió, pero las palabras de Fergus se quedaron grabadas en su mente.

***

Esa noche, el salón principal estaba más animado de lo habitual. Los guerreros y las Guardianas se habían reunido para compartir la cena, y aunque la tensión entre ambos grupos seguía presente, había un intento genuino de convivencia. Kara estaba sentada con Ailis y Mairi, riendo por algo que una de ellas había dicho. Tavish la observaba desde la cabecera de la mesa principal, estudiando cada uno de sus gestos.

—¿Por qué me miras así? —preguntó Kara de repente, girándose hacia él con una sonrisa que desapareció al notar la seriedad en su rostro.

—¿Puedo hablar contigo? —dijo Tavish, sin rodeos.

Kara frunció el ceño, pero asintió. Se levantó de la mesa y lo siguió hasta uno de los pasillos menos transitados del castillo. La luz de las antorchas iluminaba las paredes de piedra, proyectando sombras que parecían moverse con cada paso.

—¿Qué ocurre? —preguntó Kara, cruzando los brazos.

Tavish no respondió de inmediato. La miró durante unos segundos, como si intentara decidir cómo abordar el tema.

—He escuchado cosas sobre tu padre —dijo finalmente, con un tono neutro.

Kara se tensó al instante. Sus ojos, normalmente llenos de confianza, se oscurecieron con una mezcla de sorpresa y enfado.

—¿Y qué has escuchado? —replicó, su voz fría como el hielo.

—Que trabajó con los ingleses. Que los ayudó a... —Tavish hizo una pausa, eligiendo cuidadosamente sus palabras—. Que les proporcionó información sobre las tierras.

Kara lo miró fijamente, y durante un momento, Tavish pensó que lo golpearía. Pero en lugar de eso, dio un paso atrás, como si necesitara distancia para procesar lo que había escuchado.

—¿Y tú crees eso? —preguntó, con un tono cargado de desafío.

—No lo sé —admitió Tavish, aunque sus palabras parecían incomodarle tanto como a ella—. Pero si es verdad, quiero saberlo. No porque desconfíe de ti, sino porque necesito entender quién eres.

Kara dejó escapar una risa amarga, sacudiendo la cabeza.

—No tienes derecho a pedirme eso, Tavish. Mi pasado no es algo que deba justificar ante ti ni ante nadie. Lo que soy, lo que hago, debería ser suficiente.

—Lo es —respondió Tavish, dando un paso hacia ella—. Pero hay cosas que podrían ponernos a todos en peligro. Si hay algo que no sé, algo que podría afectar a esta alianza, necesito saberlo.

Kara lo miró con una mezcla de furia y dolor.

—Mi padre murió por lo que hizo. Fue ejecutado delante de mí cuando era solo una niña. ¿Eso responde a tu pregunta?

Tavish abrió la boca para responder, pero las palabras no salieron. Kara aprovechó el silencio para girarse y alejarse, dejando a Tavish solo en el pasillo, con la mente llena de preguntas que no sabía cómo responder.

Capítulo 14: El rugido de la batalla

La noche se había asentado con una calma inquietante sobre el castillo MacDonald. El cielo despejado, tachonado de estrellas, contrastaba con el aire denso que recorría las estancias y los pasillos de piedra. En el patio, algunos guerreros afinaban sus armas, mientras las Guardianas practicaban movimientos coordinados bajo la atenta mirada de Kara. Aunque las tensiones entre ambos grupos habían disminuido, todavía había reticencias. Los macdonaldianos miraban de reojo a las mujeres, incapaces de aceptar por completo que compartieran el campo de batalla con ellas.

Desde las almenas, Tavish observaba en silencio. Su costado, aún resentido por la herida, le recordaba con punzadas regulares que no debía forzarse, pero no podía quedarse inactivo. Había algo en el aire que no encajaba. Como líder, había aprendido a reconocer los indicios de una amenaza antes de que se materializara. Y aquella noche, su instinto le gritaba que se preparara.

—No puedes quedarte ahí todo el tiempo, MacDonald. —La voz de Kara interrumpió sus pensamientos.

Tavish giró la cabeza hacia ella. Estaba de pie a unos pasos, con los brazos cruzados y una expresión que no permitía réplicas. Su melena, suelta por una vez, caía sobre sus hombros, y sus ojos reflejaban la luz de las antorchas cercanas. Había algo en su porte que lo desafiaba incluso cuando no decía nada.

—Tampoco puedo ignorar lo que siento. Algo se acerca —respondió él, apoyándose en la piedra para disimular el dolor.

Kara se acercó, sin apartar la mirada de la oscuridad más allá de los muros.

—Si algo viene, estaremos preparados —dijo, con una seguridad que Tavish admiraba a pesar de sí mismo—. Tus hombres y mis Guardianas saben lo que hacen.

Tavish asintió, aunque su ceño seguía fruncido.

—Espero que tengas razón.

***

No pasó mucho tiempo antes de que los tambores rompieran el silencio de la noche. El sonido, grave y constante, parecía surgir de las entrañas mismas de la tierra. Los centinelas en las torres dieron la alarma, y en cuestión de minutos, el castillo entero se puso en movimiento. Las Guardianas se armaron rápidamente, mientras los guerreros macdonaldianos tomaban posiciones a lo largo de las murallas.

—¡Los ingleses! —gritó uno de los hombres desde la entrada principal—. ¡Se acercan por el este!

Kara llegó al patio justo cuando un grupo de soldados bajaba corriendo de las almenas para reforzar la puerta. Tavish apareció a su lado, su rostro tenso pero controlado.

—Van a intentar romper las puertas. —Sus palabras fueron más un pensamiento en voz alta que una advertencia.

—Entonces tenemos que mantenerlas intactas. —Kara ajustó su espada al cinto y se giró hacia las Guardianas—. ¡Ailis, Branna, conmigo! Las demás, cubrid los flancos. No dejéis que escalen los muros.

Las mujeres asintieron sin dudar, moviéndose con la precisión de un reloj. Kara sabía que podía contar con ellas, pero también sabía que la batalla sería dura. Los ingleses no se atrevían a atacar a un castillo como aquel sin un plan bien trazado.

***

El primer embate llegó con la fuerza de una tormenta. Los arietes golpearon las puertas principales mientras los soldados ingleses lanzaban flechas desde la distancia. Las Guardianas respondieron desde las almenas, disparando sus propios proyectiles con una precisión que pronto empezó a reducir el número de atacantes.

Tavish, espada en mano, dirigía a sus hombres desde el patio, gritando órdenes para mantener la formación. Aunque la herida en su costado le impedía moverse con total libertad, su presencia inspiraba a los demás.

—¡Mantened las líneas! ¡No dejéis que se acerquen más! —rugió, su voz resonando por encima del caos.

Kara, por su parte, estaba en el centro del combate, moviéndose entre los soldados ingleses con una agilidad que desafiaba las leyes de la física. Su espada se movía como una extensión de su cuerpo, bloqueando ataques y devolviendo golpes con una fuerza que hacía retroceder a los enemigos. A su lado, Ailis y Branna luchaban con la misma fiereza, demostrando una vez más que las Guardianas no eran inferiores a ningún guerrero.

***

El ataque continuó durante horas, pero los ingleses no lograron romper las defensas del castillo. Sin embargo, la intensidad de la batalla dejó claro que no iban a rendirse tan fácilmente.

—Esto no es más que una distracción —dijo Kara, jadeando mientras se limpiaba el sudor de la frente.

Tavish, que estaba a unos pasos de ella, asintió.

—Quieren que concentremos nuestras fuerzas aquí. Probablemente estén planeando un segundo ataque desde otro punto.

—Entonces debemos dividirnos —respondió ella, ajustando el agarre de su espada—. Yo me encargaré de la retaguardia.

Tavish frunció el ceño.

—No es seguro. Si te mueves con tan pocas mujeres, podrían rodearte.

Kara lo miró directamente, con una intensidad que no admitía discusión.

—Confía en mí, MacDonald. Sé lo que hago.

Tavish dudó por un momento, pero finalmente asintió.

—Que alguien acompañe a MacLeod —ordenó, dirigiéndose a uno de sus hombres—. Aseguraos de que no la dejen sola.

***

Mientras Kara y su grupo se dirigían a la retaguardia, Tavish se quedó para reforzar las defensas en la entrada principal. Aunque no quería admitirlo, no podía evitar preocuparse por ella. Había algo en la forma en que enfrentaba el peligro que lo desconcertaba y lo fascinaba al mismo tiempo.

El segundo ataque llegó tal y como habían predicho. Los ingleses intentaron escalar los muros desde el oeste, pero las Guardianas y los hombres de Tavish lograron repelerlos con rapidez. El caos de la batalla se extendió por todo el castillo, pero la coordinación entre ambos grupos marcó la diferencia.

***

Cuando el primer rayo de sol asomó en el horizonte, los ingleses comenzaron a retirarse. Sus bajas habían sido numerosas, y el castillo MacDonald seguía en pie, imponente y resistente como siempre.

Kara se dejó caer contra una de las paredes del patio, respirando con dificultad. Estaba cubierta de polvo y sangre, pero sus ojos brillaban con una mezcla de cansancio y orgullo. Tavish se acercó a ella, con la espada aún en la mano.

—Has hecho un buen trabajo, MacLeod —dijo, su tono más suave de lo habitual.

Kara lo miró, con una sonrisa cansada pero sincera.

—Tú tampoco lo has hecho mal para alguien que debería estar descansando.

Tavish rió, aunque el movimiento le arrancó una mueca de dolor.

—Supongo que te lo has ganado. —Le tendió la mano, ayudándola a levantarse.

Por un momento, sus miradas se encontraron, y aunque ninguno de los dos dijo nada, ambos supieron que algo había cambiado. La batalla no solo había fortalecido su alianza, sino que también había derribado parte de las barreras que los separaban.

El castillo estaba a salvo, pero la verdadera lucha entre ellos apenas comenzaba.

Capítulo 15: Conversaciones bajo las estrellas

La noche se extendía como un manto silencioso sobre el castillo MacDonald. Tras la agitada jornada del ataque inglés, las torres y murallas parecían respirar un momento de calma. El aire fresco arrastraba consigo el aroma de la madera quemada de las antorchas, mezclándose con el olor metálico que aún quedaba tras el fragor de la batalla.

Kara subió los escalones de piedra que conducían a las murallas. Había dejado atrás el bullicio del patio, donde algunos guerreros y Guardianas aún recogían los restos del enfrentamiento. Necesitaba espacio, aire. Sentir que no todo giraba en torno a espadas y sangre. Cuando alcanzó el punto más alto, apoyó las manos en el parapeto y dejó que su mirada se perdiera en el horizonte. La luna bañaba las colinas cercanas con una luz tenue, y por un instante, el mundo pareció detenerse.

—¿Te gusta observar las estrellas? —La voz profunda de Tavish la sacó de su ensimismamiento.

Kara se giró ligeramente, sorprendida de verlo allí. Había esperado estar sola, pero el líder del clan estaba de pie a unos metros, con los brazos cruzados sobre el pecho. Su camisa, desabrochada en el cuello, dejaba entrever la venda que aún cubría su costado.

—Me gusta lo que representan —respondió ella, volviendo la vista hacia el cielo—. Constancia, incluso cuando todo a nuestro alrededor parece caótico.

Tavish caminó hacia ella con paso tranquilo, apoyándose también en el parapeto. Permaneció en silencio unos segundos, observando el mismo cielo estrellado.

—Nunca lo había pensado así —dijo al fin, su tono más reflexivo de lo habitual.

Kara lo miró de reojo. Había algo diferente en él aquella noche. El líder imponente y pragmático parecía haberse despojado de su armadura emocional, dejando entrever a un hombre que no encajaba del todo con la imagen que proyectaba.

—¿Qué haces aquí, Tavish? —preguntó ella, cruzando los brazos y girándose hacia él.

—Supongo que buscaba lo mismo que tú: un poco de paz —respondió, sin apartar la vista del horizonte—. Después de un día como este, uno necesita recordar que no todo es lucha.

—Es raro escucharte decir algo así. —El comentario de Kara llevaba un tono burlón, pero no malintencionado.

Tavish dejó escapar una leve risa.

—No me malinterpretes, MacLeod. La lucha forma parte de mi vida, pero incluso yo sé cuándo es demasiado.

***

El silencio se instaló entre ellos de nuevo, pero no era incómodo. Kara aprovechó el momento para estudiarlo con más detenimiento. Su postura, aunque relajada, todavía mostraba la tensión que lo había acompañado durante toda la jornada. La herida en su costado debía estar doliendo, pero no se quejaba. No era el tipo de hombre que admitía debilidad, aunque eso no era precisamente una virtud.

—Hoy he visto cómo luchabas —dijo Tavish de repente, rompiendo el silencio.

Kara arqueó una ceja.

—¿Y?

—Eres mejor de lo que pensaba. Tus Guardianas también. —Se giró hacia ella, con una expresión seria—. Admito que no lo creí al principio, pero me equivocaba.

Kara parpadeó, sorprendida por aquella confesión. No era algo que hubiera esperado de él.

—¿Es esto una disculpa? —preguntó, con una sonrisa que no pudo contener.

Tavish ladeó la cabeza, con un destello de humor en los ojos.

—Es lo más parecido a una que vas a conseguir, MacLeod.

Kara rió, sacudiendo la cabeza.

—Lo tomaré como un avance.

***

Durante un rato, hablaron de la batalla. Tavish le contó cómo había organizado a sus hombres para resistir el embate inicial, mientras que Kara explicó cómo sus Guardianas habían identificado el punto débil del ataque. La conversación fluyó con una naturalidad que sorprendió a ambos, como si aquella tregua nocturna les permitiera bajar la guardia de una manera que no podían hacer durante el día.

—¿Siempre has sido así de testaruda? —preguntó Tavish en un momento dado, su tono cargado de una mezcla de curiosidad y diversión.

—¿Así cómo? —respondió Kara, arqueando una ceja.

—Capaz de mantener tu posición aunque el mundo entero esté en tu contra.

Kara se tomó un momento antes de responder. Su mirada se perdió en el cielo de nuevo, y cuando habló, su voz tenía un matiz más suave.

—Aprendí a serlo. No es algo con lo que nací, pero... la vida no me dio muchas opciones. Si no

luchaba por lo que creía, nadie más lo haría.

Tavish asintió, como si entendiera más de lo que estaba dispuesto a admitir.

—A veces, me pregunto cómo sería no tener que luchar por todo. Solo... vivir.

Kara lo miró, sorprendida por la confesión.

—No me imagino a Tavish MacDonald queriendo una vida tranquila.

—Tal vez porque ni siquiera yo sé cómo sería —admitió, con una sonrisa que no llegó a sus ojos.

***

El viento sopló con más fuerza, revolviendo el cabello de Kara y haciéndole estremecer ligeramente. Tavish, notándolo, se quitó el chaleco de lana que llevaba y se lo ofreció.

—No tienes que hacer esto —dijo ella, aunque aceptó la prenda.

—Lo sé. Pero lo haré de todos modos. —Era la misma respuesta que ella le había dado en la habitación, y ambos sonrieron al darse cuenta.

El silencio volvió, pero esta vez estuvo cargado de algo más. Había una conexión creciente entre ellos, algo que ninguno de los dos sabía cómo nombrar, pero que estaba ahí, innegable.

***

Cuando finalmente decidieron bajar de las murallas, Kara se detuvo en los escalones y miró a Tavish.

—Gracias por esta noche.

Él la miró, sorprendido.

—¿Por qué?

—Por mostrarme que no siempre tienes que ser un gruñón.

Tavish rió, y por primera vez en mucho tiempo, el sonido fue genuino.

—No te acostumbres, MacLeod.

Kara sonrió, y ambos continuaron su camino, sabiendo que aquella conversación había sido más que un simple intercambio de palabras. Había sido un paso hacia algo más, algo que aún no podían entender del todo.

Capítulo 16: Las huellas de la traición

El día había comenzado con una calma engañosa en el castillo MacDonald. Tras la noche anterior, en la que la conversación entre Kara y Tavish había dejado entrever destellos de algo más profundo, cada uno había vuelto a sus obligaciones. Sin embargo, en la mente de Kara persistía una inquietud, un nudo que no podía deshacerse. Las palabras de Tavish sobre su padre y las dudas que habían surgido en los últimos días le pesaban más de lo que quería admitir.

Bajó al patio donde las Guardianas se entrenaban con una sincronía que habría hecho envidiar a cualquier ejército. Sus movimientos eran precisos, ágiles, un reflejo de los años de trabajo que habían compartido bajo su liderazgo. Kara las observó desde la distancia, buscando entre ellas alguna señal que delatara a la persona que había traicionado su confianza. Era una tarea desgarradora, pero necesaria.

—¿Todo bien, Kara? —preguntó Ailis, deteniéndose junto a ella.

Kara asintió, aunque su mirada permaneció fija en el grupo.

—Solo estoy pensando en lo que viene. Los ingleses no se rendirán tan fácilmente.

Ailis la miró con una mezcla de preocupación y respeto.

—Si alguien puede mantenernos unidas, eres tú. Pase lo que pase, estamos contigo.

La sinceridad en sus palabras hizo que Kara sintiera un leve pinchazo en el pecho. No podía permitir que la deslealtad de una persona rompiera lo que habían construido.

***

Más tarde, en la tranquilidad de una de las salas del castillo, Kara se sumergió en los informes recuperados tras el último enfrentamiento. Los documentos habían sido escritos en un inglés tosco, pero entendible. Contenían detalles inquietantes sobre las estrategias de los ingleses, pero lo que más llamó su atención fue un pequeño papel doblado entre las páginas, escrito con una caligrafía que no coincidía con la de los otros textos.

Lo desplegó con cuidado, leyendo las palabras que habían sido trazadas con tinta oscura:

"El castillo MacDonald resistirá, pero una brecha desde dentro asegurará la victoria. La información llega como acordamos."

El corazón de Kara se aceleró. Aquellas palabras eran una confirmación de lo que había temido desde que comenzaron los ataques más organizados. Había un traidor entre ellos, y ese mensaje era la prueba que necesitaba. Pero había algo más. La forma en que estaba escrita la nota le resultaba inquietantemente familiar.

***

Con el papel en la mano, Kara se dirigió a la biblioteca del castillo, donde Fergus solía trabajar en los registros del clan. Aunque su trato con Tavish era más directo, Fergus se había convertido en una figura clave para ella en los últimos días, una mente analítica que a menudo complementaba su instinto.

—¿Fergus? —llamó al entrar.

El hombre levantó la vista de los pergaminos que estaba revisando y arqueó una ceja.

—MacLeod. ¿Qué te trae por aquí?

Kara se acercó a la mesa y le tendió el papel.

—Encontré esto entre los documentos recuperados. Quiero que lo analices. La caligrafía me resulta familiar, pero no consigo identificar de quién es.

Fergus tomó el papel, examinándolo con atención. Sus ojos se entrecerraron mientras seguía las líneas de tinta, y Kara notó cómo su expresión cambiaba ligeramente.

—Esto es... extraño. —Fergus levantó la mirada hacia ella—. La escritura es cuidadosa, pero hay algo en los trazos que parece... deliberado. Como si quien lo escribió quisiera disfrazar su estilo.

—¿Puedes identificarlo? —preguntó Kara, su voz cargada de urgencia.

Fergus negó con la cabeza.

—No con certeza. Pero hay un pequeño detalle que podría ayudarte. —Señaló una letra en particular—. Este giro aquí... es algo que he visto antes en los registros. Es característico de alguien que ha estudiado escritura formal.

Kara asintió, agradeciendo la información. Era un paso más cerca de descubrir la verdad.

***

Esa noche, Kara regresó a su habitación con la mente cargada de pensamientos. Sacó una caja que había llevado consigo desde la aldea, llena de papeles y cartas antiguas. Revisó una por una, buscando algo que coincidiera con la nota que Fergus había analizado. Finalmente, encontró lo que buscaba: una carta de Branna escrita meses atrás, en la que informaba de una reunión con un grupo de aliados.

Kara comparó las letras. Aunque no eran idénticas, había similitudes que no podía ignorar. Su corazón se encogió al pensar que alguien tan cercano podía haberla traicionado, pero no podía precipitarse. Necesitaba pruebas más contundentes.

***

A la mañana siguiente, Kara llamó a Ailis y le confió lo que había encontrado.

—No puedo acusarla sin más —dijo Kara, mientras caminaban juntas por el patio—. Pero necesitamos vigilarla. Si es ella, tarde o temprano cometerá un error.

Ailis asintió, su expresión seria.

—No me gusta la idea de desconfiar de alguien del grupo, pero tienes razón. Esto no puede quedar sin resolver.

Kara agradeció el apoyo de su amiga. Sabía que el peso de aquella traición no recaía solo en ella, sino en todas las Guardianas. La unidad que habían construido estaba en juego, y no podía permitir que se rompiera.

***

A medida que pasaban los días, Kara observó a Branna con atención. No quería que sus sospechas afectaran su comportamiento, pero era inevitable que cada gesto de su compañera pareciera tener un significado oculto. Branna, por su parte, parecía ajena a la tensión, interactuando con las demás Guardianas como siempre.

Fue en uno de los entrenamientos cuando Kara notó algo que confirmaba sus temores. Mientras revisaba las armas de las Guardianas, encontró una hoja de papel doblada dentro de la funda de una espada. El mensaje, aunque breve, era claro: un informe sobre las defensas del castillo, listo para ser entregado.

Kara sintió cómo la rabia y el dolor se mezclaban en su interior. Guardó el papel y esperó hasta la noche para confrontar a Branna. No quería hacerlo delante de las demás, pero sabía que aquel enfrentamiento era inevitable.

—¿Qué significa esto? —preguntó Kara, entrando en la habitación de Branna y mostrando el papel.

Branna la miró, su rostro perdiendo el color al instante.

—Yo... no es lo que parece —balbuceó.

—¿Entonces qué es? —Kara avanzó hacia ella, su voz firme pero contenida—. ¿Por qué tienes un mensaje que compromete la seguridad de todas nosotras?

Branna intentó justificar sus acciones, pero sus palabras eran vacías. Kara sabía que no podía haber un error. La traición había sido descubierta, y ahora solo quedaba decidir qué hacer con ella.

Capítulo 17: La verdad bajo las sombras

La noche caía lenta sobre el castillo MacDonald. Las antorchas parpadeaban a lo largo de los muros de piedra, proyectando sombras que danzaban como si quisieran revelar secretos. Tavish caminaba con paso firme hacia la sala principal, donde sabía que Kara estaba reunida con sus Guardianas. Había pasado horas meditando, intentando encontrar las palabras adecuadas para confrontarla, pero cada intento había fracasado. Ahora solo le quedaba su instinto.

Al entrar, su presencia llenó el espacio. Los guerreros de su clan y las Guardianas que se encontraban allí detuvieron sus conversaciones al notar su expresión severa. Kara, que estaba de pie junto a Ailis, alzó la mirada y lo enfrentó con esa mezcla de fuerza y curiosidad que siempre lo desarmaba.

—MacLeod, necesito hablar contigo —dijo Tavish, ignorando las miradas que se cruzaban entre los presentes.

Kara frunció el ceño, pero asintió. Sin una palabra, lo siguió fuera de la sala, dejando a las Guardianas y guerreros en un silencio cargado de tensión. Tavish la llevó hasta una pequeña sala de reuniones, donde cerró la puerta detrás de ellos. Las llamas de una chimenea iluminaban el lugar con una luz tenue, y el calor del fuego no era suficiente para disipar la frialdad que emanaba de él.

—¿De qué se trata? —preguntó Kara, cruzando los brazos.

Tavish dio un paso hacia ella, observándola con intensidad.

—Necesito respuestas, Kara. Sobre tu padre.

La pregunta cayó como una piedra en el agua, rompiendo la calma aparente que ella intentaba mantener. Su postura, normalmente relajada y segura, se tensó de inmediato. Sus ojos, que solían brillar con determinación, se nublaron por un instante.

—¿Por qué ahora? —respondió ella, con un tono defensivo—. Ya hemos hablado de esto.

—No del todo —replicó Tavish, dando un paso más cerca—. He escuchado cosas, rumores que no puedo ignorar. Dicen que colaboró con los ingleses, que traicionó a su propia gente. Necesito saber si es verdad.

El silencio que siguió fue denso, casi tangible. Kara apartó la mirada, luchando contra las emociones que comenzaban a aflorar. Su respiración se volvió más pesada, y cuando volvió a mirarlo, sus ojos estaban llenos de una mezcla de dolor y rabia.

—¿Crees que no llevo esa carga todos los días? —dijo, su voz temblando ligeramente—. ¿Que no me recuerda cada batalla, cada mirada de desconfianza, lo que él hizo?

Tavish la miró fijamente, su rostro impasible, pero sus manos, tensas a los costados, delataban su agitación.

—Entonces, es cierto.

Kara asintió, aunque parecía que cada palabra le costaba un esfuerzo monumental.

—Mi padre trabajó para los ingleses. No sé si lo hizo por miedo, por ambición o porque pensaba que era lo mejor para protegernos. Pero sé lo que eso nos costó. Lo mataron delante de mí, Tavish. —Hizo una pausa, como si el recuerdo fuera una herida abierta que nunca había cicatrizado—. Yo tenía diez años. Desde entonces, he dedicado mi vida a limpiar su nombre, a demostrar que no soy como él.

***

El aire entre ellos parecía cargado de electricidad. Tavish había esperado muchas cosas, pero no aquella confesión desgarradora. No podía ignorar el peso de las palabras de Kara, ni la vulnerabilidad que se reflejaba en su rostro, normalmente tan decidido.

—No tenías que cargar con eso sola —murmuró él, su tono más suave.

Kara rió, pero fue un sonido amargo, carente de alegría.

—¿Y quién iba a hacerlo? Mi madre murió de pena poco después, y los demás se alejaron de mí como si fuera una enfermedad. Las Guardianas fueron lo único que me dio un propósito, una razón para seguir adelante.

Tavish se quedó en silencio, asimilando lo que ella había dicho. Había visto a muchos hombres y mujeres luchar por redimirse, pero nunca había considerado lo que significaba cargar con la culpa de otro, especialmente de alguien tan cercano como un padre.

—Entiendo por qué hiciste lo que hiciste —dijo finalmente—. Pero también entiendo por qué algunos dudan de ti.

Kara lo miró con dureza, como si sus palabras fueran un golpe inesperado.

—¿También dudas tú?

Tavish dio un paso hacia ella, hasta que estuvieron lo suficientemente cerca como para que el calor del fuego no fuera lo único que les hiciera sentir calor.

—No dudo de lo que he visto, Kara. Eres una guerrera como pocas. Pero no soy solo un hombre, soy el líder de mi clan. Y mi responsabilidad es proteger a mi gente.

Kara lo sostuvo la mirada, sin ceder un centímetro.

—Entonces, ¿qué? ¿Me vas a expulsar? ¿Vas a romper la alianza porque mi padre fue un traidor?

—No seas absurda —respondió Tavish, su tono más cortante—. Lo que intento decir es que necesito confiar en ti completamente. Y eso significa que no haya más secretos entre nosotros.

Kara respiró hondo, intentando calmar la tormenta de emociones que se agitaba en su interior. Finalmente, asintió.

—No tengo nada más que ocultar, Tavish. Pero tampoco voy a disculparme por lo que no hice. Si no puedes aceptarlo, entonces eres tú quien tiene un problema.

***

El silencio que siguió no fue incómodo. Ambos parecían estar procesando lo que acababan de decir. Kara se giró hacia la chimenea, observando las llamas que bailaban con una serenidad que ella deseaba tener en ese momento.

—Mi padre me enseñó algo antes de morir —dijo finalmente, su voz más baja—. Me dijo que no dejara que el odio me consumiera, que no luchara por venganza, sino por justicia. He intentado hacer eso, pero a veces me pregunto si alguna vez será suficiente.

Tavish, que hasta entonces había permanecido a cierta distancia, dio un paso más y le puso una mano en el hombro. El gesto fue inesperadamente reconfortante, y Kara se permitió cerrar los ojos por un instante, disfrutando de esa breve tregua.

—Eres más que suficiente, Kara. Y si alguien no puede verlo, no merece tu tiempo.

Kara se giró para mirarlo, sorprendida por la sinceridad en sus palabras. Durante un momento, sus miradas se encontraron, y aunque ninguno de los dos lo dijo, algo cambió entre ellos en ese instante.

El pasado de Kara seguía siendo una sombra, pero por primera vez, sintió que no estaba sola para enfrentarlo.

Capítulo 18: El traidor expuesto

La mañana llegó cargada de tensiones que flotaban en el ambiente del castillo MacDonald. Aunque el sol brillaba con fuerza, la sensación de amenaza era ineludible. Kara se movía con rapidez entre las Guardianas, dando órdenes precisas para reforzar la seguridad. Tavish la observaba desde las almenas, su expresión grave mientras intentaba procesar la revelación que ambos compartían: alguien dentro del grupo estaba colaborando con los ingleses.

La noche anterior, tras un largo intercambio de ideas, ambos habían llegado a la conclusión de que la traición no era fortuita. Cada movimiento del enemigo parecía calculado, como si conocieran los puntos débiles del castillo y las tácticas de las Guardianas. El mensaje encontrado por Kara no dejaba lugar a dudas. Ahora, lo único que quedaba era confirmar quién era el culpable y detenerlo antes de que causara más daño.

Tavish bajó al patio, donde el entrenamiento diario continuaba. Los guerreros de su clan y las Guardianas habían aprendido a trabajar juntos con cierta armonía, pero la sombra de la desconfianza comenzaba a cernirse sobre todos. Kara, de pie junto a Ailis, discutía los próximos pasos. Al ver a Tavish, se giró hacia él, cruzándose de brazos.

—Necesitamos actuar rápido —dijo, sin preámbulos.

—Estoy de acuerdo, pero no podemos hacerlo sin pruebas contundentes —respondió Tavish, deteniéndose a su lado.

—El mensaje que encontré es prueba suficiente —replicó Kara, con un destello de frustración en los ojos.

—No lo es si queremos evitar sembrar el caos entre nuestras propias filas —repuso Tavish, bajando la voz para que los demás no escucharan.

Kara apretó los labios, consciente de que tenía razón. Acusar a alguien sin pruebas sólidas podría fracturar la ya frágil alianza entre sus Guardianas y los hombres de Tavish.

***

Horas después, mientras el castillo parecía sumido en una tensa calma, Kara decidió inspeccionar las armas y provisiones en los almacenes. Había algo en el fondo de su mente que no dejaba de molestarla, una sensación de que se le escapaba un detalle crucial. Al entrar en el almacén principal, se encontró con Tavish, quien había tenido la misma idea.

—Parece que pensamos igual —comentó él, con una ligera sonrisa que no alcanzó sus ojos.

—No es el momento para bromas, Tavish. —Kara se agachó para revisar un barril que contenía flechas, buscando cualquier señal de manipulación.

Tavish se apoyó en una de las columnas de madera, observándola con atención.

—He estado hablando con Fergus. Cree que el traidor podría estar usando los envíos de suministros para pasar información a los ingleses.

Kara levantó la cabeza, frunciendo el ceño.

—Tiene sentido. Nadie cuestionaría un simple carro de provisiones. ¿Tenemos registros de quién ha estado a cargo de esos envíos?

—Eso es lo interesante. —Tavish se inclinó hacia ella, su voz baja—. Fergus dice que Branna ha estado supervisando la mayoría de ellos desde que llegasteis.

El nombre cayó como un jarro de agua fría. Kara sintió que se le tensaban los hombros. Había estado sospechando de Branna desde que encontró el mensaje, pero escuchar que Tavish había llegado a la misma conclusión la llenó de una mezcla de alivio y rabia.

—Necesitamos atraparla en el acto —dijo Kara, enderezándose y mirándolo directamente—. Si está pasando información, lo hará de nuevo.

Tavish asintió.

—Dejemos que piense que no sospechamos nada. Cuando llegue el próximo envío, la vigilaremos.

***

La noche cayó sobre el castillo, y con ella llegó la actividad que Kara y Tavish habían estado esperando. Un carro cargado con provisiones estaba listo para salir hacia una aldea cercana. Kara, Tavish y Ailis se ocultaron en las sombras, observando desde una posición elevada.

Branna apareció poco después, llevando consigo un pequeño paquete que ocultaba bajo su capa. Su comportamiento, normalmente relajado, parecía más nervioso de lo habitual. Miró a su alrededor antes de colocar el paquete en el carro y dar unas instrucciones al conductor.

—Ahí está nuestra prueba —murmuró Tavish, su voz apenas un susurro.

Kara asintió, su mandíbula apretada. Era difícil aceptar que una de sus propias Guardianas había traicionado no solo a ella, sino a todo lo que representaban.

Cuando Branna se alejó, Tavish dio la señal, y ambos descendieron rápidamente para interceptar el carro. Kara fue la primera en llegar, sacando el paquete del escondite con manos firmes. Al abrirlo, encontró un pequeño pergamino enrollado. Las palabras que contenía eran suficientes para condenar a Branna: instrucciones detalladas sobre la posición de las Guardianas y los puntos débiles del castillo.

—Esto lo confirma —dijo Kara, entregando el pergamino a Tavish.

—Tenemos que confrontarla ahora mismo —respondió él, su voz cargada de resolución.

***

Branna estaba en el patio, hablando con otra de las Guardianas, cuando Kara y Tavish se acercaron a ella. La multitud en el patio se detuvo al notar la intensidad en sus rostros. Branna intentó mantener la compostura, pero el leve temblor en sus manos la delató.

—Branna —comenzó Kara, su voz firme pero cargada de emoción—, tenemos algo que preguntarte.

La Guardiana alzó la barbilla, intentando aparentar una valentía que no sentía.

—¿Qué sucede?

Kara sacó el pergamino y lo sostuvo frente a ella.

—Esto. ¿Tienes algo que decir al respecto?

Branna palideció al instante. Su mirada saltó entre Kara y Tavish, buscando una salida que no existía.

—Yo... no es lo que parece —balbuceó, sus palabras entrecortadas.

—¿Entonces qué es? —intervino Tavish, su tono implacable—. Porque todo apunta a que has estado trabajando con los ingleses desde el principio.

Branna dio un paso atrás, pero Kara la detuvo, su mirada ardiendo con una mezcla de traición y furia.

—¿Por qué? —preguntó Kara, su voz temblorosa—. ¿Cómo pudiste hacer esto? No solo me traicionaste a mí, sino a todas nosotras. Éramos tu familia.

Branna cerró los ojos, como si quisiera escapar de la realidad.

—No tenía elección —dijo finalmente, con un hilo de voz—. Amenazaron con matar a mi familia si no colaboraba. Pensé que podría darles información irrelevante, pero... siempre querían más.

Kara sintió cómo la rabia y la pena se mezclaban en su interior. Podía entender el miedo de Branna, pero no podía perdonarlo.

—Tus decisiones han puesto en peligro a todos los que están aquí. No hay excusa para eso.

Branna no respondió. Bajó la cabeza, aceptando lo inevitable. Tavish dio un paso adelante, señalando a dos de sus hombres.

—Llevadla a una celda. Hablaremos con ella cuando se calme.

Mientras se llevaban a Branna, Kara permaneció inmóvil, luchando contra las lágrimas que amenazaban con escapar. Ailis se acercó a ella, colocando una mano en su hombro.

—Has hecho lo correcto, Kara. No podemos permitir que esto destruya lo que hemos construido.

Kara asintió, aunque la carga de aquella traición pesaba sobre ella más de lo que estaba dispuesta a admitir. Sabía que aquello era solo el comienzo de una batalla más grande, pero por ahora, lo único que podía hacer era seguir adelante.

Capítulo 19: Una alianza al límite

La noticia del escape de Branna se extendió por el castillo como un incendio en un campo seco. Apenas unas horas después de que la traidora fuera encarcelada, uno de los guardias descubrió la celda vacía y la puerta entreabierta. Tavish, furioso, convocó a sus hombres en el gran salón, mientras Kara reunía a las Guardianas para organizar una búsqueda inmediata.

Kara y Tavish se encontraron en el patio central, rodeados por el bullicio de guerreros y Guardianas que se preparaban para salir. La tensión entre ambos era palpable, aunque esta vez no nacía de su constante choque de voluntades, sino de la urgencia compartida.

—¿Cómo ha podido escapar? —espetó Tavish, cruzándose de brazos mientras sus ojos recorrían el lugar como si esperara encontrar una respuesta escondida entre las sombras.

—La pregunta no es cómo, sino quién la ayudó —respondió Kara, con un tono que destilaba rabia contenida—. Esto no lo ha hecho sola.

Tavish la miró fijamente, sus ojos verdes brillando con una mezcla de furia y determinación. Sabía que Kara tenía razón. Branna no habría podido escapar sin ayuda, y ese detalle complicaba aún más la situación.

—Hay que atraparla antes de que llegue a los ingleses —dijo Tavish finalmente, su tono firme—. Si entrega la información que tiene, no podremos detenerlos.

—Ya estamos organizando los grupos de búsqueda —respondió Kara, ajustando la capa que llevaba sobre los hombros—. Las Guardianas cubrirán el bosque al norte. Vosotros podéis tomar el camino hacia el este. Si se mueve rápido, es posible que aún esté cerca.

Tavish asintió, aunque la desconfianza hacia el plan era evidente en su expresión.

—No pienso arriesgarme a dividir nuestras fuerzas más de lo necesario. Tú y yo iremos juntos.

Kara arqueó una ceja, sorprendida por la sugerencia, pero no lo discutió. Sabía que, aunque Tavish era testarudo, su lógica solía ser acertada.

***

El viento era gélido cuando salieron del castillo, avanzando hacia el bosque cercano. La noche caía rápidamente, y el crepúsculo teñía el paisaje de sombras profundas que dificultaban la visión. Kara y Tavish cabalgaban en silencio, sus sentidos alerta a cualquier movimiento. Detrás de ellos, un pequeño grupo de guerreros y Guardianas los seguía a una distancia prudente, preparados para intervenir si era necesario.

—¿Qué harás con ella si la encontramos? —preguntó Kara de repente, rompiendo el silencio.

Tavish tardó unos segundos en responder. Sus manos, firmemente agarradas a las riendas de su caballo, delataban la batalla interna que libraba.

—Dependerá de lo que sepamos. Si ha entregado información al enemigo, no habrá lugar para el perdón.

Kara apretó los labios, apartando la mirada hacia el bosque que se extendía a su alrededor. Comprendía la postura de Tavish, pero no podía evitar sentirse dividida. Aunque Branna había traicionado todo en lo que creían, recordaba los años en que había sido una aliada leal, una hermana de armas.

—No es tan sencillo para mí —admitió Kara, su voz apenas un susurro.

—No tiene por qué serlo —replicó Tavish, mirándola de reojo—. Pero a veces, lo que es necesario no siempre es fácil.

***

El sonido de un crujido de ramas interrumpió la conversación. Kara levantó la mano, deteniendo a los demás. Sus ojos buscaron el origen del ruido, y Tavish hizo lo mismo, con una mano ya en la empuñadura de su espada.

—Allí —susurró Kara, señalando hacia una línea de árboles más densos.

Avanzaron a pie, dejando a sus caballos atrás. El grupo se movía con cuidado, sus pisadas apenas audibles sobre el suelo cubierto de hojas. Finalmente, divisaron una figura entre las sombras: Branna. Estaba agachada junto a un arroyo, aparentemente tratando de orientarse con un mapa que sostenía en las manos.

Kara sintió cómo su corazón se aceleraba. Había imaginado este momento muchas veces en las últimas horas, pero ahora que estaba ante ella, la realidad era mucho más complicada. Tavish, a su lado, levantó una mano para indicar a los demás que se detuvieran.

—La rodearemos —murmuró, su voz baja pero autoritaria.

Kara asintió, pero algo en su interior le decía que no debían esperar. Branna, con su nerviosismo evidente, parecía estar preparándose para moverse de nuevo. Si dejaban que escapara una vez más, sería imposible alcanzarla.

Sin previo aviso, Kara salió de su posición, avanzando hacia Branna con pasos rápidos y decididos.

—¡Branna! —gritó, su voz resonando en el bosque.

La traidora se giró bruscamente, sus ojos llenos de pánico al ver a Kara acercándose. Soltó el mapa y comenzó a correr, pero Kara fue más rápida. En un movimiento ágil, la alcanzó y la empujó contra un árbol, inmovilizándola con la ayuda de su espada.

—No irás a ninguna parte —dijo Kara, con una voz cargada de rabia y decepción.

Tavish llegó unos segundos después, seguido por los demás. Se colocó junto a Kara, observando a Branna con una expresión que no dejaba lugar a dudas sobre su posición.

—Habla —ordenó Tavish, su tono frío como el hielo—. ¿Qué planeas? ¿Qué información les diste?

Branna, atrapada entre el árbol y la espada de Kara, intentó recuperar el aliento. Su mirada saltaba entre ambos, buscando una salida que no existía.

—No les he dado nada aún —dijo finalmente, su voz temblorosa—. Pero ellos saben que vendría. Si no aparezco, vendrán por vosotras, por el castillo. No os salvaréis.

Kara apretó la mandíbula, intentando controlar las emociones que la invadían. Sabía que había verdad en las palabras de Branna, pero eso no justificaba lo que había hecho.

—¿Cómo piensas evitarlo? —preguntó Tavish, avanzando un paso más.

Branna negó con la cabeza, las lágrimas comenzando a deslizarse por su rostro.

—No podéis. Ya están en camino.

***

Las palabras de Branna fueron como un golpe directo al corazón. Tavish dio órdenes rápidas para llevarla de vuelta al castillo, donde podrían interrogarla en profundidad. Mientras los demás se encargaban de escoltarla, Kara y Tavish intercambiaron una mirada llena de preocupación. Sabían que el tiempo corría en su contra, y que la verdadera batalla estaba a punto de comenzar.

Capítulo 20: Batalla en el bosque

El bosque parecía contener la respiración mientras la bruma matinal se deslizaba entre los troncos altos y nudosos. Kara avanzaba con movimientos sigilosos, su capa oscura fundiéndose con las sombras. A su alrededor, las Guardianas se movían con la misma precisión, formando un círculo que rodeaba el pequeño claro donde los ingleses habían acampado. Desde lo alto de una roca cubierta de musgo, podía distinguir las figuras de los soldados desprevenidos, confiados en su aparente seguridad.

A su lado, Tavish observaba la escena con atención, su espada descansando en la cadera, aunque sus músculos permanecían tensos como cuerdas a punto de romperse.

—Tenemos la ventaja —murmuró él, apenas lo suficiente para que Kara lo escuchara.

—Solo si somos rápidos —respondió ella, su mirada fija en el enemigo—. Si alguno de ellos escapa, todo esto habrá sido en vano.

Tavish asintió, pero sus ojos permanecieron en ella un momento más. Había algo en la forma en que Kara lideraba, esa mezcla de fuerza y determinación que lo desconcertaba tanto como lo atraía.

Kara alzó la mano, la señal para que las Guardianas tomaran posiciones. En segundos, las mujeres se dispersaron, sus figuras desapareciendo entre la espesura. Tavish hizo lo mismo con sus hombres, asegurándose de que formaran un anillo impenetrable alrededor del claro.

—Es ahora o nunca —susurró Kara antes de desenvainar su espada.

***

El ataque fue rápido y letal. Las Guardianas y los guerreros de Tavish irrumpieron en el campamento con una sincronización impecable. Los ingleses, tomados por sorpresa, apenas tuvieron tiempo de reaccionar. Las flechas volaron desde las sombras, derribando a los centinelas antes de que pudieran dar la alarma. Kara lideraba el asalto, su espada cortando con precisión mortal mientras sus Guardianas la seguían como un torbellino de acero.

Tavish, por su parte, se movía como un lobo entre ovejas, derribando a los soldados con una eficacia que hablaba de años de experiencia en el campo de batalla. A pesar de la brutalidad del enfrentamiento, había un extraño orden en el caos, una coreografía perfectamente ejecutada que demostraba la unión entre los dos grupos.

Kara avanzó hacia el centro del claro, donde reconoció a Branna entre los ingleses. La traidora estaba de pie junto a un soldado de alto rango, entregándole lo que parecía un mapa. La rabia estalló en el pecho de Kara como una llama.

—¡Branna! —gritó, su voz resonando sobre el estruendo del combate.

Branna levantó la mirada, su rostro una mezcla de miedo y desafío. Sin esperar una respuesta, Kara cargó hacia ella, esquivando a los soldados que intentaban interponerse en su camino. Pero antes de que pudiera alcanzarla, el oficial inglés agarró a Branna por el brazo y la empujó hacia un caballo cercano.

—¡No dejaré que escapes! —vociferó Kara, apretando el paso.

Tavish, al notar lo que sucedía, se abrió camino hacia ella, su espada destellando mientras cortaba a través de los enemigos que bloqueaban su avance.

—¡Kara, cuidado! —gritó, pero su advertencia llegó demasiado tarde.

Un soldado se lanzó sobre Kara desde un lado, haciéndola tambalear. Ella reaccionó de inmediato, girando sobre sí misma para clavar su espada en el costado del hombre. Sin embargo, ese momento de distracción fue suficiente para que Branna y el oficial inglés escaparan hacia el bosque.

—¡No! —exclamó Kara, con la frustración latiendo en su voz.

***

Tavish llegó a su lado, cubriéndola mientras terminaba con los soldados que quedaban. Cuando el último enemigo cayó, el claro quedó en un inquietante silencio, interrumpido solo por el sonido de las respiraciones agitadas de los guerreros y las Guardianas.

—Han escapado —murmuró Kara, sus manos apretando la empuñadura de su espada con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos.

Tavish colocó una mano en su hombro, un gesto sorprendentemente reconfortante.

—Aún no hemos perdido. —Su voz era firme, pero no dura—. Sabemos hacia dónde van, y podemos alcanzarlos.

Kara levantó la mirada hacia él, buscando alguna chispa de esperanza en sus palabras. Aunque no quería admitirlo, necesitaba creer que había una posibilidad de arreglar lo que acababa de suceder.

—Reagrupémonos primero —dijo finalmente, intentando recuperar la compostura—. No podemos seguir adelante sin un plan.

***

El grupo se reunió en el borde del bosque, lejos del caos del campamento. Ailis, cubierta de sangre enemiga pero sin un rasguño, se acercó a Kara con un semblante serio.

—Perdimos a algunas, pero hemos ganado esta batalla —informó, aunque su tono no reflejaba

ninguna satisfacción.

Kara asintió, consciente de las pérdidas y del precio que estaba pagando su grupo. Miró a Tavish, quien estaba organizando a sus hombres, y se acercó a él.

—¿Qué propones? —preguntó, dispuesta a escuchar cualquier sugerencia.

Tavish miró el mapa que uno de sus hombres había encontrado en el campamento enemigo. Señaló un punto marcado con un símbolo que parecía una cruz.

—Si van hacia aquí, es probable que estén intentando reunirse con un grupo más grande. Podríamos interceptarlos si nos movemos rápido.

Kara estudió el mapa y asintió. Aunque odiaba depender de Tavish, sabía que su experiencia como estratega era invaluable.

—Entonces no perdamos tiempo.

***

El grupo avanzó hacia el norte, guiados por el instinto y la urgencia. La noche caía de nuevo, cubriendo el bosque en una oscuridad que parecía absorber todo sonido. Aunque la fatiga pesaba sobre ellos, nadie se quejaba. La traición de Branna había dejado una marca imborrable en todos, un recordatorio de que el enemigo no siempre estaba al otro lado del campo de batalla.

Kara cabalgaba al frente, con Tavish a su lado. El silencio entre ellos no era incómodo, sino lleno de entendimiento. A pesar de sus diferencias, ambos sabían que compartían el mismo objetivo y que necesitaban confiar el uno en el otro para lograrlo.

Cuando finalmente divisaron un fuego a lo lejos, ambos se detuvieron. Kara señaló a sus Guardianas para que se dividieran y rodearan el campamento. Tavish hizo lo mismo con sus hombres, organizándolos en pequeños grupos para cerrar cualquier posible vía de escape.

—Esta vez no escaparán —murmuró Kara, más para sí misma que para nadie más.

Tavish, a su lado, asintió.

—No, no lo harán.

***

El asalto fue rápido y contundente, pero esta vez, Branna no estaba entre los capturados. Aunque habían logrado desmantelar el campamento enemigo, el rastro de la traidora volvía a perderse en la inmensidad del bosque.

Kara, de pie junto a las cenizas del fuego que habían apagado, sintió una punzada de derrota. Tavish se acercó a ella, su expresión grave pero no desesperada.

—Seguiremos buscando —dijo, como si fuera la única opción posible.

Kara asintió, aunque su mente ya estaba maquinando los próximos pasos. Sabía que la batalla no había terminado y que Branna seguía siendo una amenaza. Pero también sabía que, mientras contara con aliados como Tavish, no estaba sola en esta lucha.

Capítulo 21: Preparativos para la guerra

El castillo MacDonald estaba inmerso en una actividad frenética. El patio, normalmente tranquilo, bullía de movimiento mientras guerreros afilaban espadas, revisaban escudos y cargaban carros con provisiones. El sonido metálico de las armas se mezclaba con el murmullo constante de las conversaciones tensas. Sobre ellos, el cielo estaba cubierto de nubes grises que anunciaban una tormenta inminente, una que parecía reflejar el ánimo de quienes se preparaban para la batalla.

En el centro de todo estaba Tavish, de pie junto a un grupo de sus hombres más cercanos. Desde allí, daba órdenes con una voz firme que no dejaba lugar a dudas. A unos metros de distancia, Kara lo observaba, las manos cruzadas sobre el pecho y el ceño ligeramente fruncido. A pesar de que habían acordado trabajar juntos, la tensión entre ellos era evidente, alimentada por los rumores que habían comenzado a circular entre las Guardianas.

—Dicen que Tavish no confía en ti, que todavía sospecha por lo de tu padre —comentó Ailis, acercándose a Kara con una expresión preocupada.

Kara apartó la mirada de Tavish y fijó los ojos en su amiga. El comentario no la sorprendió; sabía que la sombra de su pasado seguía siendo un peso que cargaba a cada paso.

—No me importa lo que diga o piense —respondió, aunque su tono traicionaba cierta incomodidad—. No estoy aquí para ganarme su confianza, sino para asegurar que nuestras Guardianas sobrevivan a esto.

—Eso dices, pero tus ojos cuentan otra historia —replicó Ailis con un deje de picardía en la voz, intentando aliviar el ambiente.

Kara la fulminó con la mirada, pero el comentario logró arrancarle una pequeña sonrisa que no llegó a sus labios.

—Ve a supervisar que las Guardianas estén listas —dijo finalmente, en un intento por desviar la conversación.

Ailis asintió y se retiró, dejando a Kara sola con sus pensamientos. Observó de nuevo a Tavish, que en ese momento levantaba la cabeza y cruzaba la mirada con ella. Fue un instante breve, pero suficiente para que Kara sintiera una punzada en el pecho. Había algo en la forma en que él la miraba, como si intentara descifrarla, despojarla de cada capa de protección que había construido a lo largo de los años.

***

Más tarde, en la sala principal del castillo, Kara y Tavish se reunieron con sus respectivos líderes de confianza para discutir la estrategia final. Un enorme mapa estaba extendido sobre la mesa de roble macizo, marcado con líneas y símbolos que indicaban las posiciones de los ingleses.

—Sabemos que avanzarán desde el sur, siguiendo el valle —explicó Tavish, señalando una línea serpenteante en el mapa—. Su objetivo es dividirnos, atacando primero nuestras defensas más débiles.

—Eso no sucederá si los interceptamos antes —intervino Kara, inclinándose hacia adelante para observar el mapa con atención—. Podemos emboscarlos en este paso. Es estrecho, y sus números no les servirán de nada.

Uno de los hombres de Tavish, un guerrero robusto de cabello canoso, levantó una ceja con escepticismo.

—¿Y cómo sabemos que no es una trampa? —preguntó, dirigiendo su mirada hacia Kara.

La tensión en la sala aumentó de inmediato. Kara enderezó la espalda y lo enfrentó con una expresión fría.

—Porque, a diferencia de algunos, yo he pasado años luchando contra ellos. Conozco sus movimientos mejor que nadie.

Tavish levantó una mano para calmar los ánimos antes de que la discusión se intensificara.

—Basta —ordenó, mirando primero a su hombre y luego a Kara—. Si queremos ganar, debemos confiar en nuestras habilidades y trabajar juntos.

La sala quedó en silencio por un momento, hasta que todos asintieron con reservas. Kara, sin embargo, no pudo evitar notar la falta de entusiasmo en algunos rostros, algo que solo alimentó su frustración.

***

Más tarde, mientras revisaba las armas con Ailis y el resto de las Guardianas, Kara no podía quitarse de la cabeza la actitud de Tavish. Aunque había intervenido para mantener el orden, sus palabras habían sido calculadas, sin tomar partido. Era como si aún estuviera sopesando si confiar en ella o mantenerla bajo vigilancia.

—¿Todo bien? —preguntó Ailis, notando la expresión pensativa de Kara.

—Sí, solo estoy cansada —respondió Kara, aunque ambas sabían que no era del todo cierto.

Ailis no insistió, pero su mirada permaneció fija en su amiga, como si intentara descifrar los pensamientos que Kara intentaba ocultar.

***

Al caer la noche, Tavish buscó a Kara en el patio. La encontró afilando su espada bajo la tenue luz de las antorchas, con una expresión concentrada que hacía que cualquiera pensara dos veces

antes de interrumpirla. Sin embargo, Tavish no era cualquiera.

—Necesitamos hablar —dijo, rompiendo el silencio.

Kara levantó la vista, sus ojos encontrándose con los de él. Durante unos segundos, no respondió, simplemente lo miró como si estuviera evaluando si valía la pena escuchar lo que tenía que decir.

—Habla, entonces —dijo finalmente, dejando la espada a un lado.

Tavish se acercó, cruzando los brazos sobre el pecho.

—Sé que has oído los rumores, igual que yo. Quiero dejar claro que no los inicié ni los respaldo.

Kara arqueó una ceja, claramente escéptica.

—¿Y debería creerte solo porque lo dices?

Tavish suspiró, pasándose una mano por el cabello con un gesto de frustración.

—No espero que lo hagas. Solo quiero que sepas que, a pesar de lo que otros piensen, yo no pondría en peligro a mi gente ni a las tuyas por algo tan insignificante como el orgullo.

—¿Insignificante? —replicó Kara, poniéndose de pie y enfrentándolo directamente—. ¿Crees que mi vida, mis decisiones, son insignificantes? Lo que hago no es solo para sobrevivir, Tavish. Es para proteger a quienes amo y para demostrar que mi pasado no define mi futuro.

Tavish la miró con una mezcla de admiración y culpa. Por primera vez, parecía entender el peso que Kara cargaba, la lucha interna que libraba todos los días.

—Nunca he dudado de tu fuerza, Kara —dijo en voz baja—. Pero a veces es difícil confiar en alguien cuando no estás seguro de que confíe en ti.

Las palabras de Tavish quedaron suspendidas en el aire, como una invitación y un desafío al mismo tiempo. Kara lo miró fijamente, sin saber qué responder. Finalmente, tomó su espada y se dirigió hacia la salida del patio.

—Demuestra que mereces mi confianza, Tavish. Y tal vez entonces podamos hablar de la tuya.

Tavish la vio marcharse, con la certeza de que, aunque su alianza era firme en la batalla, la verdadera guerra aún se libraba entre ellos.

Capítulo 22: Atracción irrefrenable

El aire en el castillo estaba cargado de una tensión palpable, un eco constante de las emociones reprimidas y las palabras no dichas. Kara había pasado el día supervisando los preparativos de las Guardianas, sumida en un silencio que nadie osaba romper. Cada mirada cruzada con Tavish parecía añadir una capa más al muro que ambos se habían empeñado en construir, aunque cada ladrillo temblara ante la fuerza de lo que intentaban contener.

El sol se ocultaba tras las colinas, bañando el paisaje en una luz grisácea que anunciaba la inminente llegada de la noche. Kara subió las escaleras de la torre más alta del castillo, buscando un momento de soledad que le permitiera ordenar sus pensamientos. La vista desde allí era imponente: un mar de árboles que se extendía hasta donde alcanzaba la vista, como si el bosque protegiera al castillo de los horrores que acechaban más allá.

El sonido de pasos ascendiendo detrás de ella rompió su momentáneo aislamiento. No necesitó volverse para saber quién era.

—¿Buscas escapar de algo o de alguien? —preguntó Tavish, su voz baja pero cargada de intención.

Kara no respondió de inmediato. Se limitó a apoyar las manos en la fría piedra del parapeto, dejando que la brisa nocturna despeinara sus cabellos. Finalmente, habló sin mirarlo.

—A veces, uno solo quiere recordar que hay algo más allá de estas paredes —dijo, más para sí misma que para él.

Tavish se detuvo a un par de pasos de distancia, con las manos cruzadas detrás de la espalda. Durante unos segundos, el silencio se interpuso entre ellos como una barrera invisible.

—He escuchado a los hombres hablar —dijo él finalmente—. Dicen que eres implacable en el campo de batalla, que no dejas lugar para el error.

Kara giró la cabeza, arqueando una ceja con ironía.

—¿Eso dicen? Pensé que también me llamarían terca, impulsiva e incapaz de seguir órdenes.

Una sonrisa ladeada apareció en el rostro de Tavish, pero sus ojos permanecieron serios.

—Dicen muchas cosas, pero la verdad es que te admiran. Aunque no lo demuestren, saben que sin ti no estaríamos tan cerca de lograr algo importante.

Kara apartó la mirada, luchando contra la mezcla de emociones que sus palabras despertaban. No estaba acostumbrada a los elogios, mucho menos de alguien como Tavish.

—A veces no sé si admiro más tu valentía o tu capacidad para mantenerme a raya —añadió él, su

tono suavizándose.

—No es valentía, Tavish. Es necesidad. No puedo permitirme otra cosa.

—Entonces tenemos algo en común.

Kara levantó la mirada hacia él, sorprendida por la honestidad que encontró en sus ojos. Era un hombre acostumbrado a las máscaras de autoridad, pero en ese momento parecía haber bajado la guardia, dejando entrever algo más profundo.

—¿Y cuál es tu necesidad? —preguntó, su voz apenas un susurro.

Tavish se acercó un paso más, su presencia dominando el espacio entre ellos. La intensidad de su mirada la desarmó por completo.

—Mi necesidad... eres tú, Kara.

Las palabras cayeron como un golpe directo al pecho. Kara sintió que el aire abandonaba sus pulmones, incapaz de reaccionar ante la confesión que tanto tiempo había temido y deseado escuchar. Tavish no le dio tiempo para responder. Cerró la distancia que los separaba, sus manos rozando los brazos de ella antes de deslizarse hacia su cintura.

El contacto la hizo estremecerse. Kara intentó resistirse, no a él, sino a sí misma, al deseo que llevaba reprimiendo desde que lo había conocido. Pero la calidez de sus manos y la intensidad de su mirada desarmaron cualquier muro que quedara en pie.

—Tavish... —murmuró, su voz temblando entre el deseo y la incertidumbre.

—Dime que no lo sientes, y me alejaré ahora mismo —dijo él, su voz ronca y cargada de emoción—. Dime que no te importa, y fingiré que esto nunca ha sucedido.

Kara sabía que no podía mentir. Su cuerpo y su alma gritaban por él, aunque su mente intentara mantener el control. En lugar de responder, se inclinó hacia él, dejando que sus labios encontraran los de Tavish en un beso que ardía con la fuerza de todo lo que habían contenido hasta ese momento.

El mundo pareció detenerse. La brisa que soplaba desde el bosque, el lejano murmullo de las Guardianas en el patio, incluso el peso de la guerra que los rodeaba, todo se desvaneció. En ese instante, solo existían ellos dos, una conexión que no podía ser negada ni ignorada.

***

El beso se profundizó, cargado de un deseo que no conocía límites. Tavish la atrajo más cerca, como si temiera que ella pudiera desaparecer en cualquier momento. Kara respondió con la misma intensidad, sus manos aferrándose a los hombros de él mientras se entregaba por completo.

Cuando finalmente se separaron, ambos respiraban con dificultad, sus miradas cargadas de emociones que ninguno se atrevía a expresar con palabras. Tavish levantó una mano para acariciar el rostro de Kara, su pulgar trazando un suave camino por su mejilla.

—No sé en qué momento pasó esto, pero no quiero que termine —confesó él, su voz apenas un susurro.

Kara cerró los ojos, dejándose llevar por el momento. Había tantas razones para no dejarse arrastrar por lo que sentía, pero en ese instante, ninguna parecía importar.

—No sé si podemos permitirnos esto, Tavish. No ahora, no con todo lo que está en juego.

—Tal vez no podamos —respondió él, inclinándose para rozar su frente con la de ella—. Pero aquí, en este momento, no hay guerra ni enemigos. Solo tú y yo.

Las palabras de Tavish la envolvieron como un bálsamo, calmando el caos que llevaba dentro. Kara sabía que aquello era temporal, que la realidad los alcanzaría pronto, pero por primera vez en mucho tiempo, permitió que el deseo y la emoción la guiaran.

—Entonces no pensemos en lo que vendrá —dijo finalmente, entregándose por completo a lo que sentía.

Tavish sonrió antes de volver a besarla, esta vez con una dulzura que contrastaba con la intensidad de antes. En ese instante, bajo el cielo estrellado y lejos del peso de sus responsabilidades, Kara y Tavish se rindieron al único combate que no podían ganar: el de sus corazones.

Capítulo 23: Traición interna

El aire en el patio del castillo estaba cargado de una tensión casi tangible. Los soldados de Tavish y las Guardianas del Alba trabajaban juntos en los preparativos para la inminente batalla, pero las miradas cruzadas y los murmullos dejaban entrever que la alianza no estaba exenta de desconfianza. Kara observaba el ir y venir de los hombres desde una esquina, su mente en constante alerta, analizando cada gesto y palabra en busca de indicios que revelaran más traiciones.

El eco de unos pasos resonó en las piedras del suelo, arrancándola de sus pensamientos. Tavish se acercó a ella con el ceño fruncido, su porte imponente acentuado por la capa oscura que llevaba sobre los hombros.

—Necesitamos hablar —dijo sin rodeos.

Kara asintió y lo siguió hacia la sala de reuniones, donde los líderes solían discutir las estrategias. La sala, iluminada por la tenue luz de las antorchas, era un espacio austero pero funcional. El gran mapa de las Highlands ocupaba la mesa central, con marcas que indicaban las posiciones de los ingleses y las rutas estratégicas para los movimientos de las tropas.

—¿Qué ocurre? —preguntó Kara, cruzando los brazos mientras lo observaba.

Tavish cerró la puerta tras ellos y se giró hacia ella, su expresión grave.

—Uno de mis hombres, Fergus, ha sido visto cerca de las líneas inglesas. Hay rumores de que podría estar trabajando con el traidor.

Kara frunció el ceño, su mente procesando la información rápidamente.

—¿Tienes pruebas?

—No, pero hay demasiadas coincidencias. Su actitud ha sido sospechosa en las últimas semanas, y algunos han oído fragmentos de conversaciones que no encajan con nuestra estrategia.

El silencio que siguió fue pesado, lleno de implicaciones que ninguno de los dos quería verbalizar. Kara dio un paso hacia la mesa, apoyando las manos sobre el mapa mientras estudiaba las marcas.

—Si Fergus está pasando información, necesitamos atraparlo con las manos en la masa. No podemos actuar solo con sospechas. Podría ser una trampa para dividirnos aún más.

Tavish asintió lentamente, su mandíbula tensa.

—Estoy de acuerdo. Pero no puedo permitir que esto debilite la moral de mis hombres. Si creen que uno de los suyos es un traidor, la confianza se romperá.

—Entonces hay que jugar con cuidado. Fingir que no sabemos nada mientras buscamos pruebas —dijo Kara, su tono firme pero calmado—. Déjame manejarlo. Mis Guardianas pueden observar a Fergus sin levantar sospechas.

Tavish la miró durante un largo momento, como si evaluara el peso de sus palabras. Finalmente asintió.

—Confío en tu juicio, pero quiero estar al tanto de cada paso. Si Fergus resulta ser culpable, quiero ser yo quien lo enfrente.

Kara reprimió una sonrisa irónica ante su elección de palabras. Aunque Tavish había aprendido a respetarla como líder, su necesidad de mantener el control seguía siendo una constante.

—De acuerdo. Trabajaremos juntos en esto —respondió, dejando claro que no aceptaría una supervisión unilateral.

***

Esa misma noche, Kara convocó a dos de sus guerreras más confiables, Maeve y Lorna, para explicarles la situación. En la intimidad de una de las torres del castillo, trazaron un plan para vigilar a Fergus sin alertarlo.

—No quiero que lo pierdan de vista, pero tampoco quiero que se dé cuenta de que lo estamos observando —dijo Kara mientras señalaba un punto en el mapa donde Fergus había sido visto por última vez—. Si intenta salir del castillo o contactar con alguien, quiero saberlo de inmediato.

—¿Y si intenta escapar? —preguntó Maeve, sus ojos brillando con una mezcla de curiosidad y cautela.

—Entonces lo seguimos, pero no actuamos hasta que tengamos pruebas concretas. No podemos arriesgarnos a que esto sea un malentendido —respondió Kara con firmeza.

Las dos guerreras asintieron y salieron de la sala, dejando a Kara sola con sus pensamientos. Aunque confiaba en sus habilidades, no podía ignorar la creciente sensación de que el enemigo no estaba solo al otro lado de las murallas. La traición era un arma que podía desangrar cualquier alianza desde dentro, y Kara sabía que cada segundo que pasaba sin respuestas ponía en peligro todo por lo que estaban luchando.

***

A la mañana siguiente, las Guardianas comenzaron su vigilancia. Fergus, ajeno a la atención que atraía, continuó con sus tareas habituales, pero Kara notó pequeños detalles que confirmaban sus sospechas. Pasaba más tiempo de lo habitual fuera de las zonas comunes, evitaba las miradas directas y su comportamiento parecía nervioso, como si estuviera esperando algo.

Fue Maeve quien finalmente trajo la primera pista tangible. Durante una ronda cerca de los establos, encontró un trozo de pergamino que Fergus había dejado caer. El mensaje, escrito en un apresurado garabato, indicaba un encuentro en el bosque esa misma noche.

—Es nuestra oportunidad —dijo Tavish cuando Kara le mostró el pergamino.

—No podemos apresurarnos. Si lo enfrentamos ahora, podría negar todo y destruir cualquier posibilidad de llegar al verdadero traidor —respondió ella, su tono calculado—. Lo seguiremos al bosque y veremos con quién se encuentra.

Tavish no estaba acostumbrado a actuar con cautela, pero en ese momento supo que Kara tenía razón. La necesidad de una prueba irrefutable superaba su deseo de resolver el asunto de inmediato.

***

La noche cayó con rapidez, y la oscuridad se extendió como un manto sobre el castillo. Kara, Tavish, Maeve y Lorna se deslizaron fuera de las murallas, siguiendo a Fergus desde una distancia segura. El bosque estaba en completo silencio, salvo por el crujido ocasional de ramas bajo sus pies. La tensión era tan espesa que parecía impregnar el aire mismo.

Fergus se detuvo en un claro iluminado por la tenue luz de la luna. Kara y Tavish se ocultaron tras unos árboles, observando cómo el guerrero sacaba un segundo pergamino de su capa y lo colocaba en el suelo, esperando a alguien.

Pasaron varios minutos antes de que una figura emergiera de las sombras. Era un hombre vestido con el uniforme inglés, su postura erguida y confiada. Kara apretó los puños, conteniendo el impulso de saltar y detenerlo en ese mismo instante.

—Mañana, al amanecer —dijo el inglés, su voz apenas audible en el silencio del bosque—. Atacaremos por el flanco sur. Asegúrate de que las defensas estén débiles.

—Lo haré —respondió Fergus, su tono bajo y nervioso.

Tavish respiró hondo, la furia contenida evidente en sus ojos. Kara colocó una mano sobre su brazo, deteniéndolo antes de que pudiera actuar.

—No ahora. Necesitamos que nos lleve hasta los demás —susurró.

Tavish asintió, aunque su expresión dejaba claro que cada fibra de su ser estaba en desacuerdo con la idea de esperar. Cuando Fergus y el inglés se separaron, el grupo los siguió hasta que confirmaron que el traidor regresaba al castillo.

***

De vuelta en las murallas, Kara y Tavish se enfrentaron al dilema de cómo manejar la situación. Si revelaban la traición de Fergus demasiado pronto, corrían el riesgo de alertar al resto de los

conspiradores. Pero si esperaban demasiado, el ataque al amanecer podría poner en peligro a todos.

—Tomaremos medidas antes de que pueda actuar —dijo Tavish, su voz cargada de determinación—. Esta traición no quedará impune.

Kara asintió, sabiendo que las horas que tenían por delante serían cruciales para el destino de la alianza y de todos los que dependían de ella.

Capítulo 24: El sacrificio de Tavish

El cielo estaba teñido de un gris opaco que anunciaba una tormenta inminente. La atmósfera dentro del castillo era tensa, como si el aire mismo contuviera la angustia de los guerreros que se preparaban para el inminente enfrentamiento. Kara, de pie junto a la mesa de mapas en la sala de reuniones, trazaba rutas con movimientos bruscos mientras su mente analizaba cada posible escenario. Pero, por mucho que intentara mantener la concentración, una sensación de inquietud le atenazaba el pecho.

—No podemos dejar que lleguen a las Guardianas —dijo Tavish, irrumpiendo en la sala con pasos firmes.

Kara levantó la vista, encontrándose con su mirada intensa. Había algo en sus ojos que la hizo detenerse, un brillo de decisión que no había visto antes.

—Tienes razón, pero no podemos permitirnos actuar impulsivamente. El enemigo conoce nuestra posición y tiene ventaja en número. Debemos ser cautos —respondió ella, esforzándose por mantener la calma.

—No hay tiempo para precauciones, Kara. Si esperamos, los ingleses aplastarán a tus Guardianas antes de que podamos reagruparnos. Necesitamos una distracción, algo que los desoriente y los aleje del flanco sur.

El tono decidido de Tavish hizo que Kara frunciera el ceño. Sabía que había verdad en sus palabras, pero también percibía algo más, una intención oculta que la hizo sentirse intranquila.

—¿Qué estás sugiriendo exactamente? —preguntó, cruzando los brazos mientras lo observaba con atención.

Tavish avanzó hasta quedar frente a ella, apoyando las manos sobre la mesa. Su voz bajó, cargada de una seriedad que heló el ambiente.

—Lideraré un grupo hacia el flanco norte. Atacaremos con fuerza suficiente para obligarlos a desviar sus tropas. Eso les dará tiempo a tus Guardianas para moverse y reorganizarse.

—¿Un ataque directo? Eso es un suicidio, Tavish. No puedes hacer algo así. —Kara dio un paso hacia él, su voz alzándose con incredulidad.

Tavish se enderezó, su altura y presencia eclipsando momentáneamente la de ella. La gravedad de su expresión no dejaba lugar a discusiones.

—Es la única opción. Tú misma lo has dicho: no podemos permitirnos perder a las Guardianas. Esto no es solo una batalla para ti, Kara; es para todos nosotros. Si los ingleses ganan hoy, ningún clan estará a salvo.

El corazón de Kara latía con fuerza, cada palabra de Tavish golpeándola con el peso de su implicación. No podía negar la lógica de su plan, pero la idea de perderlo era insoportable, un pensamiento que se negaba a aceptar.

—Entonces iré contigo —dijo con firmeza, sus ojos verdes fijos en los de él.

—No lo permitiré. —Tavish negó con la cabeza, su voz baja pero tajante—. Te necesito liderando a las Guardianas. Si esto funciona, ellas serán nuestra única esperanza.

—Tavish… —La voz de Kara se quebró ligeramente, y se obligó a recuperar el control antes de continuar—. No puedo dejar que te sacrifiques de esta manera. Hay otra forma; tiene que haberla.

Tavish levantó una mano, interrumpiéndola. Su expresión se suavizó apenas, lo suficiente para que Kara percibiera la mezcla de determinación y resignación que lo impulsaba.

—Kara, si hay algo que he aprendido desde que te conocí, es que las Guardianas necesitan a alguien como tú. No puedes arriesgarte por un grupo de hombres que están preparados para dar la vida por esta causa. Déjame hacerlo.

El silencio que siguió fue devastador. Kara quiso replicar, buscar un argumento que lo hiciera cambiar de opinión, pero las palabras no llegaban. Finalmente, asintió, aunque cada fibra de su ser gritaba en contra de esa decisión.

—Si vas a hacer esto, lo harás bien preparado. No voy a permitir que te lances al campo de batalla sin una estrategia sólida —dijo, forzando la compostura mientras volvía a centrar su atención en el mapa.

***

Horas más tarde, el grupo liderado por Tavish estaba listo para partir. Sus hombres, un grupo reducido pero ferozmente leal, se encontraban junto a los caballos en el patio del castillo. El sonido de los cascos resonaba contra las piedras mientras el viento arrastraba nubes oscuras sobre las Highlands.

Kara se acercó a Tavish mientras este ajustaba la montura de su caballo. Había algo solemne en su postura, como si ya hubiera aceptado su destino.

—Tavish… —comenzó, pero las palabras se quedaron atrapadas en su garganta.

Él se giró hacia ella, y por primera vez desde que lo conocía, permitió que la vulnerabilidad cruzara su rostro.

—Volveré, Kara. Lo prometo.

Ella asintió, aunque sabía que era una promesa que podría no cumplirse. Sin pensarlo, dio un paso hacia él y colocó una mano en su antebrazo, buscando un contacto que pudiera transmitir

todo lo que no era capaz de decir.

—Cuídate —susurró.

Tavish inclinó la cabeza, como si quisiera responder pero supiera que cualquier palabra estaría de más. Sin romper el contacto visual, subió al caballo y alzó la mano, dando la señal para partir.

Kara observó cómo desaparecían en la distancia, la silueta de Tavish recortándose contra el horizonte hasta que se desvaneció por completo. Apretó los puños, prometiéndose a sí misma que no permitiría que su sacrificio fuera en vano.

***

El ataque al flanco norte fue tan brutal como Tavish había planeado. Los ingleses, sorprendidos por la ferocidad del ataque, redirigieron a la mayoría de sus tropas, dejando el flanco sur vulnerable. Tavish luchó con una intensidad casi sobrehumana, liderando a sus hombres con una valentía que inspiró a todos a su alrededor.

Sin embargo, la superioridad numérica del enemigo pronto se hizo evidente. Tavish, herido pero implacable, continuó luchando incluso cuando quedó claro que su grupo no saldría ileso de aquella batalla.

***

En el flanco sur, Kara lideraba a las Guardianas en un movimiento estratégico para rodear al enemigo. La distracción de Tavish había funcionado, y ahora tenían la oportunidad de dar un golpe decisivo.

—¡No dejéis que retrocedan! —gritó Kara, su espada brillando bajo la luz de los relámpagos que iluminaban el cielo.

Las Guardianas luchaban con la ferocidad que las caracterizaba, sus movimientos coordinados y precisos desmoronando las líneas inglesas. Kara sentía la adrenalina correr por sus venas, pero su mente seguía volviendo a Tavish. Cada vez que el acero chocaba contra el enemigo, era su rostro el que veía en su mente, una imagen que la impulsaba a luchar con más fuerza.

***

Cuando la batalla finalmente terminó, el campo estaba cubierto de cuerpos, y el aire olía a metal y tierra mojada. Kara se quedó de pie, mirando a su alrededor con la respiración entrecortada. Habían ganado, pero el precio había sido alto.

—¿Tavish? —preguntó, volviéndose hacia Maeve, que se acercaba con una expresión grave.

—Aún no hay noticias —respondió Maeve, sacudiendo la cabeza.

El corazón de Kara se hundió, pero no permitió que el pánico la dominara. Miró hacia el

horizonte, hacia el flanco norte, y supo que no descansaría hasta saber qué había sido de Tavish.

Capítulo 25: El regreso de Tavish

El aire helado cortaba la piel como si fuera una advertencia más del entorno hostil que rodeaba a las Highlands. Kara apretó las riendas de su caballo, con los ojos fijos en el horizonte, donde el crepúsculo comenzaba a teñir el cielo de un gris oscuro. Su grupo de Guardianas la seguía en silencio, sus rostros tensos reflejando la misma inquietud que sentía en su interior. Habían partido al flanco norte tan pronto como recibieron noticias de una retirada de las tropas inglesas, pero el destino de Tavish seguía siendo incierto.

A su lado, Maeve intercambió una mirada con ella. La segunda al mando de las Guardianas rara vez mostraba emociones, pero en ese momento sus labios estaban apretados, como si intentara contener las palabras que luchaban por salir.

—No ha muerto, Kara. Lo sabríamos si así fuera. —La voz de Maeve era baja, un intento de consuelo que no terminaba de calar en la inquietud que la atormentaba.

Kara no respondió. Se negó a siquiera contemplar la posibilidad de que Tavish hubiera caído. Su mente se aferraba a los recuerdos de su última conversación, a la intensidad en sus ojos al prometerle que volvería. Era una promesa que debía cumplir. No podía ser de otra manera.

***

El campo de batalla estaba desierto cuando llegaron, o al menos eso parecía a simple vista. Los cuerpos de los hombres caídos, tanto escoceses como ingleses, cubrían el suelo, dejando un panorama desolador que apretaba el corazón de las Guardianas. El olor a hierro y muerte impregnaba el aire, y el silencio era tan denso que incluso el sonido de los cascos de los caballos parecía un sacrilegio.

Kara desmontó con rapidez, dejando a Maeve coordinar al resto del grupo. Sus botas hundieron ligeramente en el barro mientras caminaba entre los cuerpos, su mirada escaneando cada rostro en busca del que temía y ansiaba encontrar. Con cada paso, la angustia se intensificaba.

—¡Aquí! —gritó una de las Guardianas desde el otro lado del campo.

El corazón de Kara dio un vuelco mientras corría hacia el lugar indicado. La escena que encontró la detuvo en seco. Tavish yacía en el suelo, apoyado contra el tronco de un árbol. Su torso estaba cubierto de sangre, y su rostro, pálido como la luna, parecía el de un hombre que ya no tenía fuerzas para seguir luchando. Pero sus ojos, esos ojos grises que tanto la desconcertaban, seguían abiertos, desafiando a la muerte con una terquedad que la dejó sin aliento.

—Tavish... —murmuró, arrodillándose a su lado.

Él la miró, y aunque apenas podía hablar, sus labios se curvaron en una sonrisa débil.

—Siempre cumplo mis promesas, Kara.

Ella sintió un nudo en la garganta mientras extendía una mano para tocar su rostro. Su piel estaba fría, demasiado fría, pero él seguía ahí, vivo. A su alrededor, las Guardianas comenzaron a trabajar rápidamente, improvisando una camilla para transportarlo de vuelta al castillo.

—No hables. Guarda tus fuerzas —ordenó, su tono más firme de lo que se sentía.

—No te preocupes, aún no he terminado de molestarte —respondió él, su voz apenas un susurro cargado de ironía.

Kara no pudo evitar que sus labios se curvaran en una sonrisa, aunque su corazón seguía latiendo con fuerza, consciente de la gravedad de sus heridas.

***

El viaje de regreso fue lento y arduo. Tavish apenas permanecía consciente, y cada gemido que escapaba de sus labios era como un puñal en el pecho de Kara. La noche los envolvía con un manto de oscuridad, y el viento soplaba con fuerza, como si intentara detenerlos. Pero ella no cedió. No podía hacerlo.

Cuando finalmente llegaron al castillo, los hombres de Tavish salieron a recibirlos, sus rostros reflejando una mezcla de alivio y preocupación al verlo en aquel estado. Kara no se detuvo a explicar nada. Llevó a Tavish directamente a su habitación, donde un grupo de curanderos ya esperaba.

El ambiente en la estancia era sofocante. El fuego ardía en la chimenea, pero su calor apenas lograba contrarrestar el frío que parecía emanar del cuerpo de Tavish. Kara permaneció a su lado mientras los curanderos limpiaban sus heridas y aplicaban ungüentos. Sus manos estaban manchadas de sangre, pero no se movió. Cada vez que él abría los ojos, ella estaba allí, asegurándose de que supiera que no estaba solo.

—Kara... —susurró él en un momento en que los demás habían salido de la habitación.

—Estoy aquí. No digas nada más. Necesitas descansar.

Pero Tavish negó débilmente con la cabeza, y sus ojos buscaron los de ella con una intensidad que la dejó sin aliento.

—Gracias... por venir a buscarme.

Kara tragó con fuerza, luchando contra las lágrimas que amenazaban con caer. No era el momento de mostrarse débil.

—No me agradezcas por hacer lo que tenía que hacer. Ahora descansa. Te necesitamos vivo.

***

Los días siguientes fueron un ejercicio de paciencia y angustia. Tavish permanecía febril, atrapado entre la vida y la muerte, mientras Kara apenas se permitía salir de su lado. Las Guardianas asumieron la tarea de mantener la seguridad del castillo, pero todos sabían que el liderazgo de Tavish era vital para lo que estaba por venir.

Una noche, mientras la tormenta rugía fuera de los muros, Tavish abrió los ojos y encontró a Kara dormida en una silla junto a su cama. Sus cabellos oscuros caían en mechones desordenados, y su expresión, incluso en reposo, reflejaba la carga que llevaba. Con un esfuerzo titánico, Tavish extendió una mano y tocó la suya.

Kara despertó de inmediato, sus ojos verdes encontrándose con los de él.

—Por fin decides volver con nosotros —dijo, intentando sonar ligera, aunque la emoción en su voz era evidente.

—No podía dejarte toda la diversión —murmuró Tavish, y aunque su voz seguía débil, la chispa de humor que siempre lo caracterizaba estaba ahí.

Kara soltó una risa breve, más de alivio que de otra cosa. Sin pensar, se inclinó hacia él y le tocó el rostro, asegurándose de que realmente estaba despierto, de que no era una ilusión.

—Me alegra verte luchar de nuevo. —Sus palabras eran simples, pero cargadas de todo lo que sentía.

Tavish la miró fijamente, como si quisiera decir algo más, pero el cansancio lo venció antes de que pudiera articular palabra. Kara se quedó a su lado, sosteniendo su mano, sabiendo que había ganado esta batalla, pero que aún quedaba mucho por delante.

Capítulo 26: Plan final

El gran salón del castillo de Tavish estaba lleno de rostros tensos y miradas cargadas de expectación. Las llamas de las antorchas iluminaban los escudos colgados en las paredes y el mapa desplegado sobre la mesa central. Kara estaba al lado de Tavish, su postura erguida y decidida, mientras su mirada recorría los trazos dibujados a mano que representaban la disposición de las tropas inglesas. Era un momento crucial, y ambos lo sabían.

—Sus fuerzas se han replegado hacia este cuartel cerca del río —dijo Tavish, señalando un punto en el mapa con la punta de un cuchillo. Su voz resonaba grave, casi como un eco en la estancia.

—Han cometido un error al atrincherarse ahí —respondió Kara, inclinándose hacia el mapa. Sus dedos, firmes pero delicados, siguieron el curso del río marcado en tinta oscura—. Este terreno es demasiado abierto. No podrán resistir un ataque coordinado.

Un murmullo de aprobación recorrió a los presentes. Los guerreros de Tavish, hombres curtidos en la batalla, y las Guardianas del Alba, lideradas por Kara, compartían ahora un propósito común. Era la primera vez que trabajaban juntos de esta forma, y aunque las tensiones no habían desaparecido del todo, el respeto mutuo que habían cultivado durante las últimas semanas comenzaba a florecer.

—¿Cuáles son nuestras fuerzas totales? —preguntó Kara, sin apartar los ojos del mapa.

Tavish cruzó los brazos, su gesto de pensar. Las mangas de su camisa, arremangadas, dejaban a la vista sus antebrazos marcados por cicatrices. Había algo en su presencia que siempre captaba la atención, una mezcla de autoridad y fiereza que Kara ya no podía ignorar.

—Cien hombres de mi clan, bien armados. Contamos con caballos y suficiente pólvora como para destrozar sus barricadas. —Su mirada se cruzó con la de Kara, desafiante, como si esperara algún tipo de crítica.

—Nosotras aportamos cincuenta Guardianas —replicó ella sin dudar—. Sabes que nuestras habilidades en combate cuerpo a cuerpo compensan cualquier desventaja numérica.

Tavish asintió, reconociendo en silencio la verdad de sus palabras. Había visto de primera mano cómo esas mujeres luchaban con una ferocidad que muchos hombres no podían igualar. Y aunque su instinto lo llevaba a protegerlas, sabía que sería un error subestimarlas.

—El ataque debe ser antes del amanecer —propuso Maeve, quien había estado observando desde un lado de la mesa. Su tono era frío y pragmático—. A esa hora estarán más vulnerables. La mayoría de ellos estará agotada tras su marcha.

—Y es cuando menos esperan un movimiento de este tipo —añadió Tavish, mirando a Maeve con una mezcla de aprobación y sorpresa. Rara vez alguien en el grupo de Kara hablaba tan directamente.

Kara tomó la palabra de nuevo, su voz firme y clara, dirigiéndose a todos los presentes.

—Dividiremos nuestras fuerzas en tres grupos. Uno atacará directamente desde el este para distraerlos. El segundo flanqueará por el norte y bloqueará cualquier intento de retirada. Y el tercero... —hizo una pausa, sus ojos brillando con determinación— se infiltrará en el cuartel para capturar a su comandante.

Un silencio cargado siguió a sus palabras. Todos comprendían la audacia del plan. La infiltración sería peligrosa, casi suicida, pero también era la clave para desestabilizar a los ingleses.

—Yo lideraré el grupo de infiltración —anunció Tavish, rompiendo el silencio. Kara giró la cabeza hacia él, sorprendida, aunque intentó disimularlo.

—No. Tú estás herido. —Su tono era directo, casi imperativo.

—Estoy suficientemente recuperado —respondió él, con un destello de desafío en sus ojos grises —. Y no pienso quedarme atrás mientras otros arriesgan sus vidas.

Kara lo observó por un momento, evaluando su postura. Sabía que discutir con Tavish era inútil, pero no podía evitar preocuparse. Había llegado a depender de él más de lo que estaba dispuesta a admitir.

—Entonces yo iré contigo —dijo finalmente, su voz baja pero cargada de convicción.

Tavish frunció el ceño, pero antes de que pudiera replicar, Maeve intervino.

—Es lo más sensato. Si queremos que esto funcione, los líderes deben coordinarse en el corazón de la acción.

Los demás asintieron, y aunque Tavish no parecía del todo convencido, no discutió. Kara, por su parte, respiró aliviada. No podía imaginarse quedándose atrás mientras él ponía su vida en peligro.

***

Las horas previas al ataque pasaron como en un suspiro. Kara se preparó en silencio, ajustando su armadura ligera y asegurándose de que su espada estuviera perfectamente afilada. A su alrededor, las Guardianas hacían lo mismo, sus movimientos precisos y disciplinados.

Tavish apareció en la entrada del salón donde se reunían, vestido para la batalla. La intensidad de su mirada hizo que Kara se detuviera por un instante. Había algo en él que la desconcertaba, una mezcla de dureza y vulnerabilidad que no podía descifrar.

—¿Lista? —preguntó él, acercándose.

—Siempre. —La respuesta de Kara fue breve, pero su mirada habló más de lo que sus palabras

podían expresar.

***

La noche estaba en su punto más oscuro cuando las fuerzas combinadas de las Guardianas y los guerreros de Tavish se pusieron en marcha. Avanzaron en silencio, sus figuras apenas visibles en la penumbra. El frío era intenso, pero nadie se quejó. Sabían lo que estaba en juego.

Cuando el cuartel inglés apareció a la vista, el grupo se dividió según el plan. Kara y Tavish, junto con un pequeño grupo de los mejores combatientes, se deslizaron por el flanco oeste, aprovechando la cobertura de los árboles. Los sonidos del campamento enemigo, risas y voces apagadas, llegaban hasta ellos como un recordatorio de la confianza de los ingleses en su posición.

—Recuerda, silencio absoluto hasta que estemos dentro —murmuró Kara a los demás, su voz apenas audible.

Tavish asintió, colocando una mano sobre su espada. Su presencia a su lado era reconfortante, aunque Kara nunca lo admitiría. Juntos lideraron al grupo hacia la valla que rodeaba el campamento.

La infiltración fue rápida y eficiente. Kara lideró el camino, moviéndose con la gracia de una sombra, mientras Tavish cubría sus espaldas. Los pocos guardias que encontraron no tuvieron tiempo de dar la alarma antes de caer bajo sus espadas.

Finalmente, llegaron a la tienda principal, donde el comandante inglés, un hombre corpulento con una mirada fría, estaba reunido con otros oficiales. Kara y Tavish intercambiaron una mirada, y sin necesidad de palabras, se lanzaron al ataque.

El enfrentamiento fue breve pero intenso. Tavish se movió con una fuerza impresionante, derribando a los enemigos con una combinación de habilidad y furia contenida. Kara, por su parte, luchó con precisión letal, su espada bailando entre los soldados como si fuera una extensión de su propio cuerpo.

Cuando todo terminó, el comandante inglés yacía en el suelo, desarmado pero con vida. Kara lo miró fijamente, su respiración agitada, mientras Tavish lo sujetaba por el cuello.

—Tu tiempo se ha acabado —dijo Tavish, su voz tan fría como el acero de su espada.

Kara colocó una mano sobre su brazo, deteniéndolo.

—Vivo nos será más útil. —Su tono no admitía discusión.

Tavish asintió con pesar, soltándolo con un empujón. La batalla estaba ganada, pero ambos sabían que la guerra aún no había terminado.

Capítulo 27: Conflictos internos resueltos

El aire del alba traía consigo un frío penetrante que calaba hasta los huesos, pero no había pausa para el descanso en el castillo de Tavish. El salón principal estaba lleno de Guardianas y guerreros del clan MacDonald, cada uno inmerso en sus propios pensamientos mientras esperaban la llegada de sus líderes. La batalla reciente había dejado cicatrices visibles en algunos, pero las heridas invisibles eran las que más pesaban.

Kara avanzó hacia el centro del salón, su postura firme y su mirada centrada. Había convocado a las Guardianas en un intento por restablecer el equilibrio que las tensiones recientes habían resquebrajado. Maeve estaba entre las primeras en llegar, sus ojos observaban cada movimiento de Kara con la intensidad que la caracterizaba. Otras Guardianas, más jóvenes, se mantenían en silencio, expectantes.

—Gracias por venir —comenzó Kara, dejando que su voz resonara con calma pero con la fuerza necesaria para captar toda la atención. Se detuvo un momento para mirar a cada una de ellas antes de continuar—. Sé que los últimos días han puesto a prueba nuestra unidad. Ha habido sospechas, dudas y errores... pero hemos sobrevivido. Y eso no es casualidad.

Un murmullo leve recorrió el grupo. Kara dio un paso más al frente, dejando claro que no estaba allí para pedir permiso.

—Nuestra fuerza siempre ha sido la confianza mutua —prosiguió—. Sin ella, no somos nada. Y aunque hemos sufrido una traición que podría haber acabado con nosotras, estamos aquí, juntas. Esa traición no define quiénes somos. Nosotras decidimos cómo avanzamos.

Maeve levantó la mano, pidiendo la palabra. Kara asintió con un leve movimiento de cabeza.

—No es tan sencillo, Kara. —Maeve tenía una forma directa de hablar, casi brusca, pero no había hostilidad en su tono esta vez—. La traición dejó una herida. No podemos simplemente ignorarla y seguir como si nada hubiera pasado.

Kara sostuvo su mirada con firmeza.

—No pretendo ignorar nada, Maeve. Pretendo enfrentarlo. Sabemos quién era el traidor. Lo que debemos preguntarnos ahora es si queremos permitir que sus actos sigan dividiéndonos.

El silencio que siguió fue tenso pero necesario. Cada Guardiana parecía sumida en sus propios pensamientos, evaluando las palabras de Kara. Finalmente, Maeve asintió, un gesto pequeño pero significativo.

—Tienes razón —dijo—. No podemos dejar que esto nos rompa.

Kara respiró aliviada, aunque no lo mostró. Sabía que este era solo el primer paso para recuperar la unidad entre ellas, pero era un paso importante.

—Bien. Entonces volvamos a ser quienes siempre hemos sido: un escudo inquebrantable para

proteger a los nuestros. Y que el enemigo sepa que estamos listas.

Las Guardianas respondieron con un murmullo de aprobación, y por primera vez en días, Kara sintió que el peso en su pecho comenzaba a aligerarse.

***

Mientras tanto, en otra parte del castillo, Tavish se encontraba en el centro de una tormenta de críticas. Su consejo de ancianos, compuesto por hombres que representaban los intereses de su clan, se había reunido en la sala de reuniones. Los rostros severos y las voces cargadas de desaprobación llenaban el espacio.

—Esta alianza con las Guardianas es una temeridad, Tavish —dijo uno de los hombres mayores, con una barba blanca que llegaba hasta su pecho—. Hemos puesto en riesgo nuestra posición por un grupo que no nos debe lealtad.

—¿Lealtad? —Tavish respondió, su tono lleno de irritación contenida—. Estas mujeres han luchado junto a nosotros. Han salvado vidas de nuestros guerreros y han demostrado ser más que dignas de nuestra confianza.

—A costa de nuestras tradiciones —replicó otro de los ancianos, un hombre corpulento con una cicatriz que cruzaba su rostro—. Este clan ha sobrevivido durante siglos manteniendo nuestras costumbres. Si seguimos permitiendo estas alianzas, perderemos nuestra identidad.

Tavish golpeó la mesa con el puño, silenciando al grupo. Su paciencia estaba al límite, pero sabía que debía mantener la compostura si quería convencerlos.

—No es nuestra identidad lo que está en juego aquí, sino nuestra supervivencia —dijo, su voz firme pero controlada—. Los ingleses no respetan nuestras costumbres. No les importa quiénes somos o de dónde venimos. Solo quieren destruirnos. Si no unimos fuerzas con quienes están dispuestos a luchar a nuestro lado, estaremos condenados.

El silencio que siguió fue pesado, pero Tavish no permitió que lo intimidara. Su mirada recorrió cada rostro en la sala, dejando claro que no iba a ceder.

—No os estoy pidiendo permiso —añadió finalmente, su tono bajo pero cargado de autoridad—. Estoy tomando una decisión como líder de este clan. Y espero que tengáis el sentido común de apoyarla.

Los ancianos intercambiaron miradas, algunos con resignación y otros con desagrado, pero ninguno se atrevió a desafiarlo directamente. Tavish sabía que no había ganado la batalla, pero al menos había dejado clara su posición.

***

Más tarde, mientras el día llegaba a su fin, Tavish y Kara se encontraron en uno de los pasillos del castillo. Ambos parecían llevar el peso del mundo sobre sus hombros, pero al cruzar sus

miradas, hubo un momento de comprensión mutua.

—¿Cómo ha ido con las Guardianas? —preguntó Tavish, rompiendo el silencio.

—Mejor de lo que esperaba —respondió Kara, esbozando una pequeña sonrisa—. Aún queda trabajo por hacer, pero hemos dado un paso importante.

—Lo mismo puedo decir de mi consejo. Aunque no puedo decir que estén entusiasmados con nuestra alianza. —Su tono era seco, pero sus ojos brillaban con un leve destello de humor.

Kara lo miró fijamente, sintiendo una mezcla de admiración y gratitud. Tavish había demostrado ser más que el líder arrogante que había conocido al principio. Había demostrado ser alguien dispuesto a luchar por lo que creía correcto, incluso cuando era impopular.

—Gracias, Tavish —dijo, su voz más suave de lo habitual—. Por luchar por esto.

Él la miró sorprendido, pero no dijo nada. Simplemente asintió, y en ese gesto, Kara sintió que compartían más de lo que las palabras podían expresar.

Ambos sabían que la verdadera batalla aún estaba por llegar, pero en ese momento, encontraron consuelo en la certeza de que estaban juntos en esto.

Capítulo 28: La batalla decisiva

El amanecer llegó con una inquietante quietud en las Highlands, como si el propio paisaje contuviera la respiración. La bruma, habitual en estas tierras, se había posado sobre los valles, creando un velo espeso que ocultaba el horizonte. El castillo de los MacDonald se había convertido en un hervidero de actividad. Los guerreros afinaban sus espadas y ajustaban sus armaduras mientras las Guardianas revisaban sus flechas y cuchillos. Había una tensión palpable en el aire, una mezcla de miedo y resolución que electrizaba a todos los presentes.

Kara se encontraba en la explanada principal, supervisando los últimos preparativos. Vestía un atuendo de cuero oscuro, diseñado para la movilidad, con el emblema de las Guardianas bordado en plata sobre su pecho. Su cabello, recogido en una trenza firme, le daba un aire aún más intimidante. Aunque su expresión era de calma controlada, su mente trabajaba frenéticamente, evaluando cada detalle del plan.

—Están listos —anunció Maeve, acercándose con un arco en una mano y un carcaj lleno de flechas en la otra—. Las Guardianas te seguirán hasta el final.

Kara asintió, agradecida por el apoyo incondicional de Maeve. Sabía que, pese a las dudas que habían surgido en las semanas anteriores, su unidad era ahora más fuerte que nunca.

—Hoy no luchamos solo por nosotras —respondió Kara, mirando a su compañera con determinación—. Luchamos por todo lo que representamos. Y no pienso dejar que esos malditos ingleses nos arrebaten nuestra tierra.

Un ruido de cascos rompió el silencio, y ambos grupos de combatientes giraron la cabeza hacia la entrada del castillo. Tavish apareció montado en su imponente caballo negro, con una capa de lana gruesa sobre sus hombros y una espada que descansaba con naturalidad en su costado. Su presencia, como siempre, irradiaba autoridad. Sus ojos buscaron a Kara entre la multitud y, al encontrarla, asintió levemente, un gesto que llevaba implícito más de lo que las palabras podrían decir.

—Es hora —anunció con voz grave, dirigiéndose tanto a sus hombres como a las Guardianas—. Recordad por qué luchamos. No por gloria, sino por proteger a los nuestros. No por venganza, sino por justicia. Hoy recuperaremos lo que es nuestro.

Las filas se alinearon rápidamente, y ambos líderes se colocaron al frente, hombro con hombro. Era un contraste curioso: Kara, ágil y letal, con una mirada afilada que parecía capaz de atravesar el acero; y Tavish, imponente y sólido, con una calma que parecía imperturbable incluso en los momentos más oscuros. Pero juntos representaban algo más que fuerza. Representaban esperanza.

***

El campo de batalla era un claro rodeado por colinas, un terreno estratégico que habían elegido cuidadosamente para emboscar a los ingleses. Los guerreros del clan se posicionaron en las

laderas, ocultos entre los árboles, mientras las Guardianas se dispersaban entre la maleza, preparadas para lanzar sus ataques desde la distancia. Kara y Tavish estaban en el centro del claro, aparentando ser una pequeña avanzadilla vulnerable. Era un cebo, y ambos lo sabían.

—¿Preparada? —preguntó Tavish, su tono bajo para no alertar a los hombres que se acercaban.

—Siempre —respondió Kara, sin apartar la vista del horizonte donde las figuras enemigas comenzaban a perfilarse entre la niebla.

La primera fila de soldados ingleses apareció con un estruendo de armaduras y cascos. La bruma hacía que parecieran espectros, avanzando lenta pero implacablemente. Kara notó cómo su pecho se tensaba con cada paso que daban, pero se negó a dejar que el miedo se apoderara de ella. Giró la cabeza ligeramente hacia Tavish.

—Dame la señal cuando estés listo.

Tavish asintió, y con un movimiento apenas perceptible de su mano, indicó a sus hombres que mantuvieran la posición. El plan dependía de que los ingleses creyeran que tenían ventaja.

Los soldados avanzaron un poco más, y entonces, cuando estuvieron lo suficientemente cerca, Tavish levantó su espada y la bajó con fuerza. Fue la señal.

El bosque cobró vida. Las flechas de las Guardianas surcaron el aire, silenciosas y mortales, mientras los guerreros del clan emergían de entre los árboles con un rugido ensordecedor. Los ingleses, sorprendidos por el ataque, intentaron reagruparse, pero el caos se había instalado en sus filas. Kara y Tavish aprovecharon la confusión para entrar en combate.

Kara se movía con una precisión letal, su espada cortando el aire y encontrando su objetivo con cada golpe. Había algo casi coreográfico en sus movimientos, una combinación perfecta de fuerza y agilidad. Tavish, por su parte, era un torbellino de poder, blandiendo su espada con una habilidad que dejaba claro por qué era el líder de su clan. Juntos eran imparables.

—¡A la izquierda! —gritó Kara, alertando a Tavish de un soldado que se acercaba a toda velocidad.

Tavish giró sobre sus talones y bloqueó el ataque con su espada, devolviendo el golpe con tal fuerza que el enemigo cayó al suelo de inmediato.

—Buena vista —respondió Tavish, lanzándole una mirada fugaz antes de volver a concentrarse en el combate.

La batalla continuó durante lo que pareció una eternidad. El sonido del acero chocando contra el acero, los gritos de los heridos y el ruido sordo de los cuerpos cayendo al suelo llenaban el aire. Pero poco a poco, la balanza comenzó a inclinarse a favor de los escoceses.

***

Cuando el último soldado inglés cayó, un silencio pesado se instaló en el claro. Kara se detuvo, respirando con dificultad, y miró a su alrededor. El suelo estaba cubierto de cuerpos, y el aire olía a sangre y tierra mojada. A pesar del horror de la escena, sintió una oleada de alivio. Lo habían logrado.

Tavish se acercó a ella, con la espada aún en la mano y el rostro cubierto de sudor y polvo.

—Está hecho —dijo, su voz ronca pero cargada de satisfacción.

Kara asintió, pero no dijo nada. Había una parte de ella que todavía no podía creer que hubieran salido victoriosos. Miró a Tavish, y por un momento, todo el ruido y el caos desaparecieron. Solo estaban ellos dos, rodeados de un mundo que aún intentaban proteger.

—Gracias por confiar en mí —dijo finalmente, su voz apenas un susurro.

Tavish la miró con intensidad, y en su mirada había algo más que gratitud. Había admiración. Había respeto.

—No fue fácil —respondió, esbozando una sonrisa que suavizó su expresión—. Pero valió la pena.

Ambos sabían que esta no sería la última batalla. Pero por ahora, habían ganado algo más que una victoria en el campo. Habían ganado la certeza de que, juntos, podían enfrentar cualquier cosa.

Capítulo 29: El juicio del traidor

El salón principal del castillo de los MacDonald había sido preparado con una solemnidad que no hacía justicia al momento. Las antorchas en las paredes lanzaban sombras irregulares sobre las piedras antiguas, y el eco de las botas resonaba cada vez que alguien se movía entre los bancos. Era un espacio amplio, de techos altos y vigas de madera ennegrecida por el tiempo, y esa tarde albergaba el que sería un juicio memorable para los habitantes del castillo y las Guardianas.

Kara estaba de pie al final de la sala, junto a las otras Guardianas. Vestía su atuendo ceremonial: un manto negro que caía pesado sobre sus hombros, adornado con hilos plateados que representaban su rango. Había insistido en que todas estuvieran presentes, incluso las heridas, aunque fuera en un rincón, como muestra de unidad. La traición que había surgido de entre sus propias filas era una herida abierta, pero hoy pretendía cerrarla.

En el centro del salón, arrodillado y con las manos atadas, estaba Duncan, el traidor. Su aspecto era lamentable; el polvo y la sangre manchaban su rostro, y sus ojos se movían nerviosos, buscando algún atisbo de clemencia. Pero no la encontraría.

Tavish entró entonces, acompañado de su consejo. Su porte era imponente, como siempre, y su capa de lana oscura ondeaba detrás de él mientras avanzaba con paso firme. Llevaba su espada al costado, no como advertencia, sino como símbolo de su autoridad. Sus ojos se posaron primero en Kara, y un fugaz intercambio de miradas bastó para comprender que ambos estaban alineados en lo que iba a suceder.

El líder del clan se situó frente al traidor, cruzando los brazos sobre el pecho.

—Duncan —comenzó, su voz resonando en el salón—, has sido acusado de traicionar a tu clan y a tus aliados. Se te acusa de colaborar con los ingleses, de sabotear nuestras defensas y de poner en peligro la vida de los tuyos. ¿Qué tienes que decir en tu defensa?

El silencio fue absoluto. Duncan tragó saliva, y el sonido fue casi audible en el eco de la sala. Miró a su alrededor, como buscando aliados, pero solo encontró rostros duros, juzgándole.

—Yo... Yo no quería hacerlo —balbuceó finalmente, su voz rota—. Me obligaron. Los ingleses amenazaron con matar a mi familia. No tenía otra opción.

Un murmullo recorrió el salón, pero Kara dio un paso al frente, alzando una mano para pedir silencio. Cuando habló, su tono fue frío y contenido, pero cada palabra llevaba un peso imposible de ignorar.

—¿Tu familia? —replicó, clavando en él una mirada helada—. ¿Y qué hay de las familias de las mujeres que han muerto por tu culpa? ¿Y de los hombres que cayeron en combate porque tú vendiste información? ¿Ellos no merecían la misma consideración?

Duncan se encogió ante sus palabras, incapaz de sostenerle la mirada. Pero Kara no había terminado.

—Todos hemos perdido algo en esta guerra. Todos hemos tenido que sacrificar más de lo que estábamos dispuestos. Pero tú decidiste traicionarnos. Y esa decisión tiene consecuencias.

El silencio volvió a adueñarse de la sala. Tavish se giró hacia su consejo, que estaba sentado en una larga mesa al lado derecho del salón. Cada uno de los miembros asintió en silencio, confirmando lo que ya se sabía: Duncan era culpable.

—Por tradición —dijo Tavish, mirando a Kara—, los traidores de guerra son juzgados por sus líderes. Hoy, como aliada de este clan, tienes derecho a decidir su destino.

Kara lo miró, sorprendida. No esperaba que la responsabilidad recayera en ella, pero pronto entendió que era un gesto de respeto hacia las Guardianas y hacia su papel en la alianza. Dio un paso hacia adelante, colocándose frente a Duncan.

—¿Sabes qué es lo más doloroso de todo esto? —preguntó, su voz baja pero firme—. No es solo tu traición. Es que has roto la confianza que teníamos en nosotros mismos. Las Guardianas son una hermandad, y ahora debemos curar una herida que tú provocaste.

Duncan levantó la mirada por un instante, y Kara vio miedo en sus ojos. No miedo por su vida, sino por el peso de sus actos. Respiró hondo antes de continuar.

—No voy a quitarte la vida —anunció, y un murmullo sorprendió a los presentes—. No porque no lo merezcas, sino porque no pienso rebajarme a tu nivel. Pero tu castigo será severo.

Se giró hacia Tavish.

—Exilio. Que no ponga un pie en estas tierras nunca más. Y si vuelve, que su vida esté por siempre en manos de quienes traicionó.

Tavish asintió, y su expresión aprobatoria dejó claro que apoyaba la decisión. El consejo murmuró entre ellos, pero nadie alzó objeción alguna. Finalmente, Tavish levantó una mano para silenciar cualquier duda.

—Así se hará —declaró, su voz resonando con autoridad.

***

La sala comenzó a vaciarse lentamente tras el juicio. Las Guardianas se reunieron en pequeños grupos, intercambiando palabras bajas, mientras los hombres de Tavish se dispersaban para retomar sus tareas. Kara permaneció en el centro del salón, observando cómo Duncan era escoltado hacia las afueras del castillo por dos guerreros. Sus hombros caídos y su andar derrotado eran la imagen misma de un hombre que había perdido todo.

Tavish se acercó a ella, con pasos tranquilos pero decididos. Cuando llegó a su lado, habló en

voz baja.

—Has sido más compasiva de lo que yo habría sido.

Kara lo miró, con una leve sonrisa amarga.

—La compasión no tiene nada que ver con esto. Es justicia. Y eso es lo que diferencia a las Guardianas de los ingleses.

Tavish asintió, aceptando su lógica. Durante unos segundos, ninguno de los dos dijo nada, y el silencio entre ellos fue cómodo, casi íntimo. Finalmente, Tavish rompió el momento.

—Hemos cerrado una herida hoy. Pero aún queda mucho por hacer.

Kara giró la cabeza hacia él y vio algo en sus ojos que no había visto antes. Era respeto, sí, pero también algo más profundo. Una conexión que iba más allá de la alianza estratégica que habían formado.

—Sí —respondió, con un tono que sugería tanto esperanza como cansancio—. Pero lo haremos juntos.

Capítulo 30: Confesión final

La sala del castillo estaba en silencio, apenas iluminada por unas pocas velas que oscilaban con la brisa nocturna que se colaba por las rendijas de las ventanas. Kara se encontraba junto a la gran mesa de madera maciza que dominaba el espacio, observando las marcas de antiguas batallas grabadas en su superficie. No sabía cuántas decisiones importantes se habrían tomado en ese mismo lugar, pero ahora, lo que ocupaba su mente era mucho más personal.

Tavish apareció en el umbral de la puerta, su figura recortada por la luz de las antorchas del pasillo. Llevaba un sencillo atuendo, despojado de los símbolos de mando que acostumbraba portar. Aun así, su presencia llenaba la habitación de una intensidad difícil de ignorar.

—Pensé que habrías buscado descanso tras el juicio de hoy —dijo con un tono más suave del que solía emplear.

Kara levantó la vista y lo miró con una mezcla de curiosidad y cansancio. Habían pasado demasiadas cosas en las últimas semanas, y ahora que la calma parecía al alcance de la mano, el peso de las emociones comenzaba a cobrar su precio.

—No puedo descansar todavía —respondió ella, acercándose al fuego que chisporroteaba en la chimenea—. Hay demasiado en lo que pensar.

Tavish cerró la puerta detrás de él y avanzó hasta situarse frente a ella. La observó con atención, como si intentara leer algo más allá de sus palabras. Finalmente, suspiró y tomó asiento en una de las sillas cercanas.

—Entonces somos dos —admitió, pasándose una mano por el cabello—. Pero no creo que sea la guerra lo que te mantiene despierta esta noche.

Kara esbozó una sonrisa fugaz, casi imperceptible, antes de girar la cabeza hacia él. Había algo en su expresión, una mezcla de vulnerabilidad y fuerza, que hizo que Tavish sintiera un leve nudo en el estómago.

—Tienes razón —dijo ella, sosteniendo su mirada—. No es la guerra.

El silencio que siguió no era incómodo, sino cargado de significado. Ambos sabían lo que estaba implícito, lo que había estado creciendo entre ellos desde el primer encuentro, alimentado por enfrentamientos, reconciliaciones y momentos compartidos en medio del caos.

Tavish fue el primero en romper la barrera invisible. Se levantó y dio un par de pasos hacia ella, pero se detuvo antes de invadir su espacio personal.

—Kara... —comenzó, su voz baja y firme—. Hay algo que debo decirte, aunque no estoy seguro de cómo hacerlo.

Ella lo miró, levantando una ceja con una expresión que mezclaba expectación y cautela.

—Eres un líder. Seguro que no te faltan palabras —respondió, su tono ligero pero cargado de intención.

Tavish dejó escapar una risa breve, que pronto se desvaneció mientras sus ojos buscaban los de ella con una intensidad que apenas podía disimular.

—Conquistar tierras es sencillo comparado con esto —confesó, y por primera vez, Kara vio algo en él que nunca había esperado: vulnerabilidad.

El corazón de ella dio un vuelco. Sabía lo que Tavish iba a decir, o al menos lo sospechaba, pero necesitaba escucharlo. Necesitaba que él lo dijera, que rompiera las últimas barreras que aún los separaban.

—Siempre he sido un hombre de reglas —continuó él, acercándose un poco más—. De estrategias claras, de decisiones calculadas. Pero contigo... —Se detuvo, como si le costara encontrar las palabras adecuadas—. Contigo todo es diferente.

Kara sintió un calor ascender por su pecho, pero mantuvo la compostura. No estaba dispuesta a hacerle las cosas fáciles, no después de todo lo que habían pasado.

—¿Diferente cómo? —preguntó, cruzando los brazos frente a ella.

Tavish dio un paso más, acortando la distancia entre ambos hasta que pudo percibir el leve aroma a madera y hierbas que siempre parecía acompañarla.

—Diferente en el sentido de que... tú me desafías. No solo como líder, sino como hombre. Me haces cuestionar todo lo que creía saber sobre mí mismo. Y, lo más importante, me haces querer ser mejor.

Kara parpadeó, sorprendida por la sinceridad en sus palabras. Había visto a Tavish como un guerrero implacable, un líder rígido y a veces terco, pero ahora veía a un hombre dispuesto a abrirse, a admitir sus debilidades y a confiar en ella.

—Tavish... —murmuró, sintiendo cómo su propia barrera comenzaba a resquebrajarse—. Yo...

Él levantó una mano, como pidiéndole que le dejara terminar.

—Déjame decirlo todo antes de que me arrepienta —pidió, y ella asintió con un leve gesto.

—Desde que llegaste al castillo, he intentado mantenerme al margen, ser objetivo. Pensé que podía mantenerte a distancia, que podía ignorar lo que sentía cada vez que estabas cerca. Pero no puedo. No quiero. —Su voz bajó un tono, cargada de emoción—. Estoy enamorado de ti, Kara. Y, por mucho que me asuste lo que eso significa, estoy dispuesto a arriesgarlo todo por nosotros.

El corazón de Kara latía con fuerza en su pecho. Durante semanas había reprimido sus propios

sentimientos, temiendo que admitirlos la hiciera vulnerable, pero ahora que Tavish había dado el paso, sabía que ya no podía esconderse.

—Tavish... yo también he intentado luchar contra esto —admitió, su voz temblando ligeramente —. Pero cada vez que lo hacía, algo dentro de mí me decía que estaba equivocada. Que tú... que tú eres lo que necesito. —Hizo una pausa, buscando sus ojos—. Estoy enamorada de ti. Siempre lo he estado, aunque no quería aceptarlo.

Tavish cerró los ojos por un momento, como si sus palabras fueran un bálsamo que aliviara todas las dudas y temores que había acumulado. Cuando los abrió de nuevo, había en ellos una calidez que Kara nunca había visto antes.

—Entonces estamos de acuerdo —dijo, con una sonrisa que desarmó por completo a Kara.

Antes de que pudiera responder, Tavish cerró la distancia entre ambos y la tomó suavemente por el rostro. Sus labios se encontraron en un beso que fue a la vez apasionado y lleno de promesas. No había prisa, solo una conexión profunda que parecía borrar todo lo que les rodeaba.

Cuando se separaron, Kara apoyó su frente contra la de él, aún con los ojos cerrados.

—Esto no será fácil —dijo en voz baja, pero con una determinación que no dejaba lugar a dudas.

—Nada que valga la pena lo es —respondió Tavish, y en su tono había una mezcla de fuerza y ternura que hizo que Kara sonriera.

Esa noche, mientras la brisa nocturna acariciaba las piedras del castillo y las estrellas brillaban sobre las Highlands, Kara y Tavish prometieron construir un futuro juntos, uno basado en la confianza, el respeto y el amor que habían descubierto en medio del caos de la guerra.

Epílogo: Unidos por la paz

El cielo sobre las Highlands se extendía despejado, con el aire fresco llenando cada rincón del valle. En las tierras del clan MacDonald, el bullicio de la actividad marcaba un día de celebración. Guerreros y Guardianas caminaban entre los pobladores, risas y voces mezclándose con el sonido de los martillos reparando las estructuras dañadas en la batalla. La unión entre los dos grupos no solo había salvado al pueblo, sino que había forjado un vínculo que prometía cambiar el destino de las Highlands.

Kara estaba junto al muro exterior del castillo, observando cómo las Guardianas se movían con confianza entre los hombres del clan. Aunque su posición como líder la mantenía al margen en muchas ocasiones, verlas trabajar y reír junto a los que antes habían sido enemigos le llenaba de orgullo.

—Parece que no soy el único que ha aprendido a valorar esta alianza. —La voz de Tavish, profunda y serena, interrumpió sus pensamientos.

Kara se giró hacia él, y la sonrisa que apareció en su rostro fue espontánea. Tavish caminaba con paso tranquilo, vistiendo una sencilla camisa de lino y botas de cuero, una imagen muy distinta al guerrero imponente que lideraba en el campo de batalla.

—Es sorprendente lo que puede lograr la cooperación cuando dejamos a un lado nuestras diferencias —respondió ella, cruzando los brazos mientras lo observaba acercarse.

—Y cuando alguien tiene la suficiente tenacidad para demostrarlo —añadió Tavish, deteniéndose a su lado.

Durante un momento, ambos permanecieron en silencio, contemplando el paisaje que se extendía ante ellos. Los campos verdes, las montañas que parecían proteger el territorio y el río que serpenteaba cerca, todo ello parecía una promesa de renovación.

—Las Guardianas se han adaptado rápido —dijo Tavish, rompiendo la quietud—. No sé cómo lo haces, pero tienes una habilidad única para inspirar a los demás.

Kara ladeó la cabeza hacia él, con una expresión que mezclaba gratitud y desafío.

—Quizás sea porque nunca dejo que las expectativas de otros definan lo que puedo lograr.

Tavish soltó una risa suave, un sonido que Kara aún encontraba inesperado pero que empezaba a asociar con los momentos más cálidos que compartían.

—Entonces no me queda más remedio que admitir que admiro esa cualidad en ti.

Kara apartó la mirada hacia el horizonte, sintiendo cómo el calor de sus palabras se instalaba en su pecho. Habían recorrido un largo camino juntos, y aunque su relación había comenzado con roces y desconfianza, ahora existía entre ellos una conexión que iba más allá de las palabras.

—Hemos construido algo bueno aquí, Tavish. Algo que vale la pena proteger.

Él asintió, pero sus ojos, fijos en el perfil de Kara, revelaban algo más que orgullo por su victoria compartida.

—Y no pienso dejar que nada lo destruya. No ahora que sé lo que significa luchar por algo más grande que uno mismo.

Kara giró la cabeza para mirarlo directamente. En su mirada había algo que no había estado allí antes, una calidez que hablaba de todo lo que habían compartido y todo lo que aún podían construir juntos.

—Entonces, trabajemos juntos para protegerlo —dijo ella, con una firmeza que no admitía dudas.

***

Horas después, el patio del castillo se había convertido en el centro de la celebración. Un gran banquete se extendía sobre largas mesas, mientras los músicos tocaban melodías alegres que invitaban a bailar. Las Guardianas, liberadas por fin del peso constante de la guerra, se unían al jolgorio con una energía contagiosa.

Tavish caminaba entre los invitados, compartiendo palabras con los miembros de su clan y asegurándose de que todos se sintieran bienvenidos. Sin embargo, sus ojos buscaban a una persona en particular. Cuando finalmente la vio, al otro lado del patio, hablando con una de sus Guardianas, su pecho se llenó de una calidez que lo sorprendió por completo.

Kara estaba radiante, su cabello suelto cayendo sobre sus hombros mientras reía por algo que le habían dicho. La imagen era tan distinta a la mujer guerrera que había conocido que por un momento Tavish se detuvo para observarla, incapaz de apartar la mirada.

—No esperes demasiado, o alguien más podría robarte su atención. —La voz de Fergus, su fiel consejero, llegó a sus oídos con un toque de humor.

Tavish sonrió de lado y negó con la cabeza.

—No me preocupa. Ella sabe exactamente dónde estoy.

Con pasos decididos, cruzó el patio y se detuvo a pocos metros de Kara, esperando a que terminara su conversación. Cuando ella finalmente se giró hacia él, sus ojos se encontraron, y en ese instante el ruido de la celebración pareció desvanecerse.

—¿Me concederías este baile? —preguntó Tavish, extendiendo una mano hacia ella.

Kara levantó una ceja, claramente sorprendida.

—¿Tú bailas? —preguntó con tono incrédulo.

—No muy bien —admitió él, con una sonrisa que revelaba un destello de vulnerabilidad—. Pero estoy dispuesto a intentarlo si eso significa pasar este momento contigo.

Kara no pudo evitar sonreír. Sin decir una palabra, colocó su mano en la de él, y Tavish la guió hacia el centro del patio, donde otras parejas ya se movían al ritmo de la música. Aunque sus movimientos eran torpes al principio, ambos terminaron riendo, y pronto Kara lo guió con una destreza que no hizo más que aumentar las carcajadas.

La música cambió a un ritmo más lento, y Tavish aprovechó el momento para acercarla un poco más. Sus ojos verdes buscaron los de Kara, y la intensidad que encontró en su mirada hizo que su sonrisa se desvaneciera, reemplazada por algo mucho más profundo.

—Gracias —murmuró él, apenas audible sobre la música.

—¿Por qué? —preguntó Kara, frunciendo ligeramente el ceño.

—Por no rendirte conmigo. Por hacerme ver que había algo más allá de la guerra, algo que merece la pena.

Kara lo miró en silencio durante un momento, dejando que sus palabras se asentaran. Luego, con una leve sonrisa, respondió:

—Tú también me enseñaste algo, Tavish. Me mostraste que no siempre tengo que cargar con todo sola.

El espacio entre ellos se desvaneció, y mientras la música seguía sonando, ambos se perdieron en un beso que fue más que una promesa: fue la confirmación de que, juntos, podían enfrentarse a cualquier cosa.

Alrededor, los guerreros del clan y las Guardianas observaban la escena con sonrisas cómplices, sabiendo que ese momento marcaba un nuevo comienzo, no solo para Kara y Tavish, sino para todos ellos.

Las Highlands, por primera vez en años, estaban en paz. Y en el centro de todo, Kara y Tavish se alzaban como un símbolo de lo que era posible cuando la confianza y el amor prevalecían sobre el miedo y la desconfianza.